Michel Serres

La Guerra mundial

Índice

Título
Dedicación
Copyright
Apertura
Primer día
Segundo día
Tercer día
Cuarto día
Quinto día
Sexto día
Domingos y festivos
Reservar en diferentes horarios
El único tema de este libro: la masacre
Brawl
Hacia delante y hacia atrás
Inundación
El diluvio
Historia
Lucha y representación
Los bueyes de Gerión
Deucalión y Pirra
Filosofía, antropología, ciencia y otras teorías
Guerra
Horacio, tragedia romana de Corneille
Horacio o el doble origen
Autobiografía, 1
Uno de los dos orígenes salvadores
El segundo, origen fatal
Interludio: religión, derecho, duro y blando
Guerra de todos contra todos
Ahora hablaré por mí mismo
Los emisarios y el origen de la representación

De vuelta al bistró
Modelo sin lenguaje: el juego del rugby
Duro, blando: el pivote bidireccional y el árbitro
La droga de la pregunta: ¿quién ganará?
¿Qué ocurre en Horacio?
Autobiografía, 2: El antiguo reino de la muerte
Lo sublime conduce al crimen
Origen y fundamento
Catarsis
De la anarquía a la ley: Robin Hood
Poder temporal, poder espiritual
Volver a lo sagrado
Del sacrificio religioso al juicio: el juicio por ordalía
Continuación del interludio: el árbitro
Volver a la tragedia
Rituales y liturgias
Normas en general
De la guerra al terrorismo
Legal y justo
¿Sólo guerras?
La guerra presupone el Contrato Social
La brecha entre la ley y la ilegalidad
Fiduciario
Regístrese en
Derecho a matar
El hijo de Vigny
Autobiografía, 3: religión y derecho
Crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad
Prescripción
La fatiga de los pueblos de Europa
La caída de los ancianos espirituales en lo temporal
Definiciones basadas en la realidad: ¿parciales o totales?
Temporal y provisional
Desarrollo sostenible
¿Qué sentido tiene la guerra?

¿El final de la guerra?
El nacimiento del terrorismo
Terrorismo, continuación
El final de la guerra: crecimiento y anarquía
Los dos tipos de terrorismo
Colectivo y personal
La guerra mundial
Guerra y terrorismo: el riesgo del apocalipsis
Segundo final de la guerra: de nuevo imprecaciones
La verdadera guerra mundial
Argumentos cotidianos
¿Guerra mundial?
Barrio Le Monde
El cuadro de Goya
Goya hoy
La hominización y el fin de lo dado
Hombre infinito, mundo finito
Del terrorismo a la guerra jurídica
Júpiter y el Metayer, Libro VI, Fábula 4
El hombre y la serpiente, Libro X, Fábula 1: doble parasitismo
Metanómica y divinidades
Cristianismo
Mi paganismo
Turnaround
Una nueva religión fetiche
Un fetiche peligroso pero protector
La metafísica de las raíces
Globalidad, propósito
Trabajo y vatrail
Interludio: un breve capítulo sobre ética
Volver al Derecho: piratería y guerra legal
Crímenes contra la humanidad, crímenes contra el mundo
Un efecto positivo adicional
Antiguo juego de dos personas y nuevo juego de tres personas
Historia

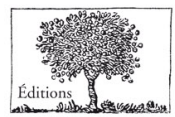
El Arca de la Moneda
Segundo crecimiento, suave: universales concretos
¿Qué arca sobre qué aguas?
Pánico
Cultura individual y política
Harlequin revisited
Reembarque
Del mismo autor
Resumen de libros anteriores en los que la gente y el Mundo se encuentran

Michel Serres

de l'Académie française

La Guerre mondiale

ESSAIS



Le Pommier

Para mis amigos del Royale
y para disculparme con ellos
por haberles dejado demasiado pronto.

Redacción: Valérie Gautheron
Revisión: Axelle Maldidier
Maquetación: Marina Smid

Éditions Le Pommier, 2008

Todos los derechos reservados

ISBN : 978-2-7465-0747-0

239, rue Saint-Jacques, 75005 París
www.editions-lepommier.fr

Avec le soutien du CNL Centre national du livre

www.centrenationaldulivre.fr

Nord Compo .*Este documento digital ha sido elaborado por*

Apertura

Durante mi infancia, adolescencia y primera edad adulta, cinco o seis guerras hirieron mi formación y mis comienzos en la vida. Esta hemorragia del cuerpo y del alma duró años tan largos que no puedo meditar sobre estos conflictos sin una emoción cuya intensidad a veces corre el riesgo de distorsionar los hechos aquí expuestos, pero que les da vida. Hablaré de lo que he visto, vivido y sentido hasta el sufrimiento, de cuya crueldad no siempre soy consciente. Pienso, actúo, moriré marcado con este hierro candente, de abandono ciertamente, pero ante todo de violencia y de asesinato.

Primer día

Extremadamente rara en número, mi generación tuvo la simple suerte de nacer, ya que la anterior, por millones, había prácticamente desaparecido en la carnicería de las trincheras del 14-18; sufriente, mi padre había sido gaseado en Verdún; ateo, se había convertido en el infierno, bajo la metralla de los schrapnells y los truenos de la Bertha, entre montones de cadáveres. Nunca quiso hablar de este fragmento de su vida. En su colegio, sólo mi madre se casó, sus otras amigas, todas promesas blancas, todas llorando la pérdida de un padrino, un prometido o un posible amigo en el montón de aquella fosa común. A lo largo del río Garona, donde pasé mis años de espera, fuera de nuestra casa sólo chillaban los niños; en las casas vecinas vivían viudas jóvenes y viejas, fantasmas solitarios, lentos, silenciosos, vestidos de negro. Los campos que rodeaban la ciudad yacían en barbecho por falta de agricultores, con rejas de arado, yugos y graneros ociosos.

Alegre con la nueva electricidad, París, capital cultural, literaria, musical y de la canción, se divertía, dicen; las provincias y el campo, ojerosos, callaban entre crestas y surcos, mientras su juventud campesina dormía, harapienta con harapos de soldado de infantería, bajo estelas paralelas alineadas hasta el horizonte. Nunca evaluamos la droga narcótica de la pregunta: ¿quién ganará? O el torpor

narcisista de haber ganado. Sí, París había ganado la guerra, conocida como la Gran Guerra, y lo celebraba, mientras que el pueblo de Francia había perdido su juventud y sus machos; esta multitud del silencio odiaba ya la violencia, la política caduca y la crueldad delirante de la Historia. Rechazaron el enfrentamiento de 1939 y huirían de cualquier masacre futura. Pagaron su paz para siempre.
La guerra del 14 fue una época de matanzas abominables.

Mis primeros recuerdos se remontan a 1936, cuando mi suroeste natal se vio inundado de refugiados de España, rojos y blancos, todos con la misma voz, cercana a nuestro dialecto, relatando atrocidades, torturas extremas y sofisticadas, cadáveres, frío y hambre, insoportables para un niño. Había que alimentarlos, vendarlos, alojarlos y darles trabajo. Su guerra civil había alcanzado un nivel de barbarie similar al que yo casi no había nacido.
La guerra de guerrillas en España no estuvo exenta de horrendas matanzas.

Apenas unos meses después, el tsunami de refugiados de Alsacia, Lorena, Bélgica, Flandes y París desbordó nuestras costas... Inundando mi ciudad, la marea multiplicó por diez su población en tres días. Un río continuo de sufrimiento lamentable. Mis primeras noches en vela, cuando tenía ocho años, las pasé no lejos de la estación, llevando paquetes, cortando tiras de Velpeau, amontonando mantas y cargando pan.
A orillas del otro río, aquel por el que sólo corría el agua, mi casa de marinero se llenó de lisiados, hambrientos, sollozantes y, una vez más, viudas; una de ellas -su padre había desaparecido en algún lugar de la Blitzkrieg- murió en el garaje bajo mi dormitorio, dejando seis pequeños valones, los últimos de pecho. Mis padres los adoptaron. Y así nacieron algunos de mis hermanos y hermanas naturales, cuando ya eran mayores.
Lo que los historiadores de París y otras capitales, las universidades y los periódicos llaman la Segunda Guerra Mundial pasó por encima de mi cabeza infantil, aplastada por muertes, bombardeos, ejecuciones y

víctimas, por encima de mi cerebro lleno de traición y mentiras. Se oían los gritos de los torturados al paso de la Gestapo. No sabíamos nada; las radios mentían, nos hacían cantar viles himnos; los raros viajeros sólo hablaban de su terror.
Una mañana, a los once años, ajeno a la política, tuve que enterrar a mis compañeros de las llamadas "clases terminales", que se habían matado el día anterior, a uno y otro lado de la N113, unos milicianos, otros maquis. En la Liberación, cuando en el interior de Francia se desató una guerra civil y los muertos volvieron a abundar en los campos y las calles, asesinados a sus espaldas en venganzas que a menudo nada tenían que ver con el conflicto, supimos de la Shoah, Nagasaki, Dresde, Hiroshima... Habíamos salvado a los fugitivos, a los judíos, a los gitanos, pero ¿qué habíamos hecho con el diluviano número de cadáveres, aparte de recoger las migajas?
Porque la Segunda Guerra Mundial, más la procesión de sus ideologías, condujo a matanzas abominables.

Me morí de hambre en los institutos de mi adolescencia, como un pensionista famélico que se hizo místico, sin duda para liberarse de estas abominaciones y creer un poco más en un mundo distinto de esta llanura banal cubierta de miembros dispersos. Así que tuve que convertirme, como mi padre en Verdún y por razones similares. Hasta mi muerte, llevaré dos heridas lo suficientemente profundas como para no mostrar cicatrices, la de este sufrimiento, que siempre hace brotar lágrimas de mis ojos, y la de esta maravillosa recuperación, por la que nunca dejaré de estar agradecido.
Después de salir de las cárceles para jóvenes que llamábamos internados, donde sufríamos en nuestros cuerpos al menos tanto como los convictos, como joven adulto que navegaba por el Royale, tuve que participar de nuevo en guerras: la de Suez, cuando Nasser nacionalizó el canal, y el último de los conflictos de ultramar, en Argelia.
Porque las guerras coloniales también fueron matanzas abominables.

Dejé mi formación de niño en Mers el-Kébir, donde boté mi último

barco, después de sufrir un naufragio en Sea 10, donde fuimos declarados desaparecidos durante quince días por el Almirantazgo. Sobrevivimos a lo que llamaré mi entrada en la supervivencia. Sí, sobrevivo desde entonces.

El autor de este libro debe presentar al lector su cuerpo, que es igual de cotidiano. Mis tobillos, las suelas de mis zapatos hasta las pantorrillas, mis muslos y pliegues poplíteos, mis rodillas, sexo y nalgas, todo mi tronco, desde la pelvis hasta la cintura escapular, pasando por el ombligo y el mediastino, mis bíceps y muñecas, hasta las uñas, mi cuello, el pelo que me queda, mi cara y sus arrugas, todo, mi piel y mis huesos, mis músculos y mis neuronas, todo, te digo, toda la densa parte visible de mi apariencia, todo lo que, lejos o cerca, llamas por mi nombre, todo este ser está hecho de guerra. Carne y boca esculpidas por la guerra, bestia alimentada por la guerra, memoria negra de guerra, gestos, emociones y sentimientos de guerra, hambre y sollozos de guerra, piedad, súplica, lástima, explosiones de llanto y piedad, efusiones de lágrimas sin fin. Llevo siete décadas llorando. Nunca podré dejar de llorar.
Este es el libro de mis lágrimas.
Deslizada, mezclada, esparcida, esparcida, expandida, difundida, sembrada en las partes más pequeñas de mi cuerpo con imploración lastimera, silenciosa, dinámica, discreta, desbordante, eficaz, deslumbrante, rebosante de júbilo, toda mi alma está saturada de la alegría de la paz.
Este es el libro de mi alma.

Por supuesto, no pretendo la llamada objetividad científica cuando me permito tales confesiones. He sufrido demasiado por estas cosas como para adquirir, aunque sea tardíamente, la frialdad suficiente para hacer un trabajo de razón. Aquí, lector, percibirás aquí y allá un relato subjetivo, que mezcla una meditación que espero profunda con un elemento que admite lealmente su posición limitada, relativa, apasionada, dolorosa y personal. Sí, odio la guerra, ¿por qué esconderme de ella?

Pero, a fin de cuentas, ¿qué tengo que transmitir a las generaciones que me sucedan, sino esta experiencia, cuyo vívido contenido no reside en los libros y de la que el advenimiento de una Europa libre de guerras les liberó, excepcionalmente en la historia y, por razones morales, misericordiosamente?
He aquí un libro de estas historias.

Segundo día

Mis hijos y nietos, que nunca han vivido la guerra, mis estudiantes y alumnos... han elegido a George Bush y pronto, quizá, a Barack Obama para la Casa Blanca; a Nicolas Sarkozy para el Elíseo; a Tony Blair antes que a Gordon Brown, Primeros Ministros en Gran Bretaña; a Angela Merkel en Alemania; a Berlusconi y Romano Prodi en Italia; a Aznar y Zapatero en España...
¿Qué sugiere esta lista que sea extraño, excepcional y único en la historia occidental, al menos que yo recuerde? Nunca antes habían gobernado líderes sin haber vivido un conflicto armado en su propio suelo. Por primera vez, admiramos a un buen elenco de jóvenes que reinan sobre su país sin haber sido tocados por la guerra. Las primeras vírgenes de la paz que llegan al poder.
Hombres y mujeres jóvenes, aquí están en la cúspide sin tener que soportar ciertas condiciones gravosas, que una vez y en otro tiempo se pusieron sobre los hombros de sus predecesores. Incluso predecesores inmediatos: los recientes cancilleres de Alemania, Mitterrand y Chirac en Francia, la reina Isabel en Inglaterra... todos pasaron por la guerra. No recuerdo un solo jefe de gobierno en la historia que no haya tenido experiencia de guerra. Todos ellos fueron, o pretendieron ser, más o menos responsables de ejércitos además de estadistas. De ahí una tautología tan antigua como nuestra historia: la guerra hace al Estado y el Estado hace la guerra.
El lector informado puede distinguir fácilmente de la lista anterior a los jóvenes inexpertos que, no obstante, decidieron ir a la guerra; los acontecimientos posteriores han demostrado que no sabían lo que hacían.

Le pediría a un historiador más competente que yo que nombrara un intervalo de unos sesenta años, en el espacio de Europa conocido como Schengen, y en su pasado, durante el cual algún dirigente no enviara a sus hijos a ser masacrados.
Recordemos. Triunfos, victorias, *Te Deum*, campanas en las torres de las catedrales... Alejandro y Julio César, Epaminondas y el Faraón, los Jueces de la Biblia y Agamenón, Aquiles, Luis XIV y Clemenceau, los Hombres Ilustres de Plutarco, Carlomagno y Roldán de Roncesvalles, los consejos de guerra de Maquiavelo, Napoleón y Bismarck, Stalin y Hitler... Nuestra infancia, nuestra cultura, nuestra memoria en el sentido más amplio, nuestro humanismo mismo... no han cesado de chupar la sangre de este seno, la sangre del heroísmo en la batalla, de los pueblos que corren al matadero, de las noticias vespertinas sobre las huidas del enemigo, todo ello acompañado del llanto de las viudas sobre las tumbas de aquellos a quienes los antiguos llamaban dioses. Novedad en la historia de Occidente, la época contemporánea ve, sin verlos realmente, señores y ciudadanos intocados por el combate. Después de una historia tan dura, ¡qué repentino estallido de dulzura! Sí, aquí está, gentil frente a una vieja y dura vida: la mía.
Se trata de un libro de singular relevancia periodística.

Tercer día

En lo que sigue, no podía limitarme a mis propios recuerdos, que no son en absoluto raros: infantiles, no heroicos. De mala gana, tuve que seguir un curso de historia. Pero tengo mis dudas sobre mi aptitud para esta disciplina, por varias razones.
En primer lugar, porque, a medida que he ido creciendo, la he visto cambiar de opinión, de teoría, de juicio... sobre diez acontecimientos mayores o menores, varias veces, y a veces en sentido contrario; tal o cual ideología dominante permite ciertamente ganar plazas en la Universidad o fama, a través de los medios de comunicación. Pero, que yo sepa, lo mismo ocurre en todas las áreas del saber, incluidas las ciencias exactas. Esto no dice nada sobre su valor de verdad. Me veo perdido, sin embargo, entre estas vicisitudes. No puedo escapar de

ellas. En segundo lugar, dado que podemos hacer historia de cualquier cosa y que, de hecho, hay una historia de todo, nunca podremos falsificar esta disciplina. Preocupado por esta libertad indeterminada de la verdad, me veo perdido por segunda vez.

Por lo que a mí respecta, he leído un centenar de relatos sobre los conflictos que acabo de mencionar, y ninguno de ellos me evoca ningún recuerdo que pudiera conservar. Para mí, es como si esos libros hablaran de acontecimientos de los que no tengo ningún recuerdo. Pero, de nuevo, cortes del mismo tipo salpican cada paso del tiempo y acaban por extraviarnos para que podamos hablar realmente de ellos.

A pesar de mi incompetencia y de esta triple duda, lo cierto es que ninguna definición o aclaración vale nada si no pasa por las mil vacilaciones, errores y ensayos que conlleva el devenir. Así pues, ¿me obligo a escribir un libro, si no como historiador, al menos como testigo? Al final, no. No estoy publicando aquí un documento histórico.

Salvo por una cosa. Nuestras nuevas capacidades de construcción, explotación y destrucción, combinadas con el crecimiento de nuestro número y nuestra violencia arcaica y compartida, nos han conducido hoy a un punto, a un polo inesperado del tiempo en el que esta reciente eficacia de nuestros conocimientos, de nuestras técnicas, en definitiva de nuestros poderes, se encuentran y transforman el destino global de los humanos, la evolución de las especies vivas y el estado del planeta. Si la Gran Narrativa responde a la vieja pregunta: ¿de dónde venimos? yo quería responder aquí a otra pregunta, raramente planteada: ¿hacia dónde vamos?

Así que acabé fechando nuestro presente, calculando, designando y describiendo el momento preciso y decisivo que vivimos hoy. Aquí está: por primera vez, en este momento, convergen nuestra historia cultural, que tiene *mil años*, nuestra cronología humana, que tiene un *millón de años*, la evolución de la vida y la física de la Tierra, ambas *de mil millones de años*... un momento de tal novedad que aún estamos ciegos ante su llegada.

Describo de nuevo esta encrucijada: desarrolladas en el curso de nuestra corta historia, nuestras potencias, ahora presentes, empujan y bifurcan la evolución más lenta de los seres vivos y el tiempo más largo de los equilibrios elementales del mundo. El flujo de nuestra historia se transforma en el de nuestra hominización, rompiendo violentamente estas dos duraciones confluentes. De cambiar el Mundo, cambiamos nosotros. El cortocircuito de estos cuatro tiempos entrelazados provocará una catástrofe o nos conducirá hacia una toma de conciencia de nuestra nueva Hominescencia. Esta última esperanza, la mía, puede parecer utópica, ya que la utopía se refiere a lo que no tiene lugar en el espacio. En el espacio, las cosas están presentes y son reconocibles. Pero se trata de una cuestión de tiempo, cuya conjunción imprevisible enlaza las de la Historia, la hominización, la evolución de las especies y la física del globo. Marcando la fecha actual, este polo policrónico nunca ha tenido lugar; nunca ha aparecido desde que el mundo es mundo. Somos tan insensibles a esta extraña fecha que no podemos percibirla.

Sin embargo, acabamos de construir un intercambiador con cuatro inmensos carriles, que mezclan de nuevo sus diferentes ritmos temporales. El flujo rápido de la Historia desemboca en las aguas lentas de la hominización y en las más extrañas de la evolución y la cosmogonía. Vivimos, pensamos y actuamos hoy... ante el Hombre, la Vida y el Mundo, cuyas tres antiguas abstracciones toman forma juntas en y a través de esta confluencia de tiempos.

Nuestras acciones y pensamientos, nuestros proyectos, nuestras responsabilidades... han entrado de repente en una escala temporal tal que las actividades sin aliento que el espectáculo político y mediático presenta como *noticia* se vuelven insignificantes, obsoletas, irrisorias... en cualquier caso desfasadas de una realidad de tal intensidad, tal resonancia, tal dimensión que le damos la espalda.

¿Debo hablar de historia? No. Breve, su tiempo parece hoy demasiado ligero, a la vista de nuestras responsabilidades. Las cuestiones de la guerra y de la violencia, que aquí considero, me han llevado a calcular esta fecha presente, a trazar su punto, a precisar este punto de referencia respecto al cual nuestras acciones deben orientarse,

definirse y decidirse en lo sucesivo.
El ritmo de la historia ha cambiado; al menos el *tempo*.

Cuarto día

En medio de tratados mil veces mejor compilados, el mío carecería de interés si no se centrara, desde el punto de vista de un filósofo, en una definición clara de la guerra: cómo entenderla, dónde y cuándo surgió, por qué se convirtió en tal o cual cosa, al menos en nuestras culturas occidentales y desde la Antigüedad, y cómo ha evolucionado a lo largo de nuestras épocas.
Y, sobre todo, cuándo y por qué acabó siendo sustituido progresivamente por lo que desde la Revolución Francesa, y en particular bajo el Terror, se denomina terrorismo. Este nacimiento, progresión y desaparición me parecen inseparables de los conceptos jurídicos. El derecho aclara con rigor la naturaleza de la guerra, y su ausencia lanza y define el terror. Como institución de derecho, la guerra se declara oficialmente y finaliza en un tratado o armisticio, rubricado por ambas partes; en cuanto al terrorismo, ya emane de Estados, partidos o individuos, se propaga como un conjunto de acciones al margen del Estado de derecho.
Por eso, a pesar de mis otras incompetencias, éste es mi tercer libro de filosofía del derecho, tras *Le Contrat naturel* y *Le Mal propre*.

Quinto día

Para escribirla bien, recurro no sólo a mi propia experiencia o a la historia, sino también a Hobbes y Rousseau, los filósofos del derecho, o a tratados especiales como los de Maquiavelo, Vauban o Clausewitz, pero también y sobre todo a textos que a menudo me parecen más concretos, claros, profundos y explícitos que los anteriores, porque están más implicados en narraciones específicas, aunque a veces imaginarias: los de la literatura.
Tito Livio y la Biblia me han servido de guía, al igual que Homero, Hesíodo y la epopeya de Gilgamesh, entre los antiguos hebreos, griegos y latinos, pero sobre todo, más cerca de mí, algunas de las

tragedias de Corneille, *Horacio y Atila*... A menudo despreciada por los teóricos, su imaginación me ha parecido sin embargo a menudo más profunda, hacia la verdad antropológica, que muchos documentos de historia o filosofía. Hace tiempo que creo que el detalle de la historia arroja más luz que la mediación de un concepto, y cuanto mayores nos hacemos, mayor es nuestra admiración por la literatura.
Por último, espero que el lector no se escandalice por el hecho de que a veces me refiera a comportamientos normalmente seguidos en los deportes de equipo, con ocasión de encuentros que, en el silencio de cualquier texto, oral o escrito, pero en medio de un clamor sin sentido, me parecen arrojar más luz sobre la estrategia y el arbitraje que muchos grimorios eruditos.
He aquí, pues, con el mayor orgullo, un libro de anécdotas, transcritas o gritadas.

Sexto día

Una vez más, todo lo anterior carecería de interés si no mirara al futuro. Ni la historia, ni mi mediocre memoria, ni mis especulaciones filosóficas, literarias o jurídicas valdrían nada si no hubiera intentado aprender de ellas para lo que queda por decidir mañana y hoy. ¿Qué hacer? sigue siendo la única cuestión digna de preocupación.
Ante los peligros reales a los que nos enfrentamos, ¿qué decisiones debemos tomar, qué curso de acción adoptar, qué organizaciones construir y en qué podemos confiar para hacer frente a estas exigencias? Intento dar una respuesta sencilla, a la vez local y global, a las preguntas que a menudo angustian a nuestros contemporáneos. La filosofía no vale una hora de esfuerzo si no anticipa, más o menos, un futuro del que somos tan responsables como nuestros nietos.
Así que este es un libro de testamento.

Si ampliamos el ángulo de visión que acabo de estrechar hacia mí mismo, hacia mi época y hacia mis sucesores, lo cierto es que la historia milenaria del derecho de la guerra y del no derecho del terrorismo entra, como un fragmento, y también cobra sentido, en lo que ya he llamado la Gran Narrativa, cuya duración nos sitúa en

relación y en responsabilidad con la hominización.
Si con la desaparición de la ley se acaba la guerra; si el reino de la anarquía lanza el terrorismo para siempre; si, entonces, entramos en un periodo de desprotección, que podría llamarse el apocalipsis, ¿de dónde vendrá la protección, si es que llega?
Este es un libro de utopía concreta, si me atrevo a decirlo.
Define, paradójicamente y en un último acto de violencia, esta protección inevitable contra la violencia que yo llamo con razón guerra mundial, la única guerra digna de este nombre, la guerra que la humanidad libra contra el mundo desde su aparición, y que necesitamos resolver urgentemente en derecho. ¿La guerra que yo llamo guerra mundial nos protegerá de los peligros que afrontamos en los enfrentamientos humanos, civiles, nacionales y tribales? ¿La guerra contra el mundo nos protegerá de las guerras entre seres humanos? Cuando el barco se hunde, ¿siguen luchando los marineros entre sí, sobre todo cuando no hay bote salvavidas para abandonar la cubierta? Esta es mi utopía.
Estoy entregando aquí el manual de a bordo para la estación de evacuación.

Domingos y festivos

Pero, una vez más, un libro personal: desde aquellos seis días caóticos de ira, autobiográfica, histórica, hominiana... he jurado la no violencia. Ingresé en la Academia Naval con menos de dieciocho años y renuncié cuando vi los cañones y los torpedos. En cada sesión de tiro en el ejército, siempre me aseguraba de que mi arma, aunque estuviera en perfectas condiciones, se encasquillara; nunca apreté el gatillo. Elegido miembro de la Académie française, me niego a llevar espada.
Marcado por la guerra y el abandono, nunca he levantado el puño contra nadie, ni siquiera para defenderme, porque esta razón defensiva me parece un pretexto para entrar en peleas y acabar destruyendo y matando; detesto toda competencia y dejo pasar a mis rivales; rechazo todo poder; prefiero sufrir que iniciar un conflicto o

una polémica. Sólo me gustan las palabras cuando están desarmadas. Por eso siempre me consideran un tonto. Cualquiera que confunda los días laborables con las vacaciones, que son escasas.

Reservar en diferentes horarios

Escribí este libro siguiendo, en la medida de lo posible, el ritmo de aquella primera semana de destrucción, más su día de celebración en paz. Espero que el lector sienta tanto placer como yo al seguir los diversos y mezclados tempos a los que obedecí para mantenerme fiel a mi propósito. Como en esta semana de duraciones caóticas, a veces estrecho la perspectiva hacia mi cuerpo y mi alma marcados para siempre, a veces la amplío a la Gran Narrativa del Mundo, de las bestias y de la hominización, a veces me ciño a los estrechos momentos contemporáneos donde me obligo a releer los relatos de predecesores más inteligentes que yo. No me atengo a una sola línea que considero convencional y abstracta. Al contrario, esta orquestación múltiplemente tejida, incrustada, coloreada, abigarrada, de días con duraciones sincopadas, me parece ser el tiempo mismo de la vida: el mío, el tuyo, el de nuestras sociedades históricas, el del mundo real y el de la humanidad por venir, su aliento.
Este es un libro de ritmos mixtos.

El único tema de este libro: la masacre

Nunca trato la guerra desde el punto de vista de las tácticas, más o menos ingeniosas, con vistas a matar; ni desde el punto de vista de las políticas o de las cancillerías, más o menos refinadas, antes de llegar a matar; ni desde el punto de vista de la Realpolitik y del equilibrio de poder entre las naciones, para que se apresuren a matar; ni desde el punto de vista de mil ideologías diferentes, pretextos para llegar a matar; ni desde el punto de vista del combate donde, en masa, se mata.
Se trata de matar.
La guerra puede definirse tautológicamente como la organización de la matanza. Todo lo demás -estrategias, diplomacia, teorías y otras

célebres sutilezas- se reduce a sublimaciones destinadas a ocultar, a enterrar en lo más oscuro de su historia que la humanidad ama y busca matar. Mi punto de vista, mi interés, mi pasión es hablar *sólo* del verdadero núcleo duro del conflicto: matar.

Una importante sentencia de muerte colectiva que soñamos con abolir.

Uno. Levantarnos entre las bestias, pararnos y mirar con nuestros ojos, para sobrevivir, para cazar, para comer, para dormir, para protegernos, ésta es nuestra ley universal y natural: *matar.*

Dos. Sacudido por un kerygma sagrado que creo que es universal: *matar*, como sacrificio.

Tres. De repente, además y en contraste con las religiones sagradas, la ley, los tribunales y la justicia: *no matarás*.

Cuatro. Por otra parte, y sin duda todavía de forma universal, todos recibimos de todos nuestros grupos la autorización legal para matar: *matar al enemigo.* Peor aún, nos vimos obligados a hacerlo a riesgo de ser condenados por deserción o cobardía; mejor aún, después de mil masacres en el horno de la batalla, unos cuantos cobardes grises, fríos y sanos condecoraron a los heridos supervivientes con medallas y los llamaron héroes. ¿Con qué derecho nos exime la colectividad de la santa obligación de no matar? ¿Qué derecho tiene a reducirnos al estado de bestias? ¿Qué hay de criminal en ello?

Cinco. Una vez reincorporados a la vida civil, una nueva y última inversión *les* ordenaba *no matar,* sin perjuicio de las penas establecidas por la ley.

¿Cómo, ante tales contradicciones, podemos convertirnos en hombres que no matan sin retroceder nunca al estado natural de los animales que matan o al estado legal de los soldados o militantes que matan?

Seis. ¿Y cómo se define un crimen de guerra, cuando la guerra hace posible el crimen y éste se castiga con una dura pena tras un juicio?

Siete. Mejor aún, ¿qué es un crimen contra la humanidad, cuando la humanidad como grupo ha incurrido, desde que tengo uso de razón, en tales contradicciones a la hora de autorizar o defender dicha matanza?

Matar o no matar, esa es la cuestión del libro.

Lectores, ¿quién de ustedes, criado en Occidente, intocado por la

guerra durante sesenta años, querría matar, disfrutaría matando, encontraría algún placer, algún orgullo, algún honor en matar?

Pase lo que pase, lector, no mates. Así vivirás la segunda semana, la semana de la creación.

Brawl

En un bar de marineros en los muelles de Hamburgo, Brest o Burdeos. Un submarino británico acaba de atracar allí; la tripulación de tierra, la mayoría de la cual sorbe su sexta cerveza, toma su tajada en *L'Ancre de Miséricorde*, mientras que los marineros de un antiguo portaaviones soviético, amarrado a cuatro de profundidad al otro lado del muelle, ya sorben su falso vodka, hombro con hombro con la primera tripulación, entre los olores, el humo opaco y el estruendo de un mosquete que rompe huesos.

Una taza volcada, una muñeca rozando un pelo, un pompón acariciado demasiado cerca... ¿quién empieza, quién sabe? -Pero el diablo también los empujaba, y un mecánico de intendencia, que había embarcado en Liverpool, pareció desquitarse con un bosco de Arkhangelsk, que, tras haber estado tambaleándose durante mucho tiempo, cayó al suelo casi por su propia voluntad. Inmediatamente, otros dos boscos de la cubierta de vuelo acudieron en ayuda de la víctima, empujando bruscamente al intendente, que a su vez se alejó rodando con la nariz llena de colillas y basura. Al ver esto, un trío de Bournemouth, con cuellos de pilares de scrum, atacó a los rusos y ucranianos, puños y rodillas por delante, cuyo equipo fue inmediatamente reforzado por cuatro chuvashes. Cinco luchadores más seis boxeadores igualaron a once pugnaz hombres, doce ardientes pelirrojos contra trece enjutos rubios, igualando pronto a toda esta buena gente en el bistró. Entre sillas y sombreros voladores, se oyen los golpes, los cuerpos desplomarse, los ahans sonar... la sangre brotando de barbillas y orejas... hasta la llegada de la policía portuaria, que desembarca en seis furgonetas para poner orden en el tumulto, utilizando con elegancia unas porras eficaces. Neptuno se marcha al agujero para reunirse con su familia.

Habiendo desembarcado yo mismo de un buque escolta de la Royal Navy, amarrado allí para un ejercicio antisubmarino de las armadas europeas, y por lo tanto presente, por casualidad, en medio del bar,

aunque un poco menos borracho, pude filmar el grandioso y teatral acontecimiento desde el principio hasta el desenlace jurídico. A modo de introducción, les propongo proyectar las imágenes en la pantalla de su imaginación, pero al revés.
He aquí el otro escenario.

Hacia delante y hacia atrás

En cuanto se ven las primeras acometidas de la batalla al fondo, al final, pero desde el principio, se puede ver cómo muchos de los marineros -sesenta y cuatro, luego treinta y dos, después dieciséis- se alejan de los planos y ocupan sus lugares en los bancos frente al puerto, observando a los demás aporrear. Excitados al principio, se tranquilizan cada vez más, contentos de beber pero pronto riendo mientras cuentan los puntos anotados en este partido internacional. Unos minutos más tarde, otros, quizá ocho, abandonan la trifulca y regresan a sus taburetes, con los codos apoyados en el zinc, agobiados, desplomados, dormidos; allí encuentran a sus amigos, ya sentados para ver el espectáculo, como nosotros en esta sala virtual.
Del confuso caos que se ha convertido en espectáculo y representación para los viejos luchadores que solían participar en él, lo que queda con el tiempo es esta y aquella escaramuza local, luego, a medida que avanza la película, un cuarteto que se deshace, después un trío y, por último, el duelo principal entre el intendente y el bosco. Última imagen: el pompón, el pelo acariciado.
Al llegar al final de la película, es decir, al comienzo de la trifulca, como todo va al revés, disminuyo la velocidad de la proyección para que se vea lo que surge del reflujo: a la agresión de tres contra tres sucede lentamente la de dos contra dos, y finalmente uno se enfrenta a uno... copa final-primordial, borlas rectas en las gorras, final feliz.

Inundación

Esta doble historia, hacia delante y luego hacia atrás, tiene una parte normal y otra que es un milagro.
La primera es corriente y no sorprende a nadie: las peleas estallan; empiezan de cualquier manera y, de hecho, por casi nada; luego se desarrollan por sí solas, crecen y llegan a los extremos sin encontrar ningún obstáculo. Vemos y experimentamos este diluvio en todas partes, en la familia, en el patio de recreo, en las plazas públicas, en las terrazas de los estadios, durante las elecciones, entre caballeros y gamberros, entre sabios e ignorantes, y, ante todo, en la epopeya de Gilgamesh, en los mitos de los griegos y los hindúes, en nuestra Biblia, bajo el nombre de Diluvio. Se pueden encontrar mil copias más recientes, incluido el *Eterno Adán* de Julio Verne, en el que el diluvio sumerge todo el planeta.

Asqueados para siempre por los vicios de los humanos, Zeus aquí y Yahvé allá deciden exterminar a los de su especie. Pero para preservar un remanente. Las aguas suben, ahogan el paisaje, el diluvio cubre la tierra y, finalmente, el globo entero. Flotando sobre el tumulto en su arca, Noé, el patriarca, salva a este remanente, algunos animales, unos pocos parientes...
Este barco, este banco de depósitos o de datos, queda anulado desde las primeras palabras del Génesis, donde el soplo de Dios flota, solo, sobre las aguas: no queda nada ni nadie. Este primer diluvio lo erradica todo: no más animales, no más plantas, no más mujeres. Otra versión de este primer diluvio: los Diez Negritos de Agatha Christie, solos en su isla aislada del continente por la tormenta -un modelo reducido del planeta- se erradican felizmente unos a otros. No queda nada ni nadie. Para que el Mundo reaparezca, hará falta una buena segunda semana -pasará por la primera...- de creación. Para lograr el mismo doblete, mi apertura añade domingos y festivos a los días ordinarios.

Tres grandes teoremas rigen nuestra violencia: la furia de matar comienza por nada; crece sin barrera; amenaza a la especie humana con la erradicación. Llevamos dentro este terror primitivo, que podríamos decir inconsciente; nuestra especie lleva dentro la angustia de este fin.

Parece que la violencia se expande de un modo tan humanamente inexorable como aquel por el que la atracción o la entropía someten al Mundo a su necesidad. Como si a veces lo colectivo siguiera el mismo tipo de ley que lo objetivo.

La segunda parte de la historia, la que proyecto a la inversa, la llamo milagrosa, porque viola las tres leyes que acabo de enunciar: invierte su necesidad. Disminuir el torrente de violencia parece tan difícil como los famosos movimientos perpetuos que implica la imposible desobediencia de las dos leyes mencionadas. Sin embargo, debemos nuestra supervivencia a esta inversión.

Pregunta: ¿cómo puede lograrse esto? ¿Quién puede bajar las aguas del Diluvio? La primera respuesta es la policía portuaria, que surge de repente de las furgonetas alertada por el dueño del bistró, que intentaba limitar los daños; violencia legítima, en otras palabras, ante la cual los camorristas dejan inmediatamente de intercambiar golpes. Pero la solución no hace sino repetir la pregunta: sólo la violencia detiene la violencia. No podemos escapar al círculo encantado de su repetición, encadenados a su crecimiento.

Violentos de hecho, pero legítimos de derecho. La sociedad faculta a la policía para encarcelar a estas buenas personas. Legal y respetada por todos, arbitral por decir lo menos, la justicia adopta una especie de fuerza. Volveremos sobre ello más adelante.

Así que repito mi pregunta: ¿quién puede bajar las aguas de este diluvio que amenaza con cubrirlo todo?

El diluvio

Quedémonos un momento en las aguas. El hecho de que una paloma portando una rama de olivo y el arco iris anuncien juntos un pacto, un contrato o la paz es una clara indicación en el Génesis de que el

diluvio se produjo por un aumento extremo de la violencia. Al describir el aumento al extremo, Clausewitz no está inventando nada que no se haya registrado desde tiempos inmemoriales.
Pero, ¿quién envió el pájaro, quién hizo rodar los siete colores en el horizonte? A los supervivientes les pareció que fue Jehová. ¿Qué llamada telefónica envió seis furgones policiales a la refriega *de L'Ancre de Miséricorde*? ¿Y qué sería del barrio, del puerto, de la ciudad, del país... en ausencia de las porras?

La figura del Diluvio -que también puede, y por qué no, interpretarse en términos geofísicos como transgresiones marítimas debidas a alguna forma de deglaciación, o incluso como el resultado, tras un terremoto, de una súbita ruptura del Bósforo o, detrás de Mármara, a la altura de los Dardanelos, cuando el mar Mediterráneo, vaciado varias veces, vuelve a llenarse... o incluso en términos de una epidemia que volviera no potables las aguas de los arroyos, manantiales y pantanos, dejando sobrevivir sólo a los raros genios que inventaron beber té caliente, cerveza fermentada o vino... - el Diluvio, diría yo, no se limita a unos cuantos libros sagrados.

Tendré que volver a *Horacio*, la tragedia de Pierre Corneille, dentro de un momento. En el acto IV y en la escena 5, Camille profiere insultos contra su hermano, que acaba de asesinar -legalmente, según la violencia legítima, en nombre y al servicio de Roma- a su prometido. Estas notorias imprecaciones son la medida precisa de una creciente escalada de violencia, en el curso del linchamiento de la Ciudad que la hermana evoca y desea mientras clama venganza:

Que todos sus vecinos, unidos
Socavando sus cimientos, aún tambaleantes.
Y por si fuera poco para toda Italia,
¡Que Oriente una sus fuerzas a las de Occidente!
Cien pueblos unidos en los confines del universo
¡Los montes y los mares han venido a destruirlo!

Vecinos, Italia, Oriente, Occidente, los pueblos del universo... La suma sigue aumentando... hasta que un diluvio de fuego cae sobre la ciudad de Roma. No hay mejor manera de describir el crecimiento irresistible de un diluvio y su desbordamiento final. *Urbi et orbi*, la erradicación de la Ciudad Eterna, la soberana y su universo.

Más complaciente, si cabe, el mismo Corneille describe la misma dinámica de violencia en una última y brillante tragedia, *Atila*, cuyo trazado y dinámica forman una simetría con *Horacio*, presentando el mismo pentágono riguroso y geométrico de personajes, hombres y mujeres, reyes y princesas, ligados por las mismas relaciones de odio, terror y amor, sólo que la violencia, lejos de ser controlada como en las proximidades de la fundación de Roma y como diré, llega hasta el final, bajo el dominio de la cólera que estalla en el tirano huno.
Llamado el Azote de Dios, expone, en el último acto, un tema y variaciones sobre tres diluvios. Aquí están:

Pero cuando [Dios] entrega el universo a su furia
Tiene diferentes inundaciones para diferentes momentos.
En el pasado, las olas estaban a reventar,
Bajo un diluvio de aguas llevó al mundo a la ruina;
Su mano mantiene en reserva un diluvio de fuego
Para el último momento de nuestros últimos sobrinos;
Y mi brazo, que ahora truena,
Un torrente de sangre cubre la tierra por él.

¿Quién puede entonces detener el diluvio de fuego encendido por Camila, arriba, y el triple azote de agua, sangre y fuego, esparcido por Atila, Azote de Dios, abajo? Dios mismo, tal vez; la Muerte, seguro. Horacio mata a su hermana en cuanto deja de hablar; Atila expira por una hemorragia nasal: se ahoga y se asfixia en su propio torrente vital, en su propio diluvio.
Como hemos visto, sólo la muerte y la violencia pueden interponerse al crecimiento de la violencia y la muerte. Tautología en lugar de respuesta; aceleración en lugar de freno; diluvio sobre diluvio. ¿Pero

de otro modo? ¿Hay otra solución que esta profecía autocumplida?

Al final de mi libro sobre Zola, analicé detenidamente el Canto XXI de la *Ilíada*, donde Aquiles, ebrio como de costumbre de furia, ataca el Xanthus, el río amarillo enrojecido, o el Scamander, atiborrado por su mano salvaje de cadáveres. Estos ríos se hinchan hasta poner en peligro la vida misma del héroe, que se ve desbordado hasta la garganta y pide clemencia a los dioses. Como en la Biblia, apela a lo sagrado.

Recuerdo un relato siberiano sobre la guerra entre los blancos y los bolcheviques: durante la ruptura de los hielos en primavera, los ríos de estas altas latitudes, cuyos hielos invernales escondían sus secretos de muerte en sus masas translúcidas, opacas y glaucas, soltaban tantos cadáveres que apenas se veía el agua, escarlata y sucia. De niño, lo había visto en el Garona, cuando subían los sábalos: sus lomos plateados, adornados con afiladas aletas verticales, hacían invisible la vivacidad superficial de la corriente. Por último, no puedo evocar todas estas escenas diluvianas sin sentir dentro de mí el recuerdo vívido, sobrecogedor, maravilloso, patético y angustiado de las grandiosas crecidas del Garona de mi padre y del heroísmo exigido a mi familia marinera; me siento heredero de al menos dos tipos de crecidas, las de agua y las de sangre: las, torrenciales, del río de mi primer trabajo, de mi primera y amada profesión, y las provocadas en tropel por los conflictos contemporáneos. La marea de refugiados se desbordó en las orillas donde se desbordaron las crecidas del río. Más tarde, completé la triple experiencia de Atila presenciando terremotos devastadores y erupciones volcánicas. Digo esto para que el lector sepa que no me limito a citar libros o mitos, que he estado allí, que sé de lo que hablo.

Por tanto, sostengo que, tras esta escena atroz y, por decirlo sin rodeos, matamorosa, cuyo énfasis pone punto final a la *Ilíada*, lo único que le quedaba al astuto Odiseo era embarcarse, a imitación de Noé, con marineros fieles, además de unas pocas provisiones para subsistir. *La Odisea* continúa la *Ilíada* como el Diluvio continúa el Génesis. Los marineros de Ítaca, vestigios de la atroz guerra de Troya, flotan sobre

las aguas de una violencia sin fin, al menos tanto como sobre las del Mediterráneo, que son igual de aterradoras, sobre todo en invierno, como he vivido y recordado.
Cuando el asesinato amenaza con apoderarse del mundo, cuando el demente Aquiles reina, espada en mano, sobre la humanidad y el universo, cuando la peste mata en Florencia... bien podríamos refugiarnos en un barco, construir un arca en la que flotar entre las aguas que se han desatado, o encontrar un jardín en las alturas sobre el mar, donde contarnos historias largo y tendido, por ejemplo sobre una isla en la que, náufraga y harapienta, me encontraría a Nausicaa jugando a la pelota en la playa con sus compañeras...
Mi hermano y yo siempre encontrábamos alguna pequeña cresta de la carretera, a salvo de las inundaciones, donde podíamos jugar al fútbol tranquilamente mientras estábamos de vacaciones en el colegio. Por fin sordos a los horrores de la guerra, nuestra fraternidad sustituía a los horrores del recreo. ¿Qué Nausicaa se apiadará de mí?

Historia

Pero estoy relatando mitos, recuerdos y juegos teatrales que apenas se creen; ¿por qué no pasar a lo que historiadores y periodistas llaman, con la más cómica seriedad, el teatro de operaciones?
Desde la batalla de Bouvines y los asedios organizados por Vauban, donde, en medio de la carnicería sin sentido, trató de salvar muchas vidas humanas -sin duda porque los mercenarios eran tan caros que John Law sugirió más tarde, por razones de economía, que se compraran en lugar de matarlos costosamente en la batalla- o, de nuevo, las guerras de las que se ríen cuando se dice que están hechas de encaje... hasta la carnicería revolucionaria de Valmy, y los éxitos supuestamente geniales de Napoleón, cuando el propio Bonaparte, visitando la llanura sembrada de muertos y heridos gritando, afirmó riendo que una noche en París "arreglaría eso", Desde esta abominación, diría yo, hasta la batalla de Solferino, donde, invadido por la piedad -yo habría vomitado, me parece- ante el hedor de cuarenta mil cadáveres, Henri Dunant fundó la Cruz Roja, ¿qué

sucedió sino una oleada de víctimas cada vez mayor? De unas pocas docenas a cientos de miles. Pero cuando se introdujeron las ametralladoras, los bombardeos aéreos y las armas atómicas, pasamos recientemente, de la manera más racional del mundo -contando los resultados masivos de las ideologías- a un buen centenar de millones. También debo compensar este crecimiento teniendo en cuenta el aumento de la demografía en todo el mundo.
Como resultado, el Diluvio ya no es un mito... sino una siniestra realidad carnal. Objetiva: sucedió. Colectivo: participaron las naciones más cultas, más eruditas, más artísticas, más humanistas... Cognitivo: los científicos más avanzados realizaron hazañas tan nobles como mortales.
Bueno, subjetivo: estoy sobreviviendo. Sí, en la vorágine de esta loca inundación, atravesé el paraíso infernal del amor infantil. Las crecidas del Garona iban acompañadas del agua marrón de la sangre humana. Yo las vi rojas.

Habíamos pensado, por supuesto, que las batallas las libraban los soldados de primera línea. Las sirenas perpetuas nos persuadieron de que este contrato databa de tiempos prehistóricos, contemporáneos de Rousseau, que no quería que las guerras mataran civiles. Londres, Caen, Clermont-Ferrand, Brest, antes que Dresde y Nagasaki, los castigaban por no llevar uniforme. Debo señalar que Jean-Jacques ya quería que se perdonara la vida incluso a los soldados cuando se les desarmaba. Las ruinas de las ciudades se amontonaron lo más lejos posible de la línea. La inundación ya no afectó a los reclutas, sino a las mujeres, los niños y los ancianos, indefensos e impotentes.
Crecimiento del número de armas, cada vez más eficaces, hasta la destrucción masiva; crecimiento del número de combatientes, cada vez más numerosos; crecimiento del número de lugares, que pronto alcanzarán las estrellas -cuya lejanía nos enseña la esencia del proyecto humano-; crecimiento del número de civiles implicados, inocentes y desprevenidos; crecimiento, en fin, tan múltiple que el Diluvio lo invade todo.
La Biblia dice perfectamente lo que he vivido. La historia es débil, y

de hecho nos dice lo que la tradición, el mito y el kerigma nos dicen, con precisión y profundidad, iluminando nuestra oscura antropología desde el amanecer.

Lucha y representación

Así que cuando hago retroceder mi película, obtengo dos resultados que no me había dado cuenta de que estaban tan estrechamente relacionados. En primer lugar, el número de combatientes se reduce de treinta a veinte, luego a tres y después a dos... Pero, ¿qué hacen los demás? Vuelven a sus respectivos asientos y, bebiendo cerveza o vodka, contemplan las hazañas de los que siguen en carrera. Contemplan la lucha, el encuentro, el partido... en definitiva, el espectáculo.
No sólo se retiran las aguas, bajando la crecida, enfriando la violencia, sino que nace el espectáculo. Este es el origen de la tragedia, que Nietzsche buscó pero no encontró. El espectáculo comienza cuando la violencia alcanza su punto más bajo, cuando desciende el número de participantes. Que sirva de catarsis o de purga se convierte en una simple tautología. Mejor aún: los que continúan la reyerta representan a las tripulaciones del portaaviones ruso o del submarino británico. Los representantes hacen la representación. Doble beneficio: la batalla se ralentiza, el teatro emerge. El teatro de operaciones.
Por eso me llegaron las tragedias de Corneille.

La cuestión es si dejar que crezca la violencia o mantenerla baja. La única forma en que podía responderla era filmando y proyectando la película al revés.
Pero, una vez más, ¿quién o qué tendrá la fuerza, la autoridad y el prestigio para invertir la tendencia? Por el momento, sólo he encontrado lo sagrado, mencionado aquí, en la Biblia o en los mitos latinos, griegos, indios o acadios. ¿No deberíamos entonces evaluar los milagros de cómo lo sagrado puede reducir la violencia?
Pero antes de ponerme demasiado religioso, me gustaría plantear la hipótesis de que todas las historias que he leído sobre los orígenes de grupos y sociedades empiezan, justamente, hacia atrás; mejor aún, que

sólo pueden EMPEZAR HACIA ATRÁS.

Los bueyes de Gerión

Hace algunas décadas, cuando escribía mi libro sobre la fundación de Roma, me tropecé tontamente con el robo por un tal Caco de los bueyes ya robados por Hércules a un tal Gerión. Deslumbrado por su magnificencia, y observando que Heracles, exhausto, roncaba en la áspera hierba, con su garrote también dormido a su lado, el pastor Caco empujó a los mejores del rebaño a su propia cueva. Pero, como ardid, tiró de ellos por la cola para que las huellas de las pezuñas aparecieran al investigador boca abajo y así engañarle. Pregunta: ¿qué tenía que ver esta bonanza de robos con la genealogía de lobos, vestales y reyes? Sólo ahora estoy descubriendo la respuesta: es exactamente lo que hace el mito en la historia, o el pequeño relato de un detalle circunstancial en el gran esquema de las cosas: ¡trae la verdad!

Qué decía la historia, si no que para entrar en la cueva, en la caja negra, en la extraña oscuridad de los orígenes, había que ir hacia atrás. ¿Estas huellas entran ahí? No, salen por el otro lado. Veinte años después, tuve que inventarme esta historia para comprender por fin la necesaria inversión de sentido cuando se trata de los orígenes. Para que un grupo se forme, debe, por supuesto, invertir el crecimiento de la violencia, de lo contrario se destruiría a sí mismo antes de formarse. La violencia está ciertamente en el origen, pero es contraproducente. Diluida y destructiva, erradica y suprime.

Neanderthal desapareció: ése es el primer origen directo, como el primer diluvio. ¿Qué tipo de violencia encontró este *Homo*? ¿La suya propia o la de otros? No importa. Su erradicación me parece, hoy, la ley ordinaria. *Sapiens*, en cambio, permaneció: he aquí un segundo origen, pero paradójico, milagroso, y por tanto a entender en sentido inverso. ¿Dónde y cómo encontró un arca?

Deucalión y Pirra

Me parece que un mito griego ofrece la síntesis original entre la

destrucción diluviana y el movimiento inverso de los bueyes de Gerión o de Horacio, a los que vamos a ver huir, girando también sobre sus talones.
Perdidos por los vicios, los hombres de la Edad de Bronce perecieron en las aguas enviadas, según el mito, por Zeus. Los Noé helenos, Deucalión y Pirra la Roja, construyeron un cofre, un arca, en la que también ellos flotaron durante nueve días y nueve noches. Desembarcaron en las cumbres de Tesalia, como el otro en el monte Ararat, cuando las aguas retrocedieron. Entonces Hermes, que había venido a visitar a la pareja de náufragos, se ofreció a cumplir su deseo: uno quería compañeros, como yo, el otro compañeras. Para repoblar la Tierra, Zeus les ordenó que arrojaran los huesos de su madre Tierra sobre sus hombros desde ATRÁS; se dieron cuenta de que eran piedras y las arrojaron. A espaldas de Pirra la Roja, la nueva Eva, nacieron las mujeres, y a espaldas de Deucalión, otro Adán, los varones. A sus espaldas surgió la nueva humanidad. Los veo ciegos, como yo lo estaba, a este movimiento a la inversa.

La violencia oculta el origen del ser humano. Frente a la guerra, la Muerte; tras ella, la supervivencia. No se trata de una tautología. En un sentido, surge el Diluvio, del que nada queda; si los humanos renacen, sólo pueden hacerlo en sentido contrario: la lección de un origen invertido nunca falla.

Filosofía, antropología, ciencia y otras teorías

En otras palabras, cuando Hobbes, Rousseau y otros dicen que los colectivos pasan de la guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*) al contrato que los funda, nunca entendemos -y ellos tampoco- cómo esta violencia se apacigua lo suficiente como para dar lugar a las discusiones que permiten el acuerdo y, por tanto, la supervivencia de estos colectivos.
La paz no surge de la violencia abierta; el orden no surge del caos; el acuerdo no surge de la determinación . Hay que verlo al revés. Voy a contar la historia de Horacio -¿de *sapiens*? - que va de las sucesivas sustracciones a la fuga y viceversa. La segunda historia de mi bistró de

marineros.

¿Qué inversión de sentido tendremos que descubrir para comprender el paso de la barrera de Planck al big bang, esa distancia casi infinitamente corta durante la cual nuestras leyes físicas no funcionan? ¿Funcionan al revés, como el ganado prelado y las tragedias romanas?

Guerra

Vuelvo a mi admiración infantil por la tragedia *Horacio*. En el episodio final de mi relato a los marineros, habéis reconocido, al menos en los números y sin riesgo de divagar, la obra maestra de Corneille. Tres Horacios contra tres Curacios, uno contra tres, contra dos, con el último masacrando a la última víctima. Victoria para Roma, muerte para los Albanos, al estilo de Tite-Live. No más cerveza, sólo heroísmo; no más marineros, sólo seis clones enjaezados, con sables y escudos; no más británicos o rusos de posguerra, sino actores a la antigua usanza declamando alejandrinos con falditas de cuero, como matinés clásicas para viejas adolescentes en la Comédie-Française.

Horacio, tragedia romana de Corneille

Pregunta: ¿cómo es que una obra de teatro del repertorio cuenta el final extremo de mi película al revés? En el bistró, vimos cómo la reyerta se extendía, reclutando cada vez más combatientes voluntarios, presa de una epidemia que se propagaba rápidamente, como el pánico. Si invierto la secuencia, entonces los participantes se retiran poco a poco de la reyerta y, sorpresa, sorpresa, la batalla se transforma, como he dicho, en una representación, o mejor aún, esta misma representación, en cinco actos y en verso. Una vez más, la pregunta es: ¿quién tiene el poder de invertir el sentido de estas secuencias?

Horacio o el doble origen

Mi admiración por la obra de Corneille reside en que expresa maravillosamente, mejor que una fina teoría, un relato vivo del doble origen: el peor, el extintivo; y el mejor, el que nos salvó.

Lo mejor, en primer lugar, en gran parte no dicho por la historia o la filosofía. Alba y Roma, dos pueblos, vienen a pelearse, no sabemos por qué, o mejor dicho, lo sabemos demasiado bien: por nada, por la irresistible pasión de matar. Multitud contra multitud, todos contra

todos, sin duda, al principio: viejos, mujeres, niños, perros, gallos, carneros, cabras y toros... Si y cuando la retirada toma cuerpo, estas poblaciones enteras se retiran de la lucha y dejan paso a un ejército; el mismo ejército que vemos, ya desplegado bajo las murallas, desde donde Julie, observadora apresurada, mensajera rápida, lleva la noticia de la batalla a las mujeres de dentro. Para que haya un ejército, para que se sitúe en la línea de batalla de esta manera, debe haberse constituido, debe haberse sustituido la guerra de todos contra todos, de la que hablaban Hobbes y Rousseau, sin decir nunca cuáles serían los efectos finales.

Esta sustitución verdaderamente primitiva pasa desapercibida para los dos filósofos. Inauguralmente, sin embargo, este acto y este momento tienen una importancia decisiva. Pues se trata de una limitación inicial de la violencia y, por tanto, de una salvaguarda primaria esencial. De lo contrario, la reyerta de la ciudad contra la otra ciudad podría haber acabado en el exterminio de todos: la lucha habría terminado por falta de combatientes. Los Diez Negritos vacían su isla.

Por el contrario, la sustitución de toda la población por el ejército la protege de esta erradicación, que acabaría siendo la llamada guerra de todos contra todos, a la que conduciría el desarrollo creciente, automático y natural de la violencia representada por el Diluvio. Cuando los dos ejércitos de Roma y Alba se enfrentan, este origen ya ha tenido lugar. En el principio, hubo guerra.

Autobiografía, 1

Cuando, en mi compulsiva juventud, renuncié a la Academia Naval, impulsado por lo que entonces se conocía como objeción de conciencia, me equivoqué, lo reconozco, por haber confundido el ejercicio de la violencia con la existencia del ejército. El ejército no inventa ni consuma la violencia, sino que la limita. En él sólo combaten jóvenes varones adultos, mercenarios en el pasado, voluntarios en el pasado, reclutas en la actualidad... excluyendo de cualquier combate a los ancianos, las mujeres y los niños, abandonados en la granja con los gallos o en el Capitolio con las ocas;

en cuanto a Julie, curiosa tras los muros y encargada de llevar la noticia a las cuñadas, encerradas en sus casas por ley masculina, deja claro, como las otras dos Gracias, que no participa en las reyertas.
La existencia misma de una cohorte, de un escuadrón, de un vuelo de aviones... implica que el movimiento que yo llamo inverso ya ha comenzado. Un árbitro, cuyo nombre, poder y función aún desconozco, detuvo la inundación y la hizo descender al nivel de estos armamentos instituidos, de estas instituciones armadas. Así que, como los bueyes de Caco, tenemos que volver a la caja negra de nuestros verdaderos orígenes. Puesto que hay dos, creciente y decreciente, ¿cuál es?

Uno de los dos orígenes salvadores

En el primer libro de su *Historia de Roma,* Tito Livio, que narra la victoria final de un Horacio romano sobre los tres Curiacios albaneses, y Corneille, que se inspira en el relato, no hacen, creo yo, más que proyectar otra película para navegantes al revés.
Si el ejército se compone ya sólo de jóvenes varones en buena salud, a excepción, como acabo de decir, de las mujeres y los niños al principio, el movimiento que detiene a las dos líneas incluso antes de que lleguen a las manos, y que lleva a los dos reyes a decidir llamar sólo dos veces a tres héroes, es una extensión estricta, en sentido analítico, de la sustracción inicial. En primer lugar, toda Alba contra toda Roma; en segundo lugar, el ejército de uno contra el ejército del otro; en tercer lugar, tres Albanos, llamados Curiacios, contra tres Horacios, Romanos, van ahora a batirse, de modo que la batalla lógicamente, quiero decir siguiendo la misma evolución, continuará a tres contra uno y cesará a uno contra uno, para terminar con un único vencedor. Vemos la película tomada de *L'Ancre de Miséricorde* al revés. El emocionante desarrollo de la batalla no hace sino completar un proceso retrógrado que nos conduce al verdadero origen.

El segundo, origen fatal

Así que ahora llegamos a la que ofrece los mencionados peligros de

erradicación total. La primera historia, la que acabo de contar al revés, tiene a Noé y su arca flotando sobre las aguas del Diluvio, que han invadido toda la Tierra. El patriarca -¿o Dios? - también ha eliminado del mundo a los representantes de las especies; con este remanente, todo puede volver a empezar, o al menos comenzar de nuevo. Y, como supervivientes, Deucalión y Pirra lanzarán sus piedras desde atrás. Mal llamada, al menos en griego, el Arca no representa un comienzo, sino un repliegue, una deducción, un descontar, un contar, como los de las mujeres y los niños que abandonan el ejército.
El segundo origen, el que tiene lugar in situ, no deja nada, ni especie, ni representante, ni bestia, ni planta, ni mujer, ni hombre. La semana de destrucción se desarrolla hasta su fin. Entonces, solo, el espíritu de Dios flota sobre las aguas. Después, se necesita al menos la omnipotencia divina, es decir, un hermoso milagro, exactamente *ex nihilo* -y ahora sabemos de dónde viene esta nada- para que todo comience, en una semana, entonces pretendida primitiva, de creación, pero segunda de hecho.

El genio inestimable de Corneille conocía bien el peligro diluviano de un tiempo que corría al derecho. Mejor que Livio, lo vio dos veces. Porque, en un momento anterior, no mencionado por el historiador pero descrito en la tragedia, la cólera popular estalló - "ambos bandos se amotinaron"- y el pueblo puso en peligro la autoridad: "La presencia de los jefes apenas es respetada, / su poder es dudoso, su voz poco escuchada; / incluso el rey está atónito [...]". *Turba ruit*: la multitud se precipita. Una vez más, toda la población entra en el proceso de violencia. Frenado y replegado por las instituciones reales y militares, el movimiento de crecimiento se reanuda. Describiré el segundo más adelante.
Ante este gran peligro, Tulo Hostilio, rey de Roma, llamado así porque sin duda ya había organizado el ejército -¿hemos encontrado ya al árbitro? ordenó que todos, las ciudades y él mismo, se remitieran a los dioses; ordenó un sacrificio. Lo sagrado suspende la violencia durante un tiempo. Hemos estado esperando con impaciencia este primer resultado, esta primera respuesta a la pregunta: ¿quién puede detener

el diluvio? Tenemos que ver cómo se desarrolla a la inversa, para tratar de averiguar cómo se detiene, si es que se detiene y cuándo se detiene, lo que evidentemente implica el terrible riesgo de la muerte colectiva. El proceso, pues, va de estas amenazas de agresión contra el rey a la desviación del probable linchamiento hacia los religiosos.

De paso, vemos la resolución de la cuestión relacionada pero paralela de la realeza: Tullus Hostilius debe su corona al sacrificio que él decide y que todos aprueban. O bien la violencia popular lo mata linchándolo y se convierte en víctima o sacrificio; o bien el desvío de esa misma violencia hacia otra víctima -la hija de Jefté o de Agamenón, ambos reyes, en definitiva, algún chivo expiatorio...- lo asciende a rey. Como árbitro, como he dicho.

Volvamos al principio. En cuanto el oráculo de los dioses confirma la elección de los tres soldados, la batalla se reanuda inmediatamente. ¿Responden estas dos escenas -la violencia y lo sagrado- a mi pregunta y proporcionan un eje para la inversión de lo correcto a lo incorrecto?

Interludio: religión, derecho, duro y blando

¿Ha consagrado nuestra historia este extraño poder de lo sagrado bajo el nombre de poder espiritual? ¿De dónde saca la fuerza para detener un diluvio irresistible? Tiene que ser un poder que no tenga contrapoder.

El llamado poder temporal, el de la violencia, encuentra siempre oposiciones, precisamente las que alimentan indefinidamente las aguas del crecimiento diluviano. La oposición a la violencia por otra, simétrica, da lugar a una adición, a veces a una multiplicación. Sin detenerse, la dialéctica termina en erradicación. Por tanto, era necesario encontrar al menos otro poder que no diera lugar a la violencia. Cuando definimos el Estado o las instituciones políticas como monopolios de la violencia legítima, asociamos los dos poderes, temporal, violento, y espiritual, legal.

Este último asume un doble papel: el de religioso, el sacrificio ordenado por Tulo Hostilio para detener el estallido de furia popular; pero también el de la corte, donde el héroe, asesino de su hermana,

aparecerá al final de la tragedia. Nos ocuparemos de ello más adelante.
Paradoja: violencia *dura*, ira, rabia, uñas y dientes, sables, lanzas, sangre y cadáveres... sólo lo *blando* resiste: kerigma, verbo, juicio, sentencia, veredicto, palabra performativa... ¿La blandura del kerigma nace de la dureza sacrificial?

Guerra de todos contra todos

Antes de llegar a esta extrañeza, volveré a la historia anterior. Incluso antes de que los ejércitos subieran al escenario, en Corneille, o salieran al campo, en Tito Livio, los pueblos de Roma y Alba luchaban, toda la población contra toda la población, toda la ciudad contra toda la ciudad vecina. ¿Es éste el estado original, descrito por Hobbes y Rousseau, del que no sabemos realmente, y estos filósofos tan poco como nadie, cómo los colectivos humanos pudieron, deteniéndolo, liberarse? He ahí la cuestión, la de la guerra de antaño, la guerra cuyo concepto intento definir, la guerra que se cuenta, la guerra que se retrata, la guerra, también, sobre todo, que vivimos hoy: ¿cómo empieza esta guerra y cómo salimos de ella?
Por cierto, Livio más bien evita la cuestión; empieza por contar una historia -una prehistoria- de lobos y lobas, de una vestal Rhéa Sylvia, una madre salvaje... para remitir a este estado primitivo anterior incluso a la fundación de Roma, del mismo modo que remitimos por debajo de la barrera de Planck todo lo que nuestra física no sabe decir sobre el origen del universo. Tengo la intuición de que, desde su primera línea, todo lo cultural, todo lo policial, jurídico y político, ya está ahí, realeza incluida. Que sólo podemos vislumbrar lo que sucede antes de la fundación a través de la oscuridad del borde que domina el bosque de los lobos. *Donde reina la anarquía.*
Pero la ley ya está ahí. Porque nunca se trata de la guerra en la que habrían participado las dos poblaciones. Los centuriones y los legionarios ya están en armas. La guerra siempre ha tenido ya lugar. Por eso la creemos fatal, transhistórica, siempre ahí; por eso Corneille, que debió de plantearse la cuestión de antemano, imagina la extraña

escena en la que la cólera popular se desata en torno al rey, poniendo en peligro su autoridad. También la tragedia asoma la cabeza por una ventana, más allá del borde, entre el bosque de lobos -¿el Louvre? - para observar la violencia pura, sin ley, detenida sólo por lo sagrado.
De paso, quisiera decir que estas viejas historias de lobos y lobas ya no me parecen, desde hace mucho tiempo, fruto de un puro salvajismo; la experiencia, vaga o amplia, de la caza mostró rápidamente a nuestros antepasados hasta qué punto llegaron estas bestias a la perfección en la organización de sus manadas, sus tácticas y, se dice también, su pedagogía. Era como si un cierto derecho se encontrara ya y de nuevo en este mundo bestial río arriba. Ni Mowgli ni el romano Géminis mamaron del caos. Estos mitos, sin embargo, parecen remitirse a las pruebas aportadas por la etología y la práctica cotidiana de los cazadores-recolectores.

Ahora hablaré por mí mismo

En ese momento, en ese caos global y originario en el que pueblos enteros llegan a las manos, cansados de ver morir a ancianos, mujeres y niños, y por miedo a la erradicación total , todo el mundo -pero, una vez más, ¿quién? - decidieron abrir un espacio bien delimitado, el campo de batalla - un espacio, sí, una especie de campo de Marte, pero también un tiempo, una fecha, en definitiva unas disposiciones precisas y, me atrevo a decir, legales - abierto sólo a los ejércitos, a un número limitado de ellos, porque fueron reclutados entre un solo sexo y un solo grupo de edad. Los viejos, las mujeres y los niños, además de los enfermos y los desvalidos, contemplarán la batalla desde lo alto de las murallas o más allá, como en un espectáculo; de hecho, como nosotros en la tragedia *Horacio*, que se representa aquí en el teatro o en la plaza. Era como si la propagación, habiendo alcanzado su punto álgido y afectado a la totalidad de las dos ciudades, ya hubiera dado marcha atrás.
También en el teatro elegimos actores que representan la acción, igual que los ejércitos representan las dos ciudades. Toda nuestra historia comienza entonces. ¿Comienza, entonces, con la invención de la

guerra, en esta limitación regulada de la violencia sin reglas? Sí.
Porque la retirada continúa. Porque los propios ejércitos dejan ahora este campo a sus tres representantes. Mientras se alinean, los dos ejércitos se mezclan con los lugareños, ya espectadores de la batalla armada. Se dirigen hacia las almenas o hacia las gradas. ¿Qué estaba pasando? Todos mantenían los puños hacia delante y arqueaban la espalda, la cabeza en los hombros, dispuestos a la batalla; ahora están de pie, con la cabeza alta y libre, las manos en las caderas. Se apartan para dejar el campo a los campeones, para que puedan moverse a sus anchas.
Sustitución de personas, división del escenario y tiempo para la exhibición: del campo de batalla o campo de Marte, el espacio del ejército, al pequeño ring de la reunión, el recinto de los representantes; se fija el comienzo del combate. Actos, personajes, tiempo y lugar: invención de la regla de las tres unidades.
El movimiento se rompe porque, en aquellos extraños tiempos arcaicos, los soldados ya habían sido escogidos, elegidos y nombrados como los primeros campeones para luchar en la plaza del pueblo. La delegación, lugartenencia o vicarianza, representación... se construye en varios detentes, el movimiento completo de la historia de los tres hermanos que se separan para intentar alcanzar al que huye, detrás, lo deja suficientemente claro. El espectáculo tiene lugar tantas veces en el espectáculo.
Trágicamente, Horacio repite la escena que Corneille ya había desmenuzado en *L'Illusion comique*.

Los emisarios y el origen de la representación

Ver el origen de la representación tomando forma poco a poco, Historia, comedia o tragedia, historias en cualquier caso. Los ejércitos representaban a las ciudades en el campo de batalla; los tres héroes, a cada lado, representan a los ejércitos, en un anillo más estrecho; Horacio y Curiace*, mano a mano*, representan finalmente a sus otros dos hermanos, muertos sobre las tablas del teatro; todos menos seis, no, excepto dos, asisten a una representación; nosotros mismos

asistimos a la representación. Ese es el origen de la tragedia como espectáculo. Ése es el origen de los actores trágicos, entendiendo por tales las sustituciones o vicariantes, Jeanne Durand y Paul Dupont, de la Comédie-Française, representando a Camille y Curiace. En griego, el escenario era la tienda donde se escondían los actores para desnudarse, cambiar de piel, de aspecto o de papel: un lugar de sustitución, de representación, de abordaje.

Esta dinámica lanza o elige a múltiples emisarios. El término emisario tiene múltiples acepciones: víctima, vicario, sustituto, representante, actor, etc. Significativamente, esta serie de sinónimos pasa del sacrificio a la representación. La tragedia de *Horacio* y Corneille, así como la tradición romana relatada por Tito Livio, exploran esta dinámica, multiplican los emisarios y, en el proceso, conducen al origen mismo de la tragedia... y a la guerra como su origen. Como si la guerra también pudiera reducirse a una especie de representación, en la que cada ejército representa a la ciudad o nación correspondiente.

Con el pretexto de contar una historia, una obra de genio puede sin duda rastrear el origen de esa historia, pero sobre todo explora y explica el origen del propio género de la obra que la cuenta. Esta tragedia arroja luz sobre el origen de la tragedia.

De vuelta al bistró

Permítanme resumir de nuevo la historia de mi bistró. Un patán desaliñado, borracho de vino o de ideas, un buen albanés provoca a un romano que pasa o no le cede el paso en el cruce. También puede haberse llevado a su novia. Aquí están, los dos en el polvo. Una multitud. Otro buen albanés que pasa por allí se siente molesto por los insultos que recibe su compatriota, al que llama inmediatamente hermano. Vuela en ayuda de su hermano. Pero un romano que acababa de conocerlo no soporta la desigualdad de la pelea y acude rápidamente a la hermandad romana en busca de ayuda. Un tercer Albano... La reyerta, como la llaman en los periódicos, se generaliza, con mujeres y niños pegados a los talones de los combatientes. La

violencia y la guerra se extienden como la peste.
Dejemos que la cámara proyecte la secuencia en el otro sentido y esta propagación, que experimentamos tan a menudo que nos parece bastante natural, se invierte y se transforma en filtraciones sucesivas, un conjunto que deja de interesarse por la lucha, salvo un subconjunto que, a su vez, deja espacio y acción para unos pocos elementos, cada vez más raros, hasta el trío, luego los solteros en un duelo residual: este proceso inverso de construcción de matorrales se llama representación. En el cuádruple sentido de campeón sustituido, espectáculo, imaginación y texto... tenencias, vicariancias, sustituciones, delegaciones sucesivas... representaciones o teatro.

Sorpresa, sorpresa, ¿podría ser que la invención del espectáculo tuviera lugar al mismo tiempo que la invención de la propia guerra? Ambos presuponen las mismas limitaciones espaciales, temporales, digitales, humanas... y pronto jurídicas. Los mismos límites trazados en torno a la violencia. El teatro de operaciones.
Para curarse de la violencia, decía Aristóteles, hay que participar en el espectáculo. Ciertamente, ya que presupone el cese de la dinámica de su expansión, es decir, la inversión de la epidemia. En consecuencia, Tite-Live y Corneille nos ayudan a comprender, al menos de hecho, por qué sacan a pasear al joven Horacio, victorioso, vencido, primero, último, dando dos vueltas, para huir y para luchar, para invertir el movimiento de la violencia, para retroceder en el tiempo, para separar, en un sentido, lo que el otro sentido unía. Así pues, la *película Horacio*, al menos en este breve periodo, va en los dos sentidos. Corneille, un genio, trata ambos orígenes. Lo confirmaremos un poco más adelante.

Modelo sin lenguaje: el juego del rugby

¿Quién invierte el sentido? pregunté antes. Respuesta: el árbitro. Su silbato plateado detiene el juego en seco: los jugadores se paran, se ponen de pie, con las manos en las caderas. La lucha se suspende durante el tiempo muerto. Las palabras canonizadas son ciertas: el tiempo muere aquí, en el estadio donde se practican los deportes de

equipo, pero no mueren ni los vencidos, ni las víctimas, ni los cuerpos. Sólo algunos heridos leves. Porque cierta ley suspende el desarrollo de la violencia, deteniendo el tiempo, a diferencia del estúpido, bárbaro y pugnaz Josué. Aquí, en el campo, alguien -y ésta es la respuesta a la pregunta "¿Quién?" formulada antes- tiene el control del tiempo, del curso de los acontecimientos, de la dirección de propagación de la onda potencialmente letal, y del propio espacio.

El árbitro, le llamaré por su nombre, congela el enfrentamiento. A continuación, un compañero, digamos el que lleva la camiseta de la Roma, levanta los brazos delante de un adversario, que también levanta los suyos, el del Alba, ambos reconocibles porque los marca el número 2; luego otros dos, vestidos de azul o de verde, y sólo distintos porque lucen los números 1 y 3 en sus dorsales, meten la cabeza bajo las axilas del primero. Los tres campeones gemelos, Curiaces y Horaces, así estrechamente unidos, corren de cabeza como íbices, uno bajo el cuello del otro; mejor aún, dos compañeros, que han venido por detrás, prestan sus cabezas a los flancos de los tres primeros; comienza el proceso aglutinador de la epidemia o propagación, pero termina inmediatamente, porque otros tres Horaces y tres Curiaces por delante corren a apoyar, en tercera línea, a los cinco de cabeza: no iremos más lejos. El colectivo se enfrenta al colectivo, como un solo hombre, cuerno contra cuerno. Así lo querían la ley y las reglas, representadas aquí por el árbitro.

La melé así ordenada, única y múltiple a la vez y que muestra claramente la ley de la multiplicación y su fin, ha recibido en inglés el bello nombre de *scrum*, donde reconocemos la palabra italiana para escaramuza, táctica de guerra y término teatral, Scaramouche. Ya he hablado varias veces de las escaramuzas en el bistró de los marineros. Se puede definir como un enfrentamiento local entre escaramuzadores aislados o un pequeño destacamento de dos ejércitos, digamos emisarios. En un campo estrecho, los ocho de antes, unidos como uno solo, se oponen cabeza con cabeza como cabras. Una pequeña parte del ejército, haciendo de tortuga, como decíamos en Roma cuando unos pocos legionarios unían sus fuerzas bajo los escudos, se enfrenta, en una batalla preliminar, a los que felizmente se llaman los

delanteros. La escaramuza siempre tiene lugar como preliminar -o sustitución- de la batalla general.

Ahora miren al equipo: los half-backs, three-quarter-backs y full-backs, parados con las manos en las caderas, fuera de la escaramuza, ubicados a bastante distancia, observan a su vez lo que va a producir el scrum. Se han unido a los espectadores. En cuanto a nosotros, en las gradas, mujeres embarazadas y ancianos incapacitados para el juego por el reumatismo artrítico de nuestras articulaciones, venimos de los dos pueblos en cuestión, esperando tontamente que el nuestro derrote al otro. Fotografíen el estado de las cosas cuando se forma el scrum: el equilibrio entre las coronas concéntricas de la representación -el equipo es el emisario del pueblo, y los delanteros, a su vez, los emisarios, enviados o representantes, vicarios o víctimas, del equipo y así sucesivamente, espectáculo dentro del espectáculo, Illusion comique- y el movimiento tupido, inverso y controlado de la propagación queda perfectamente ilustrado.

Cuidado, aquí viene otra vez: el árbitro suelta, la pelota sale del scrum, el medio pasa, la caballería se precipita, todos se meten en el juego. La escaramuza se extiende, el campo se incendia, todos corren y pasan, el público se pone en pie y grita. Como el bacilo de la peste, el balón corre arrastrando la epidemia de violencia, como en *L'Ancre de Miséricorde*. La corona fluctuante de jugadores-espectadores pasa de repente de un papel a otro: atentos pero pasivos, observaban el combate individual; aquí están, activos, en la llama de la batalla: desprendidos, luego comprometidos; pacíficos, luego combativos. La propagación comienza de nuevo.

Como espectadores de la segunda corona, los demás, sentados en las gradas y separados, vemos -imitando a Julie en la ranura- como en una pantalla gigante la participación que consiste en entrar en el juego o, a la inversa, extraer una subparte de él -me pongo en pie, emocionado, Este fenómeno parece tan misterioso cuando Aristóteles o algún filósofo grandilocuente lo conceptualiza y lo aplica a un público sentado, boquiabierto y educado en un teatro muy culto. Aquí, sin lenguaje, la emoción atraviesa a la multitud como la bala atraviesa a los combatientes, vuela como se produce el contacto pugnaz en la

escaramuza. Dibuje claramente las tres zonas: los combatientes luchan de verdad, cuerpo a cuerpo en el primer grupo, el centro, el núcleo, el intermedio en el baloncesto o el round en el boxeo; la corona intermedia puede pasar o no el balón, una cuasi-cosa, un intermediario entre el signo y el objeto; una ola de angustia o de esperanza sigue a este cuasi-objeto, recorriendo la multitud circundante. En el centro, el balón traduce la realidad de la batalla en señal, o la movilización en emoción. Traduce la cosa en señal, transforma la alta energía en baja, es portador de ambas. Cuero duro pero signo blando.

En términos más generales, el deporte del rugby, incluidas las tres zonas, es el intermediario entre la guerra real y la vida cotidiana. Nos purgamos los domingos en el estadio. Como los sabios, podemos llamar *catarsis* a la purga de la violencia lograda aquí, sin lenguaje, y por tanto muy eficazmente, por la acción mediada -el deporte colectivo- de una población intermediaria -el equipo- que manipula un medio -el balón- ante un mediador -el árbitro- en un espacio contiguo -el terreno de juego- en plena tarde. La teología llama con razón purgatorio o lugar de purga al volumen entre el infierno y el cielo. El lugar de la participación es *entre*. La preposición *entre* marca la población de emisarios.

¿De quién soy emisario o sustituto? ¿Mi vida y mis pensamientos se encuentran *en algún punto intermedio*? Con los pies en la tierra y la cabeza en las nubes, entre el cielo y el infierno, el uno y el cero, la razón y la irracionalidad, la falsedad y la verdad, el bien y el mal, el error y la verdad, lo puro y lo impuro, entre el sufrimiento y la liberación... Respiro y trabajo, duermo, sufro, amo, conozco, pienso... en la corona borrosa de las mezclas, en medio de cuasi-objetos, poblando el purgatorio de la interferencia. ¿Cuántas veces juzgamos, debatimos y decidimos con claridad, como en un tribunal?

Al menos los domingos, en el estadio, sin lenguaje, todo se vuelve sencillo y claro. Conmovidos y gritando, contemplamos nuestros orígenes colectivos.

Duro, blando: el pivote bidireccional y el árbitro

Permítanme retomar la cuestión. Cuando la película se mueve en una dirección, vemos la propagación de la violencia, mientras que en la otra muestra la delegación, la formación de emisarios, el nacimiento del espectáculo o de la tragedia, la invención jurídica del conflicto, el descubrimiento de las reglas.

En todos los casos, ya sea guerra, espectáculo o juego, vemos múltiples emisarios: pueblo, ejército, campeones; rugby quince, scrum ocho, baloncesto cinco, boxeo uno contra uno... Argumentando, en un famoso libro, que sólo hay un Horacio, Georges Dumézil tuvo la intuición de reducir estos múltiples emisarios a uno solo. Tres contra tres, tres contra uno, uno contra uno: al final, uno. Mata, va a juicio. Corneille vio y describió perfectamente el problema. Pero sobre todo vio perfectamente el paso de lo duro a lo blando, de la violencia armada a la sala del tribunal, de la espada a los alegatos.

Emergencia jurídica del arbitraje.

La droga de la pregunta: ¿quién ganará?

Los dioses o el árbitro han decidido. Roma gana y Alba pierde. Victoria. Repican las campanas, truenan los cañones, el pueblo jubiloso canta y baila en las plazas. Al otro lado de la frontera, la humillación rumia su oscura venganza. Pero el número de muertos fue el mismo en ambos bandos.

¿Quién ganará? Mientras que Pietro Aretino, l'Arétin, en su obra paralela *L'Orazia*, descuida la batalla de los tres y se limita al asesinato de la hermana y al juicio subsiguiente, decisión que se suma a mi tesis, Corneille no escatima esfuerzos para crear suspense, con el mensajero que anuncia, en medio de la batalla, el éxito de los Curiaces de Alba, antes de que nos enteremos, a la inversa, del triunfo de Roma y Horacio. ¿Quién vencerá?

¿Quién ganará? Los griegos de Agamenón o los troyanos de Héctor, canten la *Ilíada*... Roldán o los sarracenos, entonen la *Canción del* Primero, Napoleón o Wellington, reciten a Víctor Hugo... Rojos, blancos o verdes, de izquierdas o de derechas, lean el periódico... París o Marsella, Manchester United o Juventus... permanezcan pegados al

televisor. Jadeantes, pendientes de la decisión. ¿Quién ganará?
Parece que no hay mejor manera de crear suspense y despertar el interés que con esta pregunta. Los deportes de equipo están sustituyendo al teatro, sin texto, al construir un acontecimiento en el que la pasión se centra únicamente en esta pregunta. Sin texto: esto me hace dudar incluso del valor de las famosas historias que acabo de citar, abrasadas por la *libido* de la pertenencia.
Sólo así nuestra sociedad del espectáculo nos mantiene en vilo, avivando constantemente el fuego del enfrentamiento cara a cara, la guerra, la bolsa, los debates, los concursos, los exámenes, las elecciones, las eliminaciones, el sube y baja de las encuestas... ¿Quién va a ganar? Gastamos más tiempo y dinero en las justas por los cargos que en los años de gobierno: el teatro, el partido, la trifulca... priman sobre la realidad. Entonces, ¿quién va a ganar?
Este es uno de nuestros principales narcóticos. Nos da igual que se trate de un conflicto, de política, de competición o de fútbol, lo principal es saber deprisa, deprisa, quién va a ganar ahora, mañana, el mes que viene, en tal o cual actuación o juego olímpico... aunque normalmente conocemos el resultado de antemano: el más rico. Dormimos en una preocupación que se reaviva cada día. ¿Quién nos despertará de este letargo ácido? Desde luego, no el que se aprovecha de repetirlo por todas partes, alto y claro, reavivando activamente esta pregunta. Sus intereses financieros no cesan de poner en nuestra mente esta victoria, esta medalla... que la Historia, que la cultura, que los medios de comunicación... no cesan de devaluar: midan la caída de la calidad, de la *Ilíada* a la pantalla de televisión.
A partir de ahora, el hombre libre, el que piensa, decide, inventa y vive por sí mismo, queda liberado de este suspense. Sabe que no hay más ganador que la caja de cartón. Practica y recomienda la ascesis de la victoria.

¿Qué ocurre en *Horacio*?

Retomaré la pregunta. ¿Quién tiene el poder de orientar la película en una dirección distinta de aquella en la que la violencia se extiende por

el espacio, el tiempo y las multitudes como una epidemia, quién tiene el poder de regularla? Primera respuesta, arriba: lo sagrado, el ritual, el sacrificio a los dioses...

El rey escapa al linchamiento, del que podría haber sido víctima, desplazando la violencia abierta a la muerte de otros seres vivos, ya sea por él mismo o por otros sacrificados. Al interpretar la voluntad de los inmortales, se apodera del sacerdocio. Los orígenes de la realeza se encuentran en esta doble función: víctima, vicario, sacerdote. El Capitolio, donde reinan los reyes, no está lejos de la Roca Tarpeya, desde la que se arroja a los condenados .

Esta función de víctima original impregna toda la tragedia: Sabine ofrece su vida; los Curiatii y Horatii dan la suya; Camille, gritando a su hermano, corre hacia la muerte; todos aspiran al sacrificio supremo. Todos se convierten en posibles chivos expiatorios, víctimas de la violencia, venga de donde venga; todos posibles sacerdotes o reyes; todos padres o reyes en su infancia, todos Tulios. Excepto el viejo Horacio, que deseó sublimemente que su último hijo hubiera muerto; pronto te diré por qué. Todo es *tragedia*: en primer lugar, la víctima, el héroe, bien llamado, sigue siendo un semidiós.

¿Qué ocurre en *Horacio*? Mejor aún, ¿qué sombra se proyecta sobre los personajes de *Horacio*? La oscura presencia, la proximidad de la Muerte.

Autobiografía, 2: El antiguo reino de la muerte

Hay culturas en el mundo, y hemos conocido momentos en nuestra historia, en los que cada persona, mujer, niño, hombre, anciano, sentía, y tal vez aún siente, a la espalda o pesando sobre el hombro, la presencia permanente de la Muerte.

La guerra, por supuesto, el hambre, la enfermedad, las epidemias, la corta esperanza de vida, el esfuerzo cotidiano de un cuerpo frágil ante el trabajo y las condiciones duras, la política infame y, finalmente, tal o cual aventura, la desgracia, la desesperación del amor sin esperanza de retorno, el suicidio o el sacrificio... alimentaron, con sus aguaceros circunstanciales, una conciencia homínida nacida ya de este

predominio de la Muerte.

Presiona, presiona, impone, reina. Establece preceptos religiosos, directrices morales, normas jurídicas y una medicina ineficaz y presa del pánico. Domina a los reyes, pasa por encima de los sacerdotes, se sienta por encima de los jueces, pesa en las relaciones. Nada ni nadie tiene prioridad sobre ella. Casi iba a decir el motor principal.

El hombre trágico la lleva en una mochila que no puede arrancarse de la piel. Este fetiche clásico con dos cuerpos, el humano y el de la Muerte, transformó a nuestros antepasados y a quienes vivieron este horrible collage en seres cercanos a lo divino. La Antigüedad los llamó mortales, un título que no significaba que fueran a morir, como todos, sino que sus cuerpos dobles, duales, cortados y pegados apestaban a Muerte, aunque los dioses hubieran tenido un día la oportunidad de dejarles caer el saco encima; se rieron de ello en el banquete de su Olimpo. Los mortales nunca dejamos de llorar. Yo nunca he podido dejar de llorar. Pero una escalera continua enlazaba la risa insaciable de estos inmortales con nuestros sollozos y súplicas, de modo que este ruido de fondo llenaba el espacio del Mundo con un lamento a dúo, una letanía contrapuntística, un motete a dos voces. La divinidad arcaica celebraba la Muerte en dos versiones de la misma religión.

Este murmullo inquietante, lamento, oración piadosa y duró desde la fundación del mundo hasta mi adolescencia, cuando dejamos atrás esta bolsa. Los tormentos de la guerra y el hambre agarrotaron mis músculos y articulaciones, me inclinaron hacia la tierra y llenaron mi pecho de un lago de lágrimas. Pertenezco a la raza caída de los antiguos divinos. Por eso he habitado la Tierra y el Cielo, el tramo de la escala. Me cuesta erguirme, ablandarme, construir mi hogar aquí y ahora.

¿Qué fue lo que de repente aligeró, tal vez anuló, semejante peso? Durante tres generaciones de abundancia, higiene y paz, liberado incluso de la sombra de esta soberana patrona, Occidente ha ido cortando el fetiche en dos jirones. No es que hayamos abandonado la Muerte como hecho -seguimos muriendo-, pero hemos perdido su vecindad y su motilidad. Joven, ligera, danzante, la parte libre olvida a los viejos seres-Muerte, ya no los comprende, los rechaza, incluso los

desprecia.

Así como habíamos creído que la conciencia aguda de esta presencia negra definía al ser humano, este cambio toca nuestra esencia misma. Así que ha habido hombres pisándole los talones a la Muerte; ahora se alzan otros, libres de ella, distanciados de ella, como más independientes. ¿Qué decir, pues, de estos recién nacidos? ¿De su conciencia sin conciencia permanente, vicaria, como alucinada por la Muerte? ¿De su vida, privada del alimento profuso y voluble de guerras, hambrunas, epidemias, enfermedades, riesgos... cuya lluvia alimentaba constantemente nuestras viejas conciencias? Esta catástrofe divide dos especies, separadas por una mutación. ¿Habré conocido dos especies humanas, la trágica y la nueva?

Después de haber vivido esta muda, esta retirada de la camarilla, pensé que había subido la escalera y que los inmortales iban a invitarme a reír y a comer. No era así: los dioses y la escalada vertical que nos separaba de ellos pero nos unía habían desaparecido. En todas partes se dice que es difícil acostumbrarse al fracaso. ¿Quién puede describir lo difícil que es asimilar una victoria así? En los triunfos romanos, un esclavo se pegaba al cuerpo del general victorioso y le susurraba al oído: ¡no olvides que eres mortal! Incluso los emperadores en aquellos días seguían siendo pequeños fetiches. Esclavo, emperador... todos vivíamos como uno de los mortales o de los dioses. La antigüedad aún no había agotado sus estragos.

Acaba de parar. Lágrimas de alegría. El hombre nuevo ya no comprende al hombre trágico, ni lleva dentro este lago de lágrimas. Aquí proclamo el *Horacio* de una infancia borrada. Describo tragedias que se han vuelto ilegibles. Grito a la Muerte, no ida sino lejana. Hablo de la guerra, acabada. Fetiche desgarrado, ¿alguna vez me acostumbraré a no llorar?

Alegría. Ya no somos mortales, al menos en este sentido vicario y trágico. Pero, ¿qué vamos a hacer, pensar, decir, vivir... sin la vecindad cotidiana, la presencia ineludible de la Muerte? Presente, ciertamente, pero a distancia. Sin la precipitada ansiedad de un plazo cercano, ¿cómo podremos amar? ¿Quién dirá, qué dirá, qué hará el hombre nuevo, libre de este gemelo, de este viejo collage? ¿Quién ha

cumplido para nosotros la promesa, hecha al principio de nuestra era, de que resucitaríamos de algún modo? ¿Acaba de irrumpir la Pascua en la historia?

¿Hemos tardado dos milenios en dejar atrás esta cola de la antigüedad? ¿Hace menos de cinco décadas que esta liberación marcó el comienzo de la era moderna?

Lo sublime conduce al crimen

Para probar mi punto de vista y definir la guerra de una manera diferente, vuelvo a *Horacio* y a uno de sus principales dichos. No puedo escuchar el grito del viejo Horacio "Dejadle morir" como el colmo de lo sublime, a menos que piense que estaba expresando lo contrario de lo que nos enseñó el Dr. Freud. ¿Cuán sordo hay que estar para no oír el asesinato del hijo? Del cuerpo y de la boca del hombre de media edad sale la verdad pura, cruda, desnuda. La verdad sobre todas las guerras que componen el sangriento horror que llamamos Historia. Qué es la guerra, una vez más, sino una autorización que un viejo innoble pide a otro viejo, a su gemelo, al jefe del pueblo, de la nación, del equipo contrario: "¿Matarás a mis propios hijos? Por otra parte, ¿permitirás que mi pueblo masacre a tu pueblo? Cuando se firmó el tratado de paz, los dos cómplices triunfaron maravillosamente: sus hijos yacen en cementerios gigantescos, con tumbas paralelas, interminables. Nada más que hermanos Horatii y Curiatii en el horizonte. La nación esculpirá estatuas de bronce de estos padres despreciables y convencerá a los jóvenes supervivientes de que pretenden matar a sus padres. Así se enseñó el dogma del asesinato del padre a miles de estudiantes en aulas y hospitales, mientras decenas de millones de hijos caían en lo que estos viejos se atrevían a llamar el campo del honor. Una mentira abominable.

"¡Que se muera! No puedo oír este grito sin que un asco inexpresable se apodere de mi garganta, un asco que se parece, cuando pienso en ello, al estrangulamiento que en otro tiempo me causaba lo que mis antepasados, de Longin a Kant, llamaban lo sublime: el horror

absoluto, la confesión de un viejo, entre los miserables que declaran la guerra y disfrutan haciendo que sus hijos la hagan, para que se maten entre ellos y no ocupen su lugar de poder y gloria, cuando se quedan sin poder y pretenden, matamores, desenvainar la espada: "¡Oh vieja enemiga! "grita el otro, mientras el enemigo se levanta ante el hijo. Que muera él", responde el otro, "¡y no yo! Dos yacen ya en el suelo; ¡que se les una el tercero!

Corneille descubre y anuncia el verdadero complejo de Horacio. El viejo e innoble bastardo, a quien tantas generaciones admiraron, quiere matar a todos los jóvenes de Roma; tan bastardo como él, su gemelo de Alba, igual de viejo, quiere matar a los jóvenes de Alba; lo mismo hacen, hacen, hacen los jefes de Estado, generales o estrategas, los llamados decisores... Aquiles, Agamenón, Bruto, Napoleón... Foch, Hitler, Stalin... ¿Tienen que estar impregnados por la Muerte para gritar tales deseos; tenemos que estar impregnados por la Muerte para gritar nuestro placer ante cosas tan sublimes? Que un pueblo se vuelva por fin pacífico y derribe sus estatuas.

El parloteo del viejo Horacio, "¡Que muera!", me permite por fin definir una vez más, con precisión y acierto, la guerra como el asesinato de los hijos. ¿De dónde tomó el poder de los viejos este derecho de la Muerte? Ciertamente, y una vez más, se trata de una sustracción vital para la supervivencia del grupo. Pero, ¿quién puede dejar de ver la despreciable cobardía de quienes se benefician de ella? Mejor aún, si paso de la ética a la antropología: ¿en qué inconsciente, personal o colectivo, se encuentra la fuente de semejante grito?

Origen y fundamento

Entonces, ¿qué ocurre en *Horacio*? Permítanme resumirlo: el acontecimiento primario, primitivo, necesariamente el primero de la historia, la formación o fundación de un grupo, en las proximidades de la Muerte. El origen comienza y sólo puede comenzar cuando se produce la primera refriega; tomamos nuestro crecimiento de la violencia al revés, hacia atrás, en su reflujo... Entonces y sólo entonces se hace posible la Vida, y una continuación del tiempo, eso que

ignorantemente llamamos Historia. De lo contrario, el diluvio homicida produciría el Diluvio, es decir, en los límites de la matanza, la erradicación completa del grupo y, tal vez, de la especie humana. De la muerte vicinal a la muerte global.

Al relatar el primer episodio de los Horacios, Tito Livio, al principio de su *Historia de Roma*, y Corneille después, cuentan la duración al revés, igual que los bueyes de Caco marchaban hacia atrás. La representación de los campeones e, incluso antes que ellos, de los ejércitos, reduce el estallido de la violencia. Para empezar a contar la historia, hay que empezar por contarla al revés.

Invertida de este modo, la historia de Horacio hace posible la historia de Roma. Inventa la ley y la guerra ordenada, para que Roma pueda fundarse, para que su historia pueda comenzar, y luego continuar. De lo contrario, nada. De lo contrario, el torrente de violencia borra todas las huellas.

Horacio o el héroe original antisimétrico; *Horacio* o el fundamento invertido de lo social.

Catarsis

En el transcurso de esta tragedia original, y a diferencia del historiador, Corneille, repito, relata dos circunstancias en las que la violencia se reinicia, reaparece en el lugar justo, en la dirección directa del crecimiento. Vimos estallar el motín contra los dos reyes, peligroso, en el acto III; ahora, las imprecaciones de Camille describen, en torno a Roma, la víctima, y con una aritmética precisa, la conspiración de sus localidades vecinas, luego la de toda Italia, después una alianza global de Oriente con Occidente, finalmente la enumeración de un centenar de pueblos del universo de las montañas y los mares... Así pues, el diluvio vuelve dos veces, perfectamente contado, exactamente cronometrado, exactamente medido, de lo local a lo global, hasta el diluvio final, en las imprecaciones mencionadas.

Recuerdo las crecidas del Garona; a las suyas propias se sumaban las aguas arriba del Tarn y del Aveyron, las del Gers y del Ariège, las aguas abajo del Lot... Medíamos estas crecidas en una escala, colocada

verticalmente en la orilla, comparable a la escala numérica cantada por Camille. Las imprecaciones tienen una escala. En primer lugar, el sacrificio en el caso de los reyes y el asesinato de Camille en el linchamiento global y diluviano de la Ciudad.

Estas dos circunstancias, sobre todo la última, con su escalada más clara, muestran hasta qué punto el tragediógrafo era consciente de estos dos movimientos recíprocos y cómo la historia de Horacio, invertida, purgaba el peligro del crecimiento, siempre en riesgo de volver, aquí y allá, en circunstancias imprevistas, la ira del pueblo, la cólera de Camila. En el sentido del diluvio, la enfermedad, el riesgo de Muerte; en el otro, el remedio o la medicación, que los filósofos llaman catarsis.

De la anarquía a la ley: Robin Hood

La dinámica del doble origen, lo "malo", al derecho, volviendo dos veces, discontinuamente, en lo "bueno", al revés, no basta para comprender realmente cómo controlar la violencia. Lejos de cortarse así, *Horacio* relata una evolución única y continua. Y aquí está.

Asumida por Tulio y, en parte, por el viejo Horacio, la función, religiosa y sagrada, real o paternal, deriva luego rápidamente hacia la de árbitro; víctima virtual de un posible linchamiento, el rey ordena primero la liturgia del sacrificio y, más tarde, en el quinto acto, juzga y gobierna en la corte. Reina, por supuesto, y oficia en medio de los rituales, pero también dicta leyes.

Este es sin duda el ritmo del retroceso, el sentido del proceso iniciado en *Horacio* y, tal vez, en toda tragedia: todo se mueve hacia las reglas y la ley. Como en el rugby, todo vuelve hacia el arbitraje. Porque sin ley, no habría Historia. Sin lo que los filósofos llamarían el contrato, no se formaría el grupo. Es cierto que todo empieza en el salvajismo, entre los lobos y las lobas del bosque, pero nada empezaría si cada uno devorara al otro, si la ley no interviniera para reducir la violencia. Pero, ¿cómo empieza la ley? Esa es, de nuevo, la cuestión.

En otro lugar, y a mi manera, he contado la historia de los bosques que rodean Sherwood, lugar por excelencia de la anarquía, como el

bosque de los lobos prerromanos y de Rea Silvia, espacios malditos donde se refugian toda clase de gentes de saco y cuerda. ¿Se matan allí unos a otros? Un día, viajeros lo bastante valientes como para aventurarse en un lugar tan peligroso divisaron grupos vestidos de verde, como si llevaran uniforme, dirigidos por un líder que, según se rumoreaba, era Robin Hood. ¡Un oxímoron con sentido! Como acabo de decir, Bois se refiere a un lugar sin ley; en cuanto a Robin, el nombre describe la toga que lleva el magistrado en la sala del tribunal... Robin Hood se refiere literalmente al hombre que inventa, dicta y hace cumplir la ley en un lugar sin ley. Es el juez, es decir, el árbitro, es decir, la ley.

La ley nace de la anarquía.

Poder temporal, poder espiritual

Nace, en primer lugar, del sacrificio, como hemos visto. Examinemos de paso esta sacralidad.

Cuando Spinoza opone el Profeta al Rey, cuando el Evangelio distingue a Dios del César, cuando nuestra historia presenta al Papa y al Emperador, al Papa y al Zar, a Luis XIV y a Bossuet, a Luis XV y a los filósofos de la Ilustración... En resumen, los titulares respectivos de dos poderes, uno duro, la policía y el ejército, el otro blando, el ritual y la palabra, más o menos separados, pero inseparables - admirémonos, por ejemplo, de cómo, hoy, los políticos no pueden prescindir de los medios de comunicación que, recíprocamente, no pueden prescindir de los políticos, en un círculo rápido cuyo espectáculo fascina - olvidamos la dinámica cuyo movimiento produce, con el tiempo, el uno a través del otro y el otro a través del uno.

Júpiter reina en dos personas. La función real y jovial se desdobla en dos. Como hemos visto, Tullus Hostilius, rey y jefe de guerra, decide un sacrificio; tiene un papel sagrado: víctima primero, vicario si se sale con la suya; después ordena las leyes y toma decisiones según las normas. Hoy diríamos que combina poderes espirituales y temporales.

La violencia dura conduce a lo sagrado, que acaba ordenando normas

blandas que proporcionan un marco blando recíproco a la violencia dura. ¿Qué institución humana podría prescindir de este dualismo duro-blando, el cuerpo y el alma de los pueblos, cada uno de cuyos polos refuerza o atempera al otro y a veces se opone a él, y que, tal vez, también creamos que concierne a nuestro propio cuerpo y alma?
Todo sucede como si uno fuera el origen del otro y viceversa, como en un círculo que se autoperpetúa. A medida que la violencia crece, requiere un marco que puede construirse mediante rituales y leyes, ambos destinados a disminuir. Los justos y los poderosos se mezclan, menos en oposición que en un ciclo que sostienen juntos.

Volver a lo sagrado

Empezaré de nuevo para entenderlo mejor. Para poner fin al motín, Tulio ordena sacrificios: la muerte de las víctimas sustituye a la suya propia bajo la ira del pueblo. Ahora bien, cuando Horacio mata a su hermana justo después de la batalla, todo el mundo se da cuenta de que se trata de un crimen y de que el asesino debe ser llevado ante la corte real. Pero eso presupone que la ley ya está funcionando. Ahora, en estos tiempos originales, dudo de su existencia y, por tanto, de su eficacia.
Veo que sigue siendo un sacrificio, y además humano. Horacio llama impía a Camila después de inmolarla: sus imprecaciones son vistas como blasfemas. Mejor aún, la propia batalla entre los dos veces tres hermanos, en medio de los dos ejércitos, decidida dos veces entre los reyes, sigo viendo en ella un sacrificio humano. La prueba está en el discurso pronunciado por el vencedor cuando llegó el momento de acabar con el tercer Curiace:

"Acabo de sacrificar a dos de ellos a los espíritus de mis hermanos;
Roma tendrá el último de mis tres oponentes,
Voy a sacrificarlo por sus intereses",
[...]
El maltrecho albanés apenas se arrastraba
Y como una víctima en los escalones del altar,
Parecía estar presentando su garganta al golpe fatal.

La tragedia evoca tiempos arcaicos, la era original -para nosotros prebrahámica-, cuando aún se perpetraban sacrificios humanos. Cuando se mataba a hijos, esposas e hijos... La cultura, la humanidad misma, surgió de esa época ancestral, la época de los dioses sangrientos, la época que he mencionado antes, que duró hasta mi adolescencia. Todavía la recuerdo, a menudo volvemos a caer en ella. Nos estremecemos ante la tragedia por este recuerdo, esta tentación constante de volver a ser ratas, practicando el asesinato intraespecífico, a los gritos del viejo Horacio. ¿Cómo alejarnos de esta abominación, tantas veces repetida en la televisión o en los juegos electrónicos, por nuestra sociedad del entretenimiento que revive las religiones del sacrificio humano?

Así que realmente estamos entrando en el secreto de la película a la inversa. El sacrificio detiene la creciente propagación de la violencia. La tragedia, como su nombre indica, trata siempre del chivo expiatorio, del *trago* humano. En *Horacio*, todo el mundo se ofrece a la Muerte, hombres y mujeres se ofrecen para ser inmolados. Y el sacrificio tiene lugar e incluso se extiende, como olvidé mencionar antes: cuando, en el momento de la revuelta popular, Tulio ordena un sacrificio, no especifica ni el nombre ni la naturaleza de la víctima; y, casi inmediatamente, volvemos al duelo fratricida; todo sucede como si el propio combate ocupara el lugar de un sacrificio. Diré más sobre esto más adelante, cuando hable del juicio por ordalía.

Continuemos. Horacio mata a Curiace, como un héroe; mata a su hermana, como un asesino. Mata con el mismo gesto, el mismo día, a la misma hora, al borde del mismo *furor*. Sí, mata, mata; sí, el sacrificio humano se extiende... pero nosotros, los espectadores, vemos en sus acciones, idénticas y sucesivas, primero un acto heroico, por el que toda Roma le felicita y que le lleva al pináculo de los honores, pero después un error asesino, que le lleva ante un jurado. Y aquí estamos.

Así que el tribunal sucede al sacrificio. La ley toma el relevo de la religión. El Acto V de Corneille demuestra que el dramaturgo comprendió lo que sus críticos nunca comprendieron: que toda la

fuerza de la tragedia, de origen religioso, se dirige hacia las reglas jurídicas, destinadas a contener y enmarcar la violencia, o al menos a suavizarla, ya que los argumentos y las súplicas contradictorias sustituyen al entrechocar de escudos y espadas.
La tragedia funciona como una máquina de transformar lo duro en blando: el campo en tribunal, la espada en alegato, la violencia en ley, lo temporal en espiritual.

Del sacrificio religioso al juicio: el juicio por ordalía

Interludio. La palabra alemana para juicio, *Urteil*, veredicto, sentencia, fallo... procede del término medieval *ordalia* o juicio de Dios, juicio por agua o fuego. ¿Quién podía creer que meter la mano en un infierno o sumergir al acusado aportaría o no alguna prueba de su culpabilidad o inocencia? Su destino dependía de costumbres tan bárbaras que la Iglesia y San Luis, rey de Francia, prohibieron su uso.
Una de ellas era el duelo judicial, como el que dio lugar al famoso golpe de Jarnac. A menudo se dice que el derecho germánico introdujo esta práctica en los países latinos, pero no veo en qué se distingue este enfrentamiento del de Horacios contra Curiaces o incluso del de David y Goliat. Conservadas por las clases altas, primero la nobleza y luego la burguesía, en forma de duelo social, cuyo recuerdo se conserva en diez novelas, estas costumbres se transformaron en formas populares y deportivas, como la lucha libre o el boxeo. El hecho es que el juicio por ordalía y el duelo judicial conservan, en el seno de la justicia en evolución, la huella del sacrificio ritual: una etapa de transición, no inesperada, entre el rito sacrificial y la ley. Horacio, y quizá toda la tragedia, relata exactamente este cambio de fase. Las luchas entre los tres hermanos están ordenadas; el asesinato de la hermana está ordenado; todas las ordenaciones se dirigen hacia el *Urteil* del acto final, el juicio de la ley.
Asistimos a los partidos de deportes de equipo como si fueran espectáculos. Pero creo, como René Girard, que el espectáculo trágico comienza con el linchamiento en el que todo un grupo participa en el

asesinato y sacrificio de una víctima, presuntamente culpable, llamada chivo expiatorio o, en griego, *tragos*. Si se concede al chivo expiatorio el derecho a defenderse contra un representante de los acusadores, el propio grupo da un paso atrás y constituye el primer público de este nuevo espectáculo: es el duelo judicial, el combate de lucha libre o de boxeo, uno contra uno, David contra Goliat, o, si se trata de un equipo contra otro, Curiaces contra Horaces; es el primer combate deportivo por equipos. Cuando los alegatos sustituyen a los horiones, la evolución es completa. He aquí, pues, el paso del sacrificio religioso al derecho, del ritual al juicio, donde el fallo, el dictamen, la sentencia... deciden, deciden o, como se dice, deciden. De este modo, la ordalidad se convierte en *Urteil*.

Todo se invierte: la ley frenará, enmarcará, encubrirá... la violencia de las batallas.

Continuación del interludio: el árbitro

Sin reglas, no puede haber guerra ni deporte. La ley, y sólo la ley, hace el juego. No es que el encuentro necesite un árbitro; al contrario, el árbitro crea el encuentro a partir de cero. Esta inversión se aplica a todos los encuentros, ya sean individuales o colectivos, especialmente a aquellos en los que el compromiso físico roza la violencia máxima. Se aplica a la tragedia *Horacio*, que, como he dicho varias veces, se desarrolla a la inversa, y donde el último acto debe entenderse como el primero, como la condición misma de toda su narrativa.

Por el contrario, en la calle, por la noche, delante de los locales nocturnos... cualquiera puede asestar un feo golpe por la espalda y matar; o recibirlo y, por muy fuerte y flexible que pretenda ser, morir a consecuencia de ello. Parece terrorismo, un acto de anarquía; o la vieja guerra de todos contra todos, un concepto de filosofía abstracta.

Una vez más, las tornas han cambiado: podemos enfrentarnos sin miedo en el boxeo o en un maul, porque el árbitro vela por las reglas y, por tanto, por nuestras vidas. Un golpe bajo, un tiro libre; una entrada en la garganta, una tarjeta roja, una expulsión, una suspensión temporal o definitiva. El deporte rige la violencia, que es constante,

peligrosa e incluso mortal cuando se desata sin ley. Mejor aún, educa a los jóvenes para dominar y frenar sus propias inclinaciones bárbaras. Sin árbitros, no hay ley, y por tanto no hay deporte; no hay ley, y por tanto no hay guerra.

Por lo tanto, un gol o un ensayo se definen como actos jurídicos: no de facto, sino de iure. Lejos de ser marcados por un tres cuartos o un delantero en particular, son creados por el árbitro. Por lo tanto, es mejor no decir: el gol o el ensayo "estaban ahí", pero el árbitro los rechazó, porque eso no tiene sentido; este punto existe debido a la decisión del árbitro y sólo existe debido a ella. Incluso calificaría la primera frase de incivilidad, ignorancia o desprecio de la ley civil, o peor aún, de grave violación del respeto que debemos a las generaciones futuras al cargarles con una enseñanza perversa. Sólo el árbitro es el objetivo. ¿Por qué si no diríamos que se "marca"? Nadie ha marcado nunca un gol en ninguna otra parte.

La soberanía del árbitro queda demostrada por el hecho de que nunca se retracta de su decisión. No puede hacerlo. La razón es la siguiente: en un tribunal civil o penal, cualquier decisión de un juez puede dar al demandante la oportunidad de recurrir a otro tribunal, hasta llegar al Tribunal de Casación. ¿Por qué debería ocurrir esto? Porque estas acciones llevan mucho tiempo, y lo llevan para garantizar la propia justicia; una justicia expeditiva casi significa, en efecto, una injusticia. Por el contrario, en el terreno de juego, el árbitro no tiene tiempo, porque la regla expresa del rugby limita el partido a ochenta minutos; noventa para el fútbol. Para presentar un recurso y, por tanto, decidir repetir el mismo partido, se requerirían circunstancias jurídicas excepcionales o ajenas al desarrollo directo del juego. Ésta es, por cierto, una de las reglas de las tres unidades: la del tiempo; la del lugar designa el cuadrilátero del terreno de juego; y la de la acción decide si se juega un deporte determinado.

Esto no quiere decir que crea que el árbitro es infalible. Al contrario, goza de este poder jurídico debido a su debilidad humana y a la posibilidad de caer en el error. Como cualquiera puede equivocarse, en algún momento hay que decidir quién decidirá: alguien, ¡él! El inglés lo llama a veces *umpire*, donde todo el mundo puede leer u oír

algún que otro francés, mujer u hombre que, sin pertenecer a ninguno de los dos equipos, puede juzgarlos.
Tullus Hostilius, juez de la guerra por su nombre, es el *hombre impar* frente a los dos veces tres héroes. Él arbitra el juicio final.

Volver a la tragedia

La tragedia no conoce la guerra; la filosofía se equivoca al llamar guerra a la que enfrenta a todos contra todos; ambas manipulan la singular violencia de cada uno contra cada uno, el viejo y maldito terror erradicador. ¿Por qué los reyes detienen aquí a los ejércitos? Porque aún no hay ejército, porque aún no hay guerra. ¿Por qué no hay guerra todavía? Porque aún no hay ley.
La guerra sólo es legal. ¿Qué es la guerra? Una institución de derecho. Sin ley, no hay guerra. Si la ley desaparece, la guerra termina. Esto nos está ocurriendo hoy.
El juicio del último acto pone fin a la tragedia de *Horacio*. Como todo su movimiento tiene lugar a la inversa, se trata en efecto del primer acto. Por fin hemos llegado al origen hacia el que nos hemos estado moviendo, lentamente, hacia atrás.
Roma no puede fundarse sin ley. En la medida en que impide el crecimiento de la violencia, el derecho condiciona toda sociedad. Es el origen de todas las agrupaciones humanas. Diez filósofos lo han dicho antes que yo: todo comienza con un contrato. Por supuesto, pero había que encontrar la manera de llegar.
Sólo se llega allí a la inversa.

Rituales y liturgias

El resto sólo revela pequeños detalles. Nada, por ejemplo, es más sofisticado, más meticuloso, más preciso, más riguroso... que el corpus de ciertos preceptos religiosos : vestimenta, posturas y gestos del cuerpo, brazos y manos, ayunos y dietas, organización de las horas, sueño y noche, ritos de nacimiento y muerte, adolescencia y matrimonio, ocasiones y fiestas... Miren el Levítico, las antífonas judías y otras o los breviarios católicos; la regularidad del horario

divino que siguen monjas y monjes los lanza a un cilindro, por encima de la clausura, que los eleva de la Tierra al Cielo.
Frente al misticismo o la doctrina teológica proliferan cánones y liturgias que esculpen y ocupan el detalle del espacio y el tiempo. Casi todas las religiones, al menos que yo sepa, tienen estas dos caras, una abstracta, unitiva y contemplativa, y otra saturada de singularidades. Como he dicho en otro lugar, sigo creyendo que la ganadería y la agricultura comenzaron como las diversas liturgias de las religiones animistas.
La atención se polariza hacia este desvío de atención locamente frondoso. Organizadas hasta los más pequeños accesorios, mil circunstancias borran de la sustancia la angustia y la pasión. Si alguna vez has pasado miedo, si has sido tan desgraciado como para perder la razón, si algún demonio te ha devorado durante mucho tiempo... has aprendido que una salvaguardia bastante segura contra la obsesión siempre presente de estos dolores, cuyo efecto avasallador te habría arrastrado a la muerte, reside en una atención centrada en tiempo real en detalles microscópicos, repetidos sin cesar. La liturgia, el rosario, las letanías y la salmodia borran la angustia; el ritual mata el miedo; las reglas disuelven la violencia. Así que éstas requieren éstas.
Del mismo modo que la realeza tiene su origen en lo sagrado -el rey sacrificial-, las reglas, con la misma etimología, el mismo origen lingüístico... tienen su origen en la liturgia.

Normas en general

El derecho organiza la violencia y la reduce revistiéndola de formas y reglas. Entre ellas, las reglas de la guerra. Así pues, la guerra no es el desencadenamiento puro y simple de la violencia, sino la detención de su crecimiento mediante esta desviación. La propia complejidad de las rúbricas jurídicas me parece un reflejo de esta liturgia.
Fíjate en la tragedia misma. Hay reglas, como las tres unidades. De acción: los Curiatii solos contra los Horatii solos; de lugar: bajo las murallas, entre los dos ejércitos; de tiempo: hasta la muerte...
Acción: esa batalla, Antonio contra Octavio, Napoleón contra Blücher;

lugar: aquí, en las Termópilas, en Farsalia, en Austerlitz, en Verdún...; tiempo: en un día, decidirá, esa tarde, por el número de cadáveres, el vencedor de Wagram o el vencido de Waterloo... ¿Hablo de esta tragedia o del teatro en general, de los conflictos, de las crisis, de la Historia...?

De acción: se juega al rugby, se celebran elecciones, se dicta sentencia...; de lugar: en un campo cuadrangular, en las urnas, en un tribunal cerrado...; de tiempo: ochenta minutos, un día, tres meses...

Si, en general, eliminamos la unidad de lugar, la violencia amenaza con extenderse por todas partes; si dejamos la unidad de tiempo, puede que nunca se detenga; si la acción se generaliza, todos lucharán...

Una norma contiene, limita, pone una barrera. Actúa como barrera. La ley entra entonces en disputas de todo tipo, quizá incluso en la totalidad de nuestras instituciones culturales. Quizá lo único que hacemos es negociar el significado de la más peligrosa de las propagaciones.

Corneille y Tito Livio explican los orígenes de la guerra y, al mismo tiempo, la definen como institución jurídica.

¿Por qué tanta gente cree que la guerra es inevitable? Es cierto que la guerra sigue y sigue; pero esta misma repetición señala el origen de nuestros grupos, como la reducción de la violencia mediante el derecho. Lejos de preceder al contrato, lo cumple. Mejor aún, lo es.

De la guerra al terrorismo

Legal y justo

Cuando defino la guerra como una institución regida por el Estado de Derecho, y cuando defino el terrorismo como un conjunto de acciones regidas por el Estado de Derecho, no estoy confundiendo el Derecho con la justicia. Todas las lenguas que conozco distinguen, en este delicado punto, entre dos palabras y nuestra conducta tiene dos significados: legal y equitativo. La legalidad puede no establecer un orden justo; a la inversa, la justicia no siempre está consagrada por la ley.

Nuestra historia está irritada por mil decretos inicuos, sólo para celebrar a los héroes o santos que apelaron sus sentencias ante otro tribunal, a veces situado fuera del Mundo, tan llena está de abusos legítimamente reclamados, de arbitrariedades legalizadas y de ferocidad. Aunque un código sea performativo, nunca garantiza su moralidad. El espíritu puede apartarse de la letra.

Mejor aún, la historia avanza, por así decirlo, en cuanto una disposición legal, que parece más justa, sustituye y anula a la anterior, repentinamente vista como sobrecargada de iniquidad. Sin este movimiento, nunca habríamos cambiado de gobierno, y ni nuestras instituciones ni nuestra moral evolucionarían. ¿Las leyes van de las injusticias duras a las más blandas, con la justicia como horizonte inalcanzable? No soñemos; porque, como hemos visto a menudo, nuestra historia también está llena de retrocesos; los retrocesos se mezclan con los progresos. Peor aún, no siempre podemos estimar el verdadero significado, positivo o negativo, de estos dos movimientos.

Más que la política, la ley, oral o escrita, organiza a los grupos; ideal, no escrita y a veces tácita, la justicia hace soñar, desear, pensar y decidir a las personas. Las leyes hacen que las personas sean juzgadas; la justicia hace que juzguen las leyes.

¿Sólo guerras?

Definida jurídicamente de este modo, la guerra no se convierte en algo justo. La ley sólo ayuda a enmarcar la violencia explosiva. Incluso sospecho que no hay, no hubo y nunca habrá una guerra justa, el horror de un combate que termina en un montón de cadáveres supera, en su atrocidad, la idea de que podemos entrar a matar para restablecer cierta equidad; menos bárbaro, quizás, que otros, este medio conduce sin embargo a la barbarie, quiero decir al crecimiento de la violencia. Prometo volver sobre este tema.

Por otra parte, cuando el terrorismo está libre de todo derecho, no se convierte en injusto. A la gente que respeto le gusta citar atentados que consideraron liberadores. Me parece justo. Sin embargo, me temo que este método, quizá más bárbaro que otros, conduce por sí mismo a la barbarie, y me refiero al crecimiento de la violencia. Prometo volver sobre este tema.

Así pues, al menos a mis ojos, el ideal o incluso la idea de justicia queda, en ambos casos, fuera del juego. Fuera de la guerra, donde se trata simplemente de reglas, como las que organizan y hacen posible un juego, el rugby, por ejemplo, que he descrito antes. La guerra es ciertamente un juego cruel, abominable y mortífero, pero suavizado de este modo; en este caso de conflicto, los reglamentos o protocolos restringen el despliegue caótico de los asesinatos; en el caso del terrorismo, su ausencia permite la carrera hacia el azar violento. No hay justicia ni aquí ni allá.

La guerra presupone el Contrato Social

Para que exista un derecho de gentes, *jus gentium*; para que se publique una primera declaración de guerra, *urbi et orbi*; para que los beligerantes se pongan de acuerdo para firmar un armisticio y un tratado de paz al final del fuego; para que haya, en tal o cual caso, en tal o cual intervalo de tiempo, una pausa, un silencio de armas; para que la reanudación de las discusiones siga siendo constantemente posible... es necesario que haya habido un acuerdo, por vago que sea, de diplomacia recíproca entre los combatientes. Para hacer la guerra se necesitan Estados, es decir, instituciones ya legales. La expresión

antes citada: el Estado hace la guerra y la guerra hace el Estado, me parece que tiene también este sentido jurídico. Del mismo modo, por muy enérgicamente que estalle la ira entre los individuos, lo cierto es que no pueden pelearse sin un acuerdo tácito sobre el significado de las palabras, incluso insultantes, que intercambian. La guerra es una institución jurídica porque presupone este acuerdo, que es, como mínimo, tácito. La guerra presupone un Contrato Social. Le sigue; no puede precederle; incluso creo que es su contemporánea.

El terrorismo puede ser una condición previa para el contrato, o una condición posterior para romperlo. En este caso, nadie sabe con quién negociar. ¿Existe siquiera un grupo organizado que ordene o patrocine estos atentados imprevisibles? Nadie puede decirlo.

La brecha entre la ley y la ilegalidad

Me he detenido largamente en los orígenes de la guerra y he contado largamente la historia de los Horacios, para esclarecer el estrecho paso de la anarquía a la ley, del terrorismo primitivo a la guerra, porque hoy tenemos la imperiosa necesidad de comprender, a la inversa, el paso de la ley a la anarquía, de la guerra, que se acaba, al terrorismo, que se extiende. Y examinar adónde conduce el camino inverso.

En consecuencia, un Estado no puede declarar la guerra a ningún tipo de terrorismo. ¿A quién le declararía la guerra? Si lo hace, no puede declararla; entonces también está entrando en el reino de la ilegalidad. Y de nuevo, si lo hace, se equivoca. Y se equivoca, por la única y clara razón de que la ley no puede de ninguna manera entrar en la lucha contra los anárquicos. No puede en ningún sentido de la palabra poder: físico, legal, moral, incluso justificable.

En las proximidades *del limes*, hacia el curso del Danubio, donde murió Marco Aurelio, filósofo pacifista bajo las armas, ¿no acabó Roma cayendo en manos de los anárquicos? A menudo triunfante en batallas reguladas, se derrumbó ante lo que llamamos las invasiones bárbaras, cuya siguiente oleada nunca respetó los pactos hechos con la oleada anterior. Ni la fuerza de las legiones ni la ley romana pudieron hacer nada al respecto.

Fiduciario

Este estado de cosas va más allá del problema de la guerra. Ya sea individual o colectiva, cualquier relación, llamémosla normal, presupone, incluso antes de cualquier contrato, escrito u oral, una cierta confianza o buena fe. Lo que digo de la guerra presupone ambas cosas, ya que implica, por una parte, relaciones basadas en el número, difíciles de controlar, y por otra, la violencia, aún más difícil de gestionar.

Pero un simple encuentro, un breve diálogo, la más mínima relación, presuponen como mínimo un nivel similar de confianza. Nuestro lenguaje exigía antaño que, antes de dormir en la misma cama, ambos sexos se comprometieran amablemente; significaba confiar el uno en el otro. Más ingenuo aún, la mano abierta levantada en señal de saludo significa que la otra persona puede acercarse a ella con confianza, ya que no oculta ningún arma. Los antiguos romanos veneraban la buena fe como a una diosa; también sabían, entre ellos, cómo medir la grandeza o mediocridad de la buena fe que podían otorgar a tal o cual persona.

Así sentido, así encarnado en el cuerpo silencioso, la mano que deja de amenazar o la sonrisa, lo fiduciario, el diferencial de la cortesía, comienza, como en secreto, nuestras relaciones. Ciertamente, aquí no hay justicia, ni siquiera reglas expresas, apenas ley, sino un profundo fundamento incoativo sobre el que descansan nuestras relaciones. Lo blando se mezcla con lo duro. Esta mezcla condiciona nuestra vida colectiva y prepara los detalles de nuestras organizaciones; ya dije en otro libro que es el requisito previo para cualquier conversión.

Para abreviar, cien sociólogos y antropólogos han descrito estos comportamientos mejor que yo, y siglos antes que yo.

Regístrese en

Cuando hablo de una primera declaración de guerra, debo aclarar aún más esta cuestión. Porque a primera vista, en la calle o en campo abierto, se trata de identificar a un grupo o a un individuo. ¿Amigo o

enemigo? ¿Quién dices que eres? ¿Cómo te llamas, qué uniforme llevas, a dónde perteneces, en nombre de quién vienes a verme? Dime la contraseña de . Dime tu nombre. Tu verdadero nombre. Dime el nombre de tu tribu, de tu ejército, de tu nación. Dime tu nombre propio, aclara tu nombre *en clave*. Esa es la primera palabra de la ley.

La buena fe básica, a la que acabo de referirme como buena fe fiduciaria, comienza por tanto con una declaración de identidad o afiliación que no sea engañosa. Descodificando de antemano. Publicando claridad. La ley ilumina ese gran día. La anarquía del terrorismo comienza en cuanto no sé quién eres, dónde estás, qué pretendes, dónde y cuándo. El enemigo se esconde bajo el posible amigo. Desconocido.

Esta identificación es la base de la ley. *Ego*, existo porque pienso, dicen; *ego*, participo en el grupo porque me ha dado un nombre. Aquí, nací codificado. Por el momento, mi único nombre es el que me ha dado este código. Lo declaro, lealmente. Cuando nací y mi madre me puso a la luz del día, mi padre corrió al ayuntamiento para declarar mi nombre.

El derecho a matar

En estas definiciones jurídicas máximas de la guerra y el terrorismo y, como mínimo, de nuestras relaciones codificadas, la justicia desempeña un papel tan escaso que, dándole la vuelta al razonamiento, la guerra podría definirse una vez más como una institución que subraya poderosamente la diferencia arcaica, histórica y trágica entre derecho y justicia.

Matan. Por derecho, por supuesto, pero ¿por justicia? Horacio acaba de matar al Curiatii: el héroe cumplió con su deber. De vuelta a casa, ebrio de *furor*, mata a su hermana: el asesino comete un crimen. La distancia entre el hogar y el campo de batalla es corta, pero el tiempo transcurrido entre la sangrienta victoria y el condenable asesinato es atronador. Peor aún, se trata del mismo acto: matar.

La cuestión es también identificar a Camille: hermana, por tanto romana, por tanto aliada de su hermano de armas... o prometida, por

tanto albanesa, por tanto del lado de su amor armado. El único nombre en clave, el de las dos lealtades de la hermana, decide entonces lo que hará el hermano. Furioso, Horacio ve doble. Ella enemiga, él soldado y dentro de la ley; ella amiga, él asesino, asesino y fuera de la ley.

¿Cómo decidir? Las imprecaciones equivalen a declaraciones. Camille declara la guerra a Horacio y, al menos de palabra, a Roma. ¿Significa esto que el héroe asesino tiene razón?

El hijo de Vigny

¿Matar es un crimen o un ejercicio banal de la profesión militar? se pregunta el héroe de *La Canne de jonc*, en *Servitude et grandeur militaires*. Obedeciendo las órdenes de su superior legal, este soldado mata por la noche a un niño durante un ataque por sorpresa a un reducto; su vecino intenta borrar su remordimiento desesperado diciéndole: "Calma tus remordimientos, nada más que el trabajo". Al hacerle morir finalmente a manos de un niño de la misma edad que el que mató, ¿busca Alfred de Vigny algún tipo de justicia, inmanente o trascendente, por encima de estos actos indecisos de doble sentido?

Corneille distingue. Mide la distancia entre los dos derechos, el de la guerra y el de la paz, aquí tan estrecha como la que separa, en el cuerpo y las palabras de Camille, a la hermana de la prometida, al pariente del amante; en el espacio, el campo de batalla, bajo los muros, de la casa familiar; finalmente, en el tiempo, la tarde de la noche. Por un lado, la ley de las armas permite matar, o incluso elevarse a la categoría de héroe por haber realizado uno de estos nobles actos; un gesto que se vuelve innoble al regresar a casa, a la sociedad civil, unos minutos más tarde. Aquí y ahora, no matarás; a unos pasos, hacia la puerta de Capene donde tiemblan los Curiaces, puedes, debes matar; allí, permitido, requerido, obligado, recomendado, alabado... aquí, prohibido.

En consecuencia, el acto V de la tragedia no sólo presenta el juicio seguido de la sentencia que concierne al joven Horacio como individuo, sino que también trata de la diferencia entre el homicidio

legal y el delito civil, y de un caso límite en el que está implicada la misma persona. Donde tiene dos y hasta tres nombres. Prometida enemiga; hermana asesinada; en medio de los dos, para marcar la evolución o transición que vengo analizando desde el principio de este libro, víctima y hostia sacrificial. El tribunal contrasta con el de Horacio: héroe, asesino, sacerdote secreto.
De ahí Tullus, al final, de nuevo:

Pero le debemos a los dioses un sacrificio mañana.

Autobiografía, 3: religión y derecho

Actores de atrocidades aceptadas como normales durante las hostilidades, ¿cuántos veteranos he conocido que sufren, a veces hasta la locura, al verse obligados a readaptarse a las condiciones ordinarias de la vida en sociedad? El cambio repentino de un deber absoluto a una prohibición igualmente absoluta de matar puede desequilibrar la conciencia de una persona para siempre. ¡Cuántos Horacios he visto, de vuelta del conflicto, drogados sin remedio por este *furor*! La injusticia de una sociedad que pide a los psiquiatras que traten a los que vuelve locos. ¡Ya no tenemos rituales para liberarnos de *esto*!

No matarás. ¿Esta prescripción se aplica universalmente? Esta pregunta me permitirá, una vez más, comprender la génesis que conduce de lo sagrado a lo jurídico, de la religión al derecho. Y perforar un agujero ciego, que los trabajadores de las alcantarillas llaman mirada, hacia la justicia.
En París, a veces daba clases en la cárcel, en Fresnes o en La Santé. Un día, los estudiantes presos quisieron que les hablara de lo sagrado. Debatían entre ellos, y furiosamente: frente a los que lo creían casi natural, al menos nacido de la naturaleza humana, algunos afirmaban que, tomando la apariencia de un cáliz, de un pergamino o de una piedra negra aquí o allá, se reducía a una convención; por tanto, a un sinsentido. Para poner fin por un momento a las discusiones, les pedí que se callaran un momento y meditaran, cada uno por separado, sobre la Muerte; no sólo la Muerte, añadí tras un silencio, que todos

vamos a sufrir, sino, por qué no, la Muerte que podemos dar. De pronto, dos o tres de ellos se levantaron y gritaron: "¡Ya sé, ya sé lo sagrado! Eran los condenados por asesinato. Habiendo consumado el sacrificio humano, habían experimentado lo sagrado con sus cuerpos, sus manos y sus gestos. Lo sabían. Una larga pausa siguió a este grito de las entrañas. También resonó en mi pecho. Fue entonces cuando aprendí algo duro y oscuro, algo que sospechaba, pero que en realidad no sabía. ¿Lo sabía? Estas son mis únicas pruebas, al menos mis testigos vivos y carnales, que gritan con universalidad. ¿Serán suficientes?

No matarás. Creo que esta prescripción es sagrada. ¿Es universal? Como no dispongo de documentación, histórica o libresca, sobre este punto, sólo puedo ofrecer este relato de primera mano.

Pero durante la guerra que tu grupo ha declarado a tus vecinos, puedes matar legalmente. Incluso tienes que hacerlo. La ley lo permite, lo insta, lo ordena, recompensa con cruces a quienes de otro modo condenaría y reprobaría aunque no lo hicieran en el frente de batalla. Esta ley casi universal de la guerra funciona como una excepción a la de lo sagrado, que aquí presumo universal.

Y para que resulte más fácil aceptar la legalidad de estos asesinatos, el citado grupo a veces lo encubre transcribiendo el título de la tienda donde rondan y cenan los jefes que dan las órdenes, preservados de la Muerte: en lugar de llamarlo Ministerio de la Guerra, lo llaman Ministerio de Defensa. Porque todas las leyes del mundo reconocen a cualquiera el derecho a defenderse en caso de ataque. Como parece más legal que la ofensiva, defenderse es una forma mejor de hacer que la guerra entre dentro de la legalidad.

Como defensor de Roma, Horacio puede y debe matar a los Curiacios. Por haberlo hecho, el pueblo lo aclamará, el rey incluso lo condecorará. Pero no puede, ni debe, matar a su hermana. Pregunta: ¿dónde está el límite entre ambas obligaciones? ¿Dónde se traza la línea entre el enemigo y la víctima? Las imprecaciones de Camille la convierten en enemiga; su romanticismo y su sororidad, en víctima.

Crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad

Nuestras historias muestran, y lo repetiré detalladamente, un crecimiento tan atroz como el de las imprecaciones. En primer lugar, se mataba al enemigo del otro bando, cuyo número aumentaba a medida que pasaba el tiempo; luego, la retaguardia de la línea de batalla; después, la población civil; desde arriba, sin exponerse demasiado, las llamadas fortalezas volantes bombardeaban las ciudades, masacrando a miles de mujeres y niños. Después de Dresde e Hiroshima, la marea cambió hacia la llamada Guerra de las Galaxias. El irresistible afán de crecimiento sigue chocando con la frágil barrera legal y tratando de traspasarla. Las aguas vuelven a subir. Repitamos la pregunta: ¿cómo y dónde detener el diluvio de asesinatos? ¿La hermana? Sí, dice Valère, el abogado. No, decide el rey, juez.

¿A los campos de exterminio de un pueblo inocente al que nadie declaró la guerra? Sí, dijo el Tribunal de Nuremberg. Es una cuestión de derecho, ya que en esta ciudad sesionó un tribunal ante el cual los vencedores llevaron a juicio a los que llamaron criminales de guerra. Que yo sepa, el primer juicio de este tipo tuvo lugar en el Acto V de *Horacio*. Después de la batalla contra los Curiatii, he aquí un héroe de la guerra contra Alba. Rommel, por ejemplo. Tras el asesinato de su hermana, he aquí el tipo de criminal de guerra que fue demasiado lejos en la permisiva ley del asesinato. Eichmann, Himmler, por ejemplo. La noción de crímenes de guerra muestra que luchamos bajo un sistema legal del que a veces se desvían ciertos actos, y ante el que debemos llevar a los infractores. Así pues, los nazis practicaron el terrorismo.

Si la guerra puede definirse como una institución de derecho, los tribunales y juicios celebrados, las decisiones y sentencias dictadas tras la Segunda Guerra Mundial , las nociones de crímenes de guerra y criminales de guerra, y sobre todo el concepto de crímenes contra la humanidad... el paralelo jurídico al crecimiento extremo... lo

demuestran con creces. Estas leyes siguen vigentes hoy en día.
Yo describiría la sensibilidad occidental contemporánea definiendo la guerra como un conjunto de crímenes legales, a modo de oxímoron. Esta contradicción hipócrita nos resulta tan difícil de soportar que hemos construido una Europa, una especie de no-patria, que nunca exigirá la vida de sus hijos, y que ha sido pacífica durante sesenta años, un intervalo único en nuestra despreciable historia de muerte.
¿Algún tipo de justicia guía por fin nuestras nuevas decisiones?

Prescripción

Fuimos incluso más lejos. En un momento dado, decretamos que algunos de estos delitos no prescribían. En derecho penal, la prescripción define un periodo de tiempo al término del cual cesa la persecución. Transcurridos diez años, por ejemplo, ya no podemos procesar a un asesino, aunque sea manifiestamente culpable.
Al igual que la identificación que he hecho antes -y que analizaré más adelante-, considero que la prescripción es uno de los fundamentos del Derecho. Nos permite distinguir entre el juicio y la venganza, o incluso la vendetta. Si suprimimos el intervalo de extinción, ya no habrá razón para que los bisnietos de los hijos condenen y den muerte indefinidamente a los descendientes del bisabuelo que agredió al abuelo. Como pasa el tiempo y nadie sabe quién se presenta como descendiente y vengador de quién, aquí estamos en las condiciones exactas del terrorismo.
Es más, nadie puede ser considerado responsable de los crímenes de su padre, sobre todo si tuvieron lugar antes de nacer. ¿Qué dice el racismo? Que los hijos responden ante sus padres. Como mínimo, quiero responder, aguas abajo y como aguas abajo, de los menores que traje al mundo, pero no puedo ni quiero responsabilizarme de los actos de mis antepasados, de sus crímenes, de sus opiniones o de sus desgracias. Con la prescripción, la Historia toma el relevo de los tribunales. Incluso puede definirse como el intervalo entre el Derecho y la Historia.
De ahí mi duda. Por dura que sea la barbarie de un acto de violencia,

¿es realmente necesario, desde el punto de vista de la sabiduría suave, suprimir este freno a la barbarie vengativa? La prescripción me parece el análogo jurídico del perdón, en el aspecto moral, pero, sobre todo, una decisión considerable sobre la memoria, su contenido y su naturaleza, su cronicidad. Tiene en cuenta la duración, obligándonos a pensar en el trabajo y la eficacia de la temporalidad. Mejor aún, sólo ella, en la fundamentación de las leyes, intenta alcanzar la justicia como tarea infinita, fuera de la iniquidad ordinaria de las leyes. Si la ley es distinta de la justicia, al menos su fundamento debe acercarse a ella.

Sin embargo, la prescripción difiere del olvido, y difiere del olvido en la medida en que el acto permanece pre-escrito. Ya no escrito positivamente en la ley, sino en un preliminar de su escritura, como impreso con tinta simpática. Recuerdo, por supuesto, a mi padre gaseado en Verdún y a otros tíos asesinados en diferentes conflictos por los mismos enemigos, a veces en condiciones inicuas. Pero, ¿qué tengo que decir a mis alumnos del otro lado del Rin, aparte de que han cambiado sus nombres, al menos sus nombres de pila, y yo también, y que juntos tenemos que construir Europa como una sociedad histórica, loca, utópica... nueva, en el sentido de que nunca preguntará por la vida o la muerte de sus hijos? ¿Excepto que los amemos?

La fatiga de los pueblos de Europa

Ciertos conflictos pasan sobre las personas como tormentas que destruyen su espacio, como langostas que se comen su cosecha. Nada queda después de estos pasajes, ni siquiera el deseo de luchar.

Las legiones y centuriones de Roma conquistaron el mundo; tras la caída de la Ciudad, la citada Italia perdió la voluntad de vencer; la misma fatiga se había abatido ya sobre Grecia; la misma cura se extendió entonces a las naciones, al menos en Europa; la formidable infantería de España la convirtió en una de las dueñas de América, hasta el agotamiento, del que sólo salió para despedazarse en 1936; después de Luis XIV, la furia de las matanzas bajo la guillotina, las

fosas comunes de Napoleón, luego el primer conflicto mundial -los poilus lo llamaban Der des der-, Francia, país belicoso, se volvió lo bastante pacífico como para huir del enemigo en 1939 y no querer enviar nunca más a sus hijos a combates mortíferos e inútiles; Después de Hitler y la Shoah, Alemania entró en el mismo horror; los fracasos de Rusia hoy en Afganistán, por ejemplo, dan testimonio del mismo asco, contraído en los gigantescos cementerios en torno a Stalingrado. Europa se construyó recientemente, en parte, sobre la propagación de ese hastío, contraído en cada etapa, por cada país, por una población harta de tormentas que no dejaban nada a su paso, de enjambres de depredadores que devoraban a sus hijos. Dulce paz de la sabiduría, paz de la vejez, paz del cansancio, paz del agotamiento.

Tan viejo como mi país, no ocuparé el lugar del viejo Horacio ni gritaré como él. Hemos dejado atrás este horrible sublime. Ya no pensamos en lo sublime más que como una sublimación abominable de otras *libidos*, que ahora podemos admitir. Hemos cambiado de época, incluso más que de nombre. ¿Nos acercamos a la justicia ideal, formal? Exangües de estos horrores, ¿nos estamos volviendo menos temporales, menos competitivos, menos celosos, menos duros? La tragedia se está volviendo arcaica. El hombre trágico es finalmente incomprensible. ¿He vivido el final simbólico *de Horacio*?

La caída de los ancianos espirituales en lo temporal

A propósito de lo suave, volveré sobre la pareja temporal-espiritual, una variante de la pareja duro-blando. Rey y juez, sacerdote y soldado, tan poco individuo como sus súbditos, Tullus Hostilius combina las dos funciones colectivamente. He preguntado más arriba: ¿el arbitraje de quién? ¿A cuál de estos dos poderes corresponde?

El poder temporal es una tautología -más bien plana-, mientras que el poder espiritual es una contradicción -y a veces una mentira-. El poder despliega e impone la fuerza, un ejército, una policía, coacciones corporales y físicas, todo ello inmerso en los asuntos del día. Desenvuelto, el espíritu describe, por encima, un soplo, una brisa, a

menudo suave, aunque a veces un viento impetuoso: *ruagh* en hebreo, *anemos* en griego, *alma* y *espíritu* en las lenguas latinas. Este flujo fluido contrasta con la roca cristalina, el *blando* inglés con su *duro*. En consecuencia, en cuanto un poder espiritual impone una fuerza, abandona su propia naturaleza y vuelve a caer en lo temporal. Abandona el espíritu y se convierte en poder. Así, la justicia cae en el derecho y allí se cumple; el misticismo cae en la política, como decía Péguy. La historia de las distintas Iglesias relata a menudo este hundimiento. Lo vemos en todas partes.

He aquí al menos dos ejemplos preocupantes de la ciencia y la cultura. Desde Hiroshima, desde Nagasaki y sus miles de muertos, la ciencia ya no puede desempeñar el papel que le asignaron Condorcet, Comte y Renan, el de un poder genuinamente espiritual, capaz de guiar u orientar lo temporal. Lo hizo durante dos siglos; ahora está en guerra y fuera de juego. Esto es tanto más cierto cuanto que un millar de empresas hacen ahora fortuna y ganan poder y gloria gracias a la investigación y el desarrollo. Aquí está, una vez más, en dura competencia y fuera de juego. La gran ciencia maneja un poder temporal.

Lo que hoy llamamos cultura: la industria cinematográfica, las grandes cadenas de radio y televisión, el lanzamiento de bestsellers mundiales, los acontecimientos deportivos, la música obligatoria en los lugares públicos... todas empresas que contribuyen a la sociedad del espectáculo, movilizando colosales inversiones financieras para llegar al mayor número de personas. Aquí está en la explotación de las conciencias y fuera del juego. Esta "cultura" maneja un poder temporal.

Después de la ciencia y de lo que hoy definimos como cultura, dudo en mencionar las grandes religiones, de las que se dice universalmente que precipitan guerras, como el conflicto de Palestina e Israel, o incluso atentados terroristas, como los fundamentalismos del Islam y de otros lugares. Aquí están en lo temporal, y por tanto fuera de juego.

Pero no podemos salvarnos sin "poder" espiritual. ¿Dónde podemos encontrarlo? ¿Cómo construirlo?

Definiciones basadas en la realidad: ¿parciales o totales?

El poder temporal cultiva y gestiona su "realidad" reduciéndola a una línea singular: todo lo militar o militante; todo lo religioso o dogmático; todo lo económico; y, hoy, todo lo mediático y espectacular. Ahora entiendo el totalitarismo sólo en términos de estas diversas reducciones. La violencia de cada una de ellas procede del hecho de que, para consolidar su poder, cree y hace creer que el equilibrio de fuerzas o la competición que ataca o defiende esta reducción genera la Historia. Porque la batalla presupone una partición y, por tanto, un límite; tales relaciones de poder, u oposiciones entre individuos o grupos, sólo pueden existir en el detalle de la división que implica esta reducción. Lo temporal lucha por su parte del pastel. Recorta mapas y hace la guerra a estas fronteras; mata, en parte, por esta parte. Quiero hacer hincapié en la relación decisiva entre el conflicto o la oposición y la partición detallada de la realidad. Júpiter nos hace creer en el todo-religioso; Marte impone el todo-militar; Quirinus, hoy, nos persuade de que todo puede reducirse a la economía. Tres poderes, tres divisiones, tres mentiras; tres partes que quieren pasar por el todo; tres reducciones que se imponen como las únicas reales; tres totalitarismos, de hecho.

No, el Mundo no puede reducirse a fetiches, ni a las estacas de la batalla, ni al fetichismo del dinero y las mercancías. Estas tres imposturas imponen su propio parcial como real. Pero lo real sólo lo es cuando alcanza la universalidad del Mundo. Y el Mundo es el Mundo entero. El poder parcial y temporal no es más que una apariencia; nunca luchamos más que por las apariencias.

El poder espiritual, en cambio, o más bien el espíritu sin poder, acepta la realidad tal como es, en su plenitud integral, mientras que lo temporal, como acabo de decir, sólo se aferra a lo parcial troceándolo. Para el espíritu, el poder pertenece, sin relación ni competencia, a la realidad en su suma universal, y no a nadie en particular. O mejor dicho, podemos reconocer al espíritu, tan difícil de definir, por este

criterio de totalidad; por el hecho, que se desprende de él, de que nunca toma el poder, porque se lo deja a la realidad. Si se apodera de ella, cae en lo temporal, en lo parcial, en lo unilateral y, por tanto, en la guerra. El espíritu descubre la exultación de su alegría al contemplar la perfección del universo, y resuena con el tono de la melancolía al asumir en su profundidad toda la miseria humana. Así captada en su omnitud, la realidad no le da motivos para matar o hacer la guerra. Las reducciones que engendra el poder temporal, que acabo de llamar totalitarismos, se oponen a esta totalidad. Así aparece el Mundo al que, como diré, se opone la guerra del mundo real.

Decir que la guerra es parcial equivaldría a una tautología. Pero definirla como siempre parcial, por tanto nunca global, nunca universal, me parece algo nuevo.

Temporal y provisional

Trabajando sobre los detalles que llama concretos, luchando por controlarlos o apropiárselos, el poder temporal sólo tiene un tiempo, el de hacer creer que esa parte, que pretende dominar y que quiere hacer suya, es lo único real. Por ejemplo, Hegel dice: lo racional es real; lo real es racional. Así es: lo racional, es decir, *a/b*, es decir, la proporción, lo calculable, lo que se puede dividir en partes. No es sorprendente que esta decisión le llevara a la guerra del amo contra el esclavo. Después de él, ¿cuántos confundirán lo concreto con lo parcial, con lo actual, con lo muy tópico, repetitivo, a menudo obsoleto y viejo, y por tanto espectacular, como esta guerra teatral, circular, repetida sin cesar, donde los papeles de esclavo y amo rotan como sillas musicales?

Lo parcial no llega lejos, como puedes imaginar. Por tanto, este poder temporal se desvanece rápidamente en lo temporal, mientras que el espiritual, aunque generalmente ridiculizado bajo el nombre de idealismo, está en ello a largo plazo, durando al menos tanto como lo permita su auténtico y verdadero realismo, porque abarca el todo. Cuanto más grande es lo que ve, cuanto más real es lo que ve, más tiempo vive.

Los ejemplos abundan: en el siglo XIX, un coronel británico hizo disparar sus recién inventadas ametralladoras contra una reunión de monjes tibetanos que se presentaron ante sus tropas, protegidos únicamente por banderas de oración ondeando al viento. Muchos muertos y Albión victoriosa. Presa del remordimiento, dicho coronel se convirtió rápidamente al budismo y los británicos huyeron de la India poco después. Los monjes del Tíbet siguen rezando allí. Hoy están bajo el fuego asesino de China. ¿Cuánto tiempo mantendrá Pekín el poder marxista? Ha desaparecido del Kremlin, mientras que el Vaticano, indiviso según Stalin, aún resiste dos milenios.
Lo duro no dura, sólo lo blando.

Desarrollo sostenible

Mis contemporáneos fingen buscar un desarrollo sostenible. Y para hacerles creer esta farsa, se apoyan en la economía, la tecnología y la política... cosas duras que nunca perduran. Que no lo duden ni un instante: sólo el espíritu perdura. Ningún poder temporal -militar y policial en el pasado, científico en el pasado, económico, financiero, político y mediático en el futuro... y, por tanto, siempre parcial- puede perdurar. ¿Quién se acordará mañana de Pericles y sus escarabajos, cuando todos los niños del mundo repitan a coro la geometría de Tales? Repitámoslo, a coro: lo duro no dura, sólo dura lo blando.
No invento nada que no haya dicho ya Rousseau: para perpetuarse, el Estado temporal está obligado a transformar su poder en derecho y la obediencia en deber. Recurre a la ayuda de lo jurídico, lo ético y lo espiritual. Hipócritamente toma su máscara. Lenin, Stalin, Hitler... no habrían podido establecer su poder sin la ideología; ni Richelieu o Luis XIV sin el derecho divino... ni la política actual sin los medios de comunicación. ¿Quién no ve en estas manifestaciones del "espíritu" la cruda caída en lo temporal?
Por el contrario, la larga vida a la que aspiramos hoy sólo puede encontrarse, paradójicamente, en la suave brisa. No se puede inventar el viento. Viene de donde quiere y sopla de repente, inesperadamente, en una dirección imprevisible.

Perderemos sin duda a largo plazo si, por ejemplo, seguimos despreciando lo más antiguo de las culturas, las letras y la literatura, ahora excluidas y olvidadas, en definitiva, todo lo que, a los ojos de los poderosos, no hace ruido y es claramente inútil. ¿Cree usted que la pura fuerza, la competencia del mercado, la Realpolitik... en definitiva, la guerra... abren la mente creativa para pensar a lo grande? Temporal, parcial, la guerra perpetúa lo pequeño. Esta pequeñez triste y mortal oculta la pacífica alegría de la realidad. Sin poder, lo espiritual, lo único real, permanece inmenso y sobrevive en paz.

¿Qué sentido tiene la guerra?

Nuestra juventud no oía más que dialéctica: la batalla del amo y el esclavo, la lucha entre clases. Teníamos que recitar que generaba el tiempo, el movimiento y la transformación, en resumen, la Historia, al darse el milagro de la superación. Afortunadamente formado por las ciencias duras y su duración, y por tanto impertinente, pregunté a los militantes de esta lógica si había permitido inventar a alguien. No me dieron ningún ejemplo. De hecho, no podía entender cómo la oposición de dos fuerzas mecánicas no podía terminar en la inmovilidad; o, como mínimo, en un par de torsión, si las fuerzas implicadas no se aplicaban en el mismo punto.

Tenía en mente *el clinamen* microscópico de Lucrecio, sus turbulencias líquidas y sus bifurcaciones; su correspondiente cosmológico, la ruptura de la simetría; el ala móvil de la mariposa en los fenómenos caóticos; los catalizadores, en química; la mutación en el sentido neodarwiniano, la vaccinia de Jenner o los microbios de Pasteur, que cambian los organismos a partir de inclinaciones tan minúsculas, sin enfrentamientos cara a cara ni armas que choquen. Más tarde, escribí *Le Parasite*, que me enseñó las metamorfosis simbióticas igualmente suaves, así como otros libros en los que me vi obligado a decir que las revoluciones más decisivas de nuestra historia vinieron de la mano de la escritura, la imprenta y las nuevas tecnologías, es decir, el almacenamiento, el tratamiento, la recepción y la transmisión de

mensajes o informaciones cuya energía, negentrópica, tiene una intensidad billones de billones de billones... veces inferior a cualquier fuerza perceptible en la escala entrópica. *Dum homo scribit fit historia.* Por último, y por otra parte, comprendí por qué, a diferencia de la lengua alemana, el francés sólo necesitaba una palabra para describir la historia que se escribe y la historia que se hace: todo sucede como si la primera indujera a la segunda. Pero el mundo escribe tanto y mejor que nosotros; almacena, procesa, recibe y transmite información tanto y mejor que nosotros. *Dum Deus calculat fit mundus.* De lo blando a lo duro. Conclusión: en casi todos los órdenes -físico, químico, viviente, humano, colectivo-, ¿cuántos cambios son generados por este tipo de acontecimientos microscópicos o diferenciales?

Frente a lo espectacular, fenomenal e inútil, este decisivo blando nos incita a reírnos de la dialéctica. No sirve para nada. Arrastra consigo el elogio de la guerra, que a su vez sólo sirve para servir a nuestra furia por matar. Porque yo también contemplaba el espectáculo de los poderes nacidos de estas ideologías, que producen automáticamente millones de muertos, como si la matanza lógica produjera automáticamente la matanza real. ¿Acaso la dialéctica viene a la mente para matar?

El estribillo de este libro: lo duro no perdura, cambia poco, se conserva más bien, cae en lo estático. Lo blando perdura por su paradójica capacidad de conversión.

Apostaría a que lo mismo ocurre con las sociedades: uno o dos por ciento de conversos bastan a veces para poner patas arriba una cultura, un régimen o una nación; *la culpa es de Voltaire o de Rousseau*... ¿Cuántos apóstoles para lanzar toda una época? San Pablo: el Reino llega como ladrón en la noche. El ruido y la furia acompañan a los desvaríos de las matronas. Nietzsche: Lo nuevo llega sobre patas de paloma. La Historia cambia lentamente.

Díganme qué está cambiando la guerra, aparte de bloqueos o repeticiones sin novedad, aparte de que la violencia engendra violencia sin paja de movimiento. El tiempo difícil de la Historia se está estancando. Pero sesenta años de suave paz en Occidente han producido Hominescencia.

¿El final de la guerra?

Vuelvo antes de este acontecimiento, vuelvo a la definición de la guerra como institución de derecho; vuelvo finalmente a este fin de la guerra, al que contribuyeron la tardía realización del individuo y la reciente constitución de Europa.

Cuando, joven de posguerra, me convertí rápidamente en pacifista porque había encontrado tantos horrores durante mi adolescencia, renuncié a la Academia Naval para evitar dedicar mi vida a cañones y cohetes, no sabía aún lo que estoy descubriendo, poco a poco, aquí: que los genios antepasados, Corneille, Tito Livio y otros en zonas menos latinas, instituyeron la guerra para protegernos, en derecho, de la creciente extensión de la violencia. Odiaba la guerra, ahora la encuentro protectora; la creía desatada, ahora la encuentro regulada.

Como resultado, nuestra historia occidental nunca emprendió un conflicto sin este acompañamiento legal. En Roma, su declaración requería incluso un ritual religioso especial y complicado, con lanzas arrojadas a través de las fronteras; se instituyó incluso un colegio de sacerdotes, los feciales, encargados de hacer cumplir las normas del derecho durante los enfrentamientos; el acertadamente llamado mes de marzo marcaba de nuevo el comienzo del año, es decir, el derecho a reabrir las hostilidades.

Sin ley, no puede haber guerra. Paradójicamente, incluso nos protege del peor tipo de violencia. Si se instaura una especie de anarquía, la guerra como tal llega a su fin; no este o aquel conflicto, sino la guerra como tal. Eso es lo que nos ocurre hoy. Pero el fin de la guerra no significa la paz. Todo lo contrario.

El nacimiento del terrorismo

Desde Troya y Roma hasta la Revolución Francesa, la guerra siguió reglas precisas destinadas a contener la violencia, en primer lugar mediante un ejército profesional, del que nuestros campeones del dos por tres simbolizan las imágenes de la sustracción y la restricción... después mediante reglas precisas en el campo de batalla y en otros

lugares.
De repente, el servicio militar obligatorio -¡una llamada a la población, la Patria en peligro! - dio la vuelta a la cámara de la violencia y la extendió, desde campeones o ejércitos de mercenarios, a casi toda la población de Francia. ¡Todos los hijos e hijas a la chatarra! Los trágicos esfuerzos de nuestros antepasados por dotarse de un marco jurídico, por el que tanto habían luchado, fueron en parte deshechos por el Terror. De repente reclutó a todos los jóvenes varones, como antes en el bistrot. De ahí la angustia de Europa ante el Terror y la operación demencial de su guillotina; de ahí, en consecuencia, el avance de Napoleón, que se benefició de este reclutamiento, de repente numeroso, siempre gratuito, a menudo incluso voluntario. El gran temor con respecto a los franceses de la Revolución y a un supuesto genio cuya estrategia se beneficiaba de esta afluencia demográfica provenía del hecho de que se llamaba a toda la nación y no sólo a soldados profesionales, es decir, representantes, emisarios, mercenarios... Horacios en cierto modo. Sí, la llamada "guerra de los encajes" fue algo así como un espectáculo y una tragedia clásica. En el campo de batalla se representaba *a Horacio*, con sus bellos gestos y su rectitud. Dejando a un lado el arbitraje, la Revolución Francesa liberó en parte la propagación de la violencia. Por eso nuestros vecinos la llamaron terrorista. Un levantamiento de masas, un levantamiento de la ley, el comienzo de una liberación de la más peligrosa de las propagaciones.

Terrorismo, continuación

Entonces mi país se vio embargado por una furia de matanzas, primero la locura frenética de la guillotina, luego las batallas napoleónicas y, por último, la atroz carnicería de la guerra del 14. Exacerbado, el crecimiento, que empecé a describir más arriba, se reanudó: el Terror mató a miles de hombres y mujeres; el Imperio ensució la tierra con decenas de miles de soldados; la Guerra Mundial sacrificó a millones de soldados de infantería campesinos. Con el crecimiento llega el Diluvio; con el Diluvio, el terror. Los locos

sanguinarios de la guillotina se llamaban a sí mismos terroristas.
Más tarde, las demás naciones de Europa también se lanzaron a matar: Inglaterra en la India y en todos los continentes; España en 1936; Alemania bajo Hitler; la Rusia de Lenin y Stalin... El crecimiento llegó a extremos. Cientos de millones de personas murieron. Las cifras de los expertos lo confirman: el número de cadáveres no deja de aumentar, incluso si se tiene en cuenta el crecimiento demográfico. De la repugnancia ante estos horrores y la angustia ante la decadencia que podía y quizá seguiría, unos cuantos hombres de genio construyeron un arca, la pacífica Europa de hoy.
A finales del siglo XVIII, época de la llamada Ilustración, la Francia revolucionaria inventó el terrorismo, aquello de lo que nos quejamos, aquello que creemos que otros importan a nuestro suelo, cuando en realidad nosotros creamos su crecimiento y el estado de anarquía. Una historia de decadencia... ¿Se recuperará algún día Francia y la propia Europa de semejante montón de cadáveres? El apocalipsis comenzó con Francia, con el Terror, con Napoleón; la fascinación de Clausewitz por este último así lo atestigua. Cuando en su *Sobre la guerra* evocó el ascenso a los extremos, invocó el Terror; lo confundió con la guerra y se equivocó. Al contrario, la guerra acababa de terminar.

El final de la guerra: crecimiento y anarquía

Hoy asistimos a la conclusión de esta larga fase de transición, que ha visto el fin progresivo de esta guerra cuyos orígenes institucionales, al menos en nuestro ámbito cultural, me parece que se remontan a la antigüedad grecorromana, y que nos ha llevado a asistir a los inicios del terrorismo. Sitúo el comienzo de este final en la Revolución Francesa y, sobre todo, en el Terror, por dos razones: el terrorismo es lo contrario de la guerra en la medida en que comete actos de anarquía; es también lo contrario de la guerra en la medida en que crece como el Diluvio; cuando éste se extiende, aquélla termina.
A esta razón jurídica se añaden dos razones de hecho: hoy en día, una sola hiperpotencia detenta el grueso del fuego destructor; ya no podemos imaginar un enfrentamiento, entre dos, equivalente al que

mantuvo, al menos virtualmente, la Guerra Fría; doble o gemela, la pareja ha desaparecido; no hay otra. Y sin embargo, por muy fuerte que pretenda ser la potencia más fuerte, y por mucho que se lo parezca a todo el mundo, es incapaz de poner fin, con un gasto gigantesco, a una lucha -no declarada- emprendida contra una de las naciones más pequeñas y débiles del mundo. La segunda razón es económica: ¿cuánto costaría un conflicto contra una nación media o equivalente?

En resumidas cuentas, la guerra ha terminado en el plano jurídico, en el plano de los hechos, en el plano de la impotencia y en el plano financiero. Lo que queda es la violencia sin ley, el terrorismo, que nació bajo el Terror Revolucionario Francés y desde entonces se ha desarrollado sin fronteras. Pero esta extensión de la anarquía no conoce marco, ni límites, ni fin. Lejos de significar o allanar el camino de la paz, este fin de la guerra desencadena una violencia desenfrenada. Por una paradoja atroz, nos hace añorar la era de la guerra.

Los dos tipos de terrorismo

Las explosiones inesperadas de algunos atentados dispersos provocan ciertamente el pánico, pero producen menos víctimas que los accidentes de tráfico. Aunque los condenemos, los tememos menos que las prácticas sangrientas de diez auténticos terroristas estatales o nacionales que, desafiando toda ley, incluida la ley de la guerra, aumentan el número de muertos hasta las estrellas.

En el balance de la Segunda Guerra Mundial, los cadáveres y los tormentos causados por los crímenes, fuera del conflicto, de los gobiernos de Lenin, Stalin, Hitler y otros, cuyas matanzas se basaban en ideologías tan asesinas como similares, en los campos de exterminio, superaron sin duda en número a las víctimas de los campos de batalla. Racionalmente organizado para la extinción masiva, este terror de Estado supera a todos los demás.

¿Sospecho siquiera que estos Estados declaraban guerras extranjeras para ocultar sus actos terroristas fuera de la ley?

Colectivo y personal

La última razón, aunque no la menos importante, de este fin de la guerra es el nuevo hecho de que ahora nos regimos menos por el grupo que nos rodea que por nosotros mismos. He definido la guerra como una institución social, un colectivo, un equipo, una comunidad... dotada de la aterradora *libido* de la pertenencia. Y he hablado antes, e incluso antes en *Hominescence*, de un fuerte repliegue sobre la Muerte. Ya extinguido en Occidente, pero todavía presente y activo en otros lugares, puesto que los kamikazes "*buscarían en tropel una muerte tan bella*", el hombre trágico se ofrece en sacrificio a su comunidad. Acepta pagar, como Horacio, y más tarde en millones de cadáveres, por el gran e irrisorio disfrute de las victorias de los que le rodean. La colectividad se antepone al individuo, hasta el punto de tomar su carne, su sangre, su existencia. Sólo el colectivo tiene derecho a fundar la ley; el individuo no existe.

Sin embargo, al menos en Occidente, todo cambia en cuanto surge. Nació sin duda entre los discípulos de Sócrates, se desarrolló con los apóstoles de Cristo y los seguidores de San Pablo, floreció en las *Confesiones* de San Agustín y los *Ensayos* de Montaigne... y progresó a paso de tortuga durante dos milenios, para afianzarse, concretamente, hoy. El individuo, pues, se libera de este colectivo pegado por la Muerte, cuya adhesión le repugna.

Ya no disfrutamos de nuestros colectivos, antes crueles como el vómito, salvo en comunión libidinal con nuestro equipo, en el estadio, donde los partidos sustituyen, por risas, sin muerte y por apuestas temporales, a la vieja política, vivida al fin como mortal. El individuo reclama ahora un derecho que le proteja de la Muerte. Antiguamente, cuando un recluta partía felizmente, se dice, con la cabeza bien alta, sólo arriesgaba algunos años de su vida; hoy, a los veinte años, el mismo joven arriesga sesenta. Así pues, no se trata de la misma duración, ni del mismo riesgo, ni de la misma guerra: de forma totalmente inesperada, la nueva esperanza de vida está cambiando también el rostro de la existencia personal. La muerte retrocede, lo

trágico retrocede, lo colectivo retrocede; la Vida avanza, en número y en esperanza, lo individual avanza.

En consecuencia, sólo ahora estamos tomando conciencia del movimiento inverso que tanto me costó comprender y tantas páginas describir. Hablamos, pensamos, vivimos, actuamos, decidimos... como individuos autónomos. Para vivir juntos, ya no necesitamos a la Muerte. A partir de ahora, del lado de *L'Ancre de Miséricorde*, sólo luchan los hooligans, antes, durante y después de los partidos de fútbol. ¿A qué colectivo crees que daríamos hoy nuestra vida?

Este nacimiento del individuo, esta emergencia de la persona, esta nueva autonomía... favorecieron el final de la guerra y el surgimiento de una Europa que nunca pedirá la muerte de sus hijos. Mejor aún, sin una lengua materna común, no nos sentimos sus hijos. Ninguna madre monstruosa volverá a exigir nuestra sangre.

Nos liberamos de la guerra colectiva, y por tanto de la ley que la acompaña, porque, como individuos, nos liberamos de la *libido* de pertenencia. ¿Los críticos morales del individualismo contemporáneo -los políticos, los sociólogos, los activistas del compromiso...- han medido, al menos en cifras, los miles de millones de cadáveres que exige el Leviatán social? De la guerra declarada por el colectivo, *el ego* se libra y nos libra.

Pero eso no significa que vivamos en paz.

Añadamos un último argumento a los anteriores, el de René Girard: desde sus orígenes, dice, el cristianismo desbarató las protecciones instaladas por los mitos o ritos arcaicos y sacrificiales, inventados de la nada para desviar la violencia colectiva hacia la inmolación de una víctima, el chivo expiatorio, al que todos los que lo mataban creían culpable. Fue entonces cuando salieron a relucir mis anteriores análisis de las épocas griega y romana, cuando estos mitos funcionaban. Horacio, Camila... ¿culpables o inocentes?

Guerra y terrorismo: el riesgo del apocalipsis

En cuanto se descubre la verdad -la inocencia de las víctimas-, esta bifurcación de nuestra furia hacia ellas, este absceso de fijación, se vuelve ineficaz. Ahora, desnudos ante la evidencia cegadora de nuestra violencia, la vieja mentira de estos ritos y mitos ya no nos protege de ella. Los textos cristianos culminan en un texto escrito: el Apocalipsis; la era cristiana, nuestra era, corre hacia el Apocalipsis de facto, un riesgo mayor, universal.

El crecimiento se ha reanudado desde el Terror; la anarquía ha vuelto como resultado del fin de la guerra descrita anteriormente; la verdad de nuestra violencia ha sido finalmente revelada... estos tres nuevos acontecimientos significan que no tenemos ninguna protección, religiosa o legal, contra el retorno del Diluvio, contra su desencadenamiento ciego y caótico. Estábamos protegidos por la guerra, por la ley y por las mentiras del mito. ¿A qué peligros nos exponemos? Sencillamente, a este apocalipsis. ¿Quién o qué nos protegerá de él?

Segundo final de la guerra: de nuevo imprecaciones

La guerra de Roma contra Alba está llegando a su fin. Viuda, Camila

se desespera. Frente a su hermano victorioso, aúlla sus imprecaciones. Un momento: ¿qué sería del odio de los hermanos enemigos, Horaces y Curiaces, sin su complemento, su opuesto, su equilibrio simétrico, el amor, propiamente incestuoso, del hermano por la hermana? La distancia entre dos generaciones suaviza de algún modo al Edipo. Es más, los supuestos crímenes del rey de Tebas -el asesinato de su padre, el incesto con su madre- se reducen, dice de nuevo René Girard, a acusaciones de persecución. Finalmente, el asesinato del padre se convierte en el del hijo, como confiesa el viejo Horacio, con un grito que se le escapa y me produce náuseas, y como muestran los grandes cementerios bajo la luna, donde, tras las guerras, yacen paralelamente los hijos, sacrificados por millones. El hermano, pues, odia menos a su padre que a su hermano, y ama menos a su madre que a su hermana, como repiten diez ejemplos, literarios e históricos: Chateaubriand, Balzac... *Paul y Virginie*. Sabine y Camille viven estos amores, en *Horacio*.

Y les importa un bledo la lucha a muerte entre *Roma*, la dura cazadora *de Amor*, y Albe la Blanca, gentil porque procede de los vencidos de Troya; les importan un bledo todas las batallas, todas las guerras, todos los héroes, todos los guerreros, todas las espadas y los escudos. Quieren amor y quieren vida. El amor y la vida de las mujeres, no el odio y la muerte de los hombres. Aquí, como podemos ver, avanzan dos milenios, o cuatro siglos. Roma, masculina, arcaica, enamorada de la Muerte. ¡Que muera! Camille tiene mil, cien mil veces razón. Vomita, como yo, como todos a partir de ahora, al oír gritar a los susodichos héroes :

Morir por la patria es un destino tan digno
Que la gente acudiera en masa a una muerte tan hermosa.

Ahora sólo los terroristas hacen cola para ello. Hoy, sólo estos kamikazes pueden recitar, sin náuseas, estos versos, que nosotros mamamos en nuestra juventud con la leche materna, y que nos hicieron, ay, estremecernos de entusiasmo. Como nietos de terroristas, queremos sembrar el mundo de niños pacíficos.

Asqueada por el charco de sangre que le arrebata a su amante, Camille tiene el gentil reflejo de sustituir el linchamiento real de los dos reyes, o de cualquier emisario, por el sacrificio simbólico de la propia Roma. No designa a su hermano ni a ningún romano como objeto de su odio, sino sólo a esta Roma, símbolo de la Muerte. ¿Hemos medido alguna vez el progreso real hacia la hominización a través de nuestros diversos pasajes de la realidad al símbolo? ¡Sí, Camille concibe un linchamiento suave! Y así comienza.

"Roma, único objeto de mi resentimiento"... Camila reclutó a sus vecinos, a los que intentó rechazar; gritó a toda Italia; llamó y unió Oriente con Occidente; convocó, desde los horizontes del universo, a cien pueblos, atravesando montañas y mares. Ya he calculado el crecimiento diluviano de esta coalición mundial; aplastada por ella, Roma la Guerra muere y muerde el polvo.

La mujer reúne a todos los machos para poner fin a la guerra. Así que destruyamos esta ciudad universal, este *casus belli* global; esta ciudad que es una razón para morir, no una razón para vivir. Destruyamos la razón de la destrucción. ¿Podemos también llamar global a esta guerra? Sí, Camille está inventando una guerra mundial, un linchamiento que reúna, que una, a la totalidad de la humanidad, contra la ciudad que simboliza esta guerra legal cuya implacabilidad le roba su amante. Como veremos, inventa algo mucho mejor.

¿Es el Apocalipsis? Precisamente no.

La verdadera guerra mundial

Al final de estas imprecaciones, formateadas como un linchamiento y contando este inevitable crecimiento, de repente, oh milagro, se produce un cambio de combatientes y una inesperada llamada a un nuevo e inhumano medio de destrucción. Embargados por una intuición de genio, Cornelio y Camilo ruegan finalmente al rayo y al trueno que desaten sus rayos, peores que los atómicos, sobre la Ciudad Eterna. ¿Y qué ocurre? La mujer-vida convoca al Cielo para que el Mundo mate por fin a esta razón de Malemort. El Mundo-Vida mata a la Ciudad-Muerte.

Que la ira del cielo encendida por mis votos
Que llueva un diluvio de fuego sobre ella.

Este es un nuevo tipo de diluvio, uno que aún no he contado, o mejor dicho, uno que no entendí realmente cuando mencioné *a Atila* más arriba. Porque aquí, su crecimiento no proviene de las luchas entre los hombres, sino directamente del cielo. El universo mismo estalla de ira. ¿Ve Camille la furia de un mundo desatado por sus deseos, por sus anhelos... -tomando el relevo de ella, hablo por mí y me transporto a nuestro propio mundo- que nuestras posesiones, que nuestro control, nuestras industrias, nuestras técnicas, nuestros transportes, nuestros negocios... que los fuegos de la humanidad han incendiado? Por supuesto, es el cielo como es, pero responde, pero reacciona a los gritos de Camille, pero responde, pero responde a las acciones de los hombres.
¿Se ha cumplido el deseo de Camille? Sí, se ha cumplido.

El mundo y el cielo nos amenazan ahora con suficientes relámpagos como para que las guerras entre los hombres, por violentas que lleguen a ser, resulten a su vez irrisorias e inútiles, frente a la antigua guerra de los hombres contra el mundo, la única guerra que puede llamarse propiamente global, y cuya violencia, global, va en aumento.
Débiles en relación con el Mundo, hace tiempo que perdimos esta guerra contra él; poco a poco, y hasta ayer, ganábamos esta guerra de anarquía, con lo que quiero decir librada por nosotros, sin ningún derecho concedido al Mundo; aquí estamos, hoy, casi seguros de ser derrotados por él. Está volviendo nuestros triunfos anteriores contra nosotros.

La ira del cielo encendida por mis votos...

La reyerta entre las tripulaciones termina por segunda vez; no con las porras de la policía portuaria, sino con el poder del propio mar, contra el que su barco está en guerra: el poder del propio Mundo, contra el que los marineros planetarios siempre hemos hecho la guerra.

Ninguna ley lo ha regulado jamás.
Los riesgos planteados por este poder llevarían primero a un armisticio, a un tratado de paz, a un pacto de compensación por los daños de guerra... acordado urgentemente entre los marineros, antes de que todos corrieran al puesto de evacuación. Luego, todos juntos, firmarían un contrato natural con el barco, justo cuando se hundía, se hundía, se hundía... pero que esta decisión conjunta, deseada, requerida, necesaria... reflotaría inmediatamente. Dos riesgos a elegir: o el hundimiento o el apocalipsis. Apuesto a que el primero ganará al otro, a que el riesgo del primero nos protegerá del otro.
Ya no estamos hablando del viejo contrato de derecho, que se ha mencionado hasta ahora, y que permitía que la guerra entre los hombres continuara sin interrupción, sino de un nuevo contrato que pone fin a la guerra que estábamos librando ciegamente contra el Mundo y que el Mundo, hoy, corre el peligro de ganar a nuestra costa.
La guerra contra el Mundo, que hay que suspender a toda costa porque el adversario está demostrando ser más poderoso que cualquier fuerza humana, científica, social y política... posible, ¿nos salvará por fin de las guerras inútiles y absurdas entre seres humanos? Este es nuestro nuevo juego a tres bandas. Anula todos los anteriores.
¿Detendrá el Contrato Natural el Apocalipsis? Esta es mi apuesta. O ganamos o morimos todos. Una nueva tragedia, el retorno, no de un colectivo, sino de una Muerte global. Antes producto de un colectivo local, ya no se pega a la espalda de cada individuo, sino que parasita el horizonte global de la humanidad.
Esa es mi apuesta, esa es mi esperanza, esa es mi utopía. Mejor aún, mi ucronía. ¿Ha visto la historia alguna vez un progreso que no naciera de una utopía? ¿Hemos visto alguna vez el amanecer de un tiempo nuevo que no haya nacido de una ucronía?

Argumentos cotidianos

No faltan argumentos contra este tipo de esperanza, sacada de nuestra desesperación, que los idealistas del sistema a tiempo parcial califican de concretos. Los países hambrientos, dicen, no harán caso de las

recomendaciones de la ecología, tan urgidos están de deforestar, por ejemplo, para comer mañana... Salvo que esta tala de árboles se produce a menudo para cultivar, más baratos que en otras partes, productos de exportación que raramente alimentan a las poblaciones locales, o incluso plantas para combustibles verdes. Pero no perdamos de vista este argumento: significaría que el largo plazo cede el paso a los imperativos del corto plazo... salvo que la cotización en bolsa de las grandes empresas occidentales les obliga a adoptar un plazo aún más corto.

¿Cómo es posible, entonces, que las mismas poblaciones hambrientas se convirtieran tan rápidamente ayer a las preocupaciones por la salud, por un lado, y la educación, por otro, cuando ambas tienen en mente el largo plazo, incluso las generaciones futuras? ¿Quién puede dejar de ver las maravillas de la educación en varios países emergentes, mientras que en Occidente sigue deteriorándose? ¿Es menos acuciante el hambre de los pobres que la sed de dinero de los ricos? Por experiencia, creo que sí.

El argumento de la urgencia inmediata no es válido. Así que espero que mientras el barco se hunde, la tripulación ponga fin a los conflictos que antes eran externos o internacionales, pero que ahora son internos a la humanidad.

Pero para responder a la cuestión crucial de la apuesta entre contrato y apocalipsis, quiero volver a las tres causas que pusieron fin a la guerra y dieron nacimiento o renacimiento al terrorismo: el retorno del crecimiento, el retorno de la anarquía y la mentira de los mitos.

¿Cómo nos obliga esta vieja y nueva guerra mundial a replantearnos estas tres causas?

LÍMITE AL CRECIMIENTO: COSMOCRACIA

Los lectores perdonarán mi atrevimiento al cambiar el significado de la expresión "guerra mundial". En lugar de darle el sentido corriente propio de los dos conflictos que enfrentaron a un gran número de pueblos y naciones, hablo aquí de la guerra que enfrenta al mundo

entero contra el Mundo; al menos para darle la vuelta al significado del adjetivo, tan olvidado por todos del Mundo.

Tras haberlas vivido como niño, adolescente y hombre, todavía llevo esas últimas guerras -guerra civil en España, luego guerra mundial, luego guerra colonial- en el cuerpo como un peso y un veneno. Sin quererlo, todo mi cuerpo llora a los millones de muertos inocentes, aplastados por ideologías feroces que duraron tantas décadas después del armisticio que asolaron incluso las mentes y los corazones de quienes las combatieron y ahora las imitan lo suficiente como para arruinar la cultura y la belleza para siempre. ¿Cómo es posible que, habiéndonos enriquecido y atiborrado con el retorno de la paz, hayamos afeado tanto el mundo?
Como el mío, el cuerpo del Mundo -urbano, rural, salvaje, desiertos y océanos, polos y montañas...- lleva heridas tan mortales que a menudo las comparo con los millones de muertos que cubrieron la tierra tras aquellas absurdas matanzas y para los que las leyes humanas más elementales pedían clemencia.

¿Guerra mundial?

Apenas estamos empezando a darnos cuenta de que llevamos librando esta auténtica guerra mundial desde el principio de la humanidad: es la guerra que enfrenta a toda nuestra especie con su entorno global . ¿Empezó con la tecnología, y con ello me refiero al propio *sapiens*, con la recolección, la caza y la progresiva invasión del espacio?
No lo vemos, no pensamos en ello. Las naciones se ocupan de las naciones; la política se exhibe en los medios de comunicación, los medios se alimentan de la política, brillando en un círculo encantado que hace el espectáculo del día... a nosotros sólo nos interesan nuestras relaciones; las ciencias humanas, sociales, económicas y políticas lanzadas con la filosofía otra, pero el mismo círculo encantado. Desde que nuestros países sólo tienen un dos por ciento de agricultores, todos nos hemos vuelto acosmistas. Hacemos creer a nuestros hijos que la humanidad sólo bebe y come de sus relaciones. Heidegger consideraba a nuestros hermanos animales como "pobres en

el mundo"; nuestros hermanos humanos se están convirtiendo ellos mismos en tales.
Como ya no lo veíamos ni lo conocíamos, no lo escatimábamos en nada. ¿Quién hubiera dudado cuando se empezó a pescar una cantera de mármol, una mina de hierro o un banco de arenques? ¡Qué bendición! Había una reserva de la que sacar provecho, y quien supiera aprovecharla sería afortunado. El cazador-recolector descubrió nuevas fuentes de alimentos; el industrial siguió estas costumbres. Rara vez vemos restos de costumbres arcaicas, incluso bestiales, en el comportamiento contemporáneo.

Barrio Le Monde

Este mundo exterior y global que habíamos perdido, absorbido, fascinado, incluso drogado por nuestras ciudades y por la política, este mundo, antiguo, ciertamente, pero absolutamente nuevo, reaparece poco a poco entre las dinámicas, a veces feroces, de nuestras relaciones humanas. Ya no lo veíamos ni lo practicábamos; ya no formaba parte de nuestras preocupaciones privadas o públicas, competidoras o beligerantes. No teníamos nada que ver con ella, estaba ahí, presente, ausente, olvidada. Cerramos las ventanas cuando volamos. Aquí está de nuevo, formidablemente presente.
Decía antes que la proximidad de la Muerte podía distinguir a los hombres, los pueblos, los momentos de la Historia y la hominización. La proximidad del Mundo distingue a los contemporáneos de sus predecesores. Comparemos: conocíamos el Mundo sólo a través del horizonte, cuyos límites cedían al caminar, cuya redondez se repetía frente a la vela, cuya distancia dependía de nuestro ascenso por la muralla o el glaciar... Conocíamos la Muerte porque nunca dejaba de aplazar su cita, del mismo modo que el horizonte nunca deja de aplazar u ocultar el Mundo.
Y sin embargo, en los momentos en que la Muerte se desprende del cuerpo, el Mundo, por el contrario, se alza, entero, tras el horizonte. Se levantan los límites sensoriales y prácticos, los del tacto, la vista, la legibilidad y la acción. Por supuesto, los antiguos navegantes, Piteas

de Marsella, Vasco de Gama, Jacques Cartier... hasta Mercator... ya habían contribuido a cartografiar un espacio descompuesto en regiones para la mayoría de la gente. Esta proporción se invirtió en cuanto casi todo el mundo tuvo acceso a las telecomunicaciones o cuando se generalizó el acceso a las fotografías tomadas por los cosmonautas: ahora podíamos ver nuestra nave espacial y hablar con ella a distancia. Existía.

El cuadro de Goya

Cuando Hegel relata la lucha entre el amo y el esclavo, el lector no puede dejar de observar que la escena en la que se produce el encuentro no tiene lugar. ¿Dónde la sitúa el filósofo? ¿En la pradera de un duelo? ¿En un ring de boxeo o de sumo? ¿En un suburbio? Dudamos incluso de que estemos hablando del escenario de un teatro, tanto es así que una Fenomenología se ocupa, al menos en principio, de las apariencias.

Goya, por el contrario, sitúa el encuentro en un escenario real; mientras que el narrador locuaz o el filósofo abstracto pueden prescindir de precisar el tiempo y el lugar, el pintor tiene que esbozar los alrededores de la batalla: esto sumerge a los púgiles en arenas movedizas donde sus piernas se hunden al golpear. Nada es más peligroso que estos charcos densos y pegajosos de brea y acero, que son más formidables para el cuerpo que las armas.

Cuando la SNCF construía los dos trenes de alta velocidad TGV entre Bruselas o Estrasburgo y París, los contratistas de Génie civil que cavaban las trincheras para los cimientos de las vías descubrieron varias toneladas de bombas sin explotar por kilómetro, que databan de la Primera Guerra Mundial, que nuestra arrogancia pretendía que era una guerra mundial, cuando al menos no afectaba ni de lejos a la mayoría de las naciones. Los ansiosos rastreadores avanzaban lentamente, protegidos por equipos especializados en la retirada de minas. Cuando navegamos por el Golfo de Vizcaya, evitamos grandes zonas infestadas de minas flotantes desde la Segunda Guerra Mundial. Hoy, no se puede visitar el templo de Angkor sin arriesgarse a que

exploten las mismas trampas personales a cada paso. ¿Sabíamos que luchando hacíamos daño al mundo? Estábamos imponiendo nuestro odio a su paz. Heridas y odio que de repente se vuelven contra nosotros.

Antaño, sólo los campesinos, a los que nunca se pedía su opinión, lloraban su siembra, su arado o su cosecha, tras el paso de los traidores que se perseguían a caballo, despreocupados de su devastación. Nunca he leído a historiadores describir con esmero el estado del campo dejado al día siguiente de las batallas: fascinados por quién gana, siguen los estandartes y la pompa del vencedor, cuentan los cadáveres del vencido, sin una mirada para los repugnantes montones de basura, miembros y escombros con los que Wellington, Blücher y Grouchy llenaron la llanura de Waterloo. ¿Ha vivido o escrito alguna vez un historiador campesino?

La narcótica pregunta de quién va a ganar oculta a menudo el hecho de que el entorno va a perder de todos modos, independientemente de lo que obtenga el ganador. En el caso del cuadro de Goya, ganan las arenas movedizas. Por primera vez, un sabio señala que la Tierra forma parte de la batalla y que puede ganar, perder o morir. En la obra de Goya, el lodo gana y los combatientes quedan empantanados. Empezamos a pensar un poco más allá: que la Tierra y el hombre pueden perder, los dos juntos, esta vieja y nueva guerra.

La mayoría de las teorías y acciones políticas giran en torno a un juego de dos: la lucha de clases, la lucha de castas, la lucha de partidos... la competición, las rivalidades nacionales... las guerras de toda la vida. Goya nos enseña que, a partir de ahora, tenemos que pensar en términos de un juego a tres bandas y vivir, actuar y organizarnos en consecuencia. Pero rápidamente cae en un juego a dos, donde los interlocutores cambian: no este o aquel Horacio, no esta o aquella nación, sino los hombres, juntos, pero la humanidad contra el Mundo.

Goya hoy

Pero no, no luchábamos directamente contra el Mundo, porque lo habíamos heredado por derecho divino: lo dice el Génesis. Plantas, animales, tierra, montañas y mares: esto es lo que Dios Creador da al Hombre, dueño y señor del Mundo, escenario pasivo y nutricio de nuestra competencia. Descartes promueve el mismo dominio, ya no por derecho divino, sino por derecho cuasi natural.

No veíamos que estuviéramos haciendo la guerra al Mundo; ni lucha, ni conflicto, sólo la santidad del trabajo. ¿Por qué, entonces, habría de regir nuestra violencia ninguna ley, puesto que no existía ninguna? Explotábamos recursos, no desahogábamos nada. No había adversario, ni compañero, ni nadie que se enfrentara a los hombres. Sólo había objetos, caza, fruta, pescado, mármol, carbón... arrojados allí para nosotros, súbditos. Nos encontramos sólo con hombres; para muchos, todavía hay sólo hombres. Aparte de ellos, cosas pasivas; dones gratuitos que se pueden explotar a voluntad. Los objetos del Mundo, algunos incluso los llaman no-humanos, privados de todo apelativo propio, pero referidos a los hombres, siempre ellos y nada más que ellos. El Mundo se reduce a lo que no somos nosotros; el complemento del conjunto sociopolítico; en definitiva, lo que nos es dado.

Amo, dueño, toma la tierra, el agua, los minerales, come lo vivo, caza, mata, corta y poda, mata, recolecta, mata, cría, mata. Ni siquiera matas. Tomas. Sin dar nada a cambio. Sin intercambio, sin equilibrio, sin justicia. Devuelves a otro, pero no devuelves nada al Mundo.

¿Quién nos lo ha dado? No tengo intención de reescribir *El parásito* o *El contrato natural*. Ya he descrito el camino que va del parasitismo a la simbiosis, el equivalente vivo del contrato legal.

Una vez aposté que nuestro combate mortal contra los microbios acabaría pronto en una costosa derrota. Con tres o cuatro mil millones de años de antigüedad, han sobrevivido a innumerables ataques mortales. Así que dudo que, por muy hábiles que seamos, por muy veloces que seamos, nuestro reciente advenimiento pueda resistir a sus interminables y rápidas estrategias de adaptación.

La lección: simbiosis y paz.

En nuestra guerra con el Mundo, saldremos aún menos victoriosos. De nuevo, porque tiene entre trece y quince mil millones de años, y por

tanto también ha sobrevivido, *a fortiori*, a catástrofes que no guardan ninguna relación con las que nosotros, recién llegados hace sólo unos millones de años, le estamos infligiendo. Porque entonces procedemos de él; una de sus ramas no mata a su tronco sin morir.
Segunda lección: simbiosis y paz.

La hominización y el fin de lo dado

Las prácticas simbióticas sólo llegan al hombrecillo, al depredador o parásito "natural", tras un aprendizaje, una especie de adiestramiento, una educación larga y sostenida. *El homo sapiens* también habrá tardado millones de años en salir de esta condición bestial o infantil que explota lo dado. Desde *Le Mal propre*, entiendo que Descartes, al pedirnos que nos convirtamos en poseedores de la naturaleza, prolonga el comportamiento animal. También me complace decir que una de las categorías habituales de nuestra filosofía, lo dado, no hace sino reproducir prácticas bestiales. Es más, está enraizada en un kerigma, la palabra divina, creadora, que da al Hombre las cosas del Mundo.
Sustituyo esta categoría por la pregunta: ¿qué estamos devolviendo al mundo por este supuesto regalo? Propone una simbiosis que anuncia una nueva etapa de hominización.

Hombre infinito, mundo finito

No teníamos conciencia del Mundo porque lo creíamos infinito. Vivíamos de él, pensábamos, sin pensar en ello, que era inagotable y que nunca nos faltaría. Dormíamos, confiados y a veces llenos, aunque a menudo famélicos, en la abertura sin borde y sin fondo de una cornucopia; en cuanto un sitio se vaciaba, corríamos, y seguimos corriendo, hacia otro, distinto o parecido, lleno.
A la inversa, lamentamos la finitud del Hombre. Y, sin embargo, define con precisión el Mundo. Grande, no inmenso; gigante, no inagotable; duro, pero frágil. Lloramos la debilidad del Hombre, que apenas concierne a la dureza de nuestras técnicas, mientras que define precisamente la limitada pasividad de los objetos. ¿Esta finitud

concierne a nuestros deseos, nuestros pensamientos, nuestros proyectos, todos ellos infinitos?
La filosofía invierte su antiguo equívoco. Pensábamos que éramos finitos en un mundo infinito, blando en un mundo duro. No. Duros en un mundo blando, descubrimos nuestros infinitos deseos, pensamientos, pasiones, invenciones, amores y crueldades... en un mundo limitado.
La comparación mide con precisión nuestros peligros. Mientras los seres vivos finitos caminen, coman, duerman, salten o se arrastren en un hábitat ilimitado, ¡podemos estar tranquilos! Alarma: infinitamente hambrientos, véanlos devorar manantiales insaciables.

Así que no sabíamos que estábamos librando una guerra contra el mundo. No sabíamos que la guerra mundial había empezado con nosotros, desde los inicios de nuestra tecnología; no nos dimos cuenta porque casi siempre perdíamos. Sólo ahora sabemos que nuestros antepasados más elevados ya estaban despoblando la Tierra. Permítanme empezar de nuevo: nos creíamos débiles, indefensos, mansos y finitos, perdedores. Hoy, por el contrario, reconocemos que estamos haciendo la guerra al mundo, porque ahora nos vemos como vencedores. Pero se trata de una victoria pírrica, de la derrota más peligrosa que hemos experimentado en el curso de nuestra hominización.

Del terrorismo a la guerra jurídica

Acabo de describir un rápido diagrama de nuestra violencia: primero, una era sin ley, que era extremadamente peligrosa -¿cómo pasamos el Diluvio? Luego vino la guerra, bajo el imperio de la ley; después la vuelta al crecimiento, la anarquía, el terrorismo, el riesgo de apocalipsis... Creo que nuestra relación con el mundo también comenzó con una especie de terrorismo, como arriba con la guerra de todos contra todos, con una violencia creciente e insaciable; con acciones sin ley: secuestro, piratería, robo, abuso. No hay adversario en el robo, ni enemigo en el asesinato, ni compañero en la violación: sólo pasividad despreciada, inexistencia. Debe haber ley para que

haya sujetos de derecho. Como la ley del Mundo no existía, y el Mundo mismo no existía, no podía convertirse en sujeto de derecho. En el Mundo sin ley, ni siquiera podemos nombrar el abuso, la violación o el bandidaje; no pueden aparecer como tales.

De ahí el clamor de los filósofos cuando, hace dos décadas, propuse que diéramos al Mundo el estatuto de sujeto de derecho. ¿Qué hay que dar a lo dado? ¿Cómo y por qué lo pasivo debe considerarse activo? ¿Ante qué tribunal debería citarse a este nuevo sujeto?

EL DERECHO ANTIGUO EN LA GUERRA MUNDIAL

He insistido mucho en la presencia y función de un tribunal para definir la guerra, y en su ausencia en el caso del terrorismo. ¿Tiene cabida -y dónde y cuándo- en el caso de la guerra que estamos librando contra el mundo?

En un primer sentido, banal, elemental, antiguamente cotidiano, este mundo o naturaleza reunía, en una sola idea amplia, todas las limitaciones y oportunidades encontradas en la vida diaria, en el exterior. Más tarde, se convirtieron en el conjunto de objetos que el conocimiento científico observa, examina, prueba y transforma mediante técnicas. Desde *Le Contrat naturel* y *Le Mal propre*, me propongo llevarlos a un tribunal como sujetos de derecho. Inauguro así una fisiopatología.

La Fontaine tuvo una vez una corazonada. Dos o tres veces en sus *Fábulas*, relató juicios o contratos, con la esperanza de poner fin a esta guerra.

Júpiter y el Metayer, Libro VI, Fábula 4

A los antiguos les gustaba distinguir entre lo que dependía de nosotros y lo que no. Toda la historia de la técnica y de la ciencia demuestra que esta división necesaria ha sido conquistada desde hace más de mil años. De ahí una especie de ley de los tres estados: pocas cosas dependían de nosotros y muchas no, incluidas las manifestaciones del Mundo; luego, convertidos en modernos, nos hicimos dueños y poseedores de la mayoría de esas cosas; finalmente, aquí estamos,

dependientes de las mismas cosas que ahora dependen de nosotros. Por ejemplo: primero fuimos sometidos a los lugares, de modo que no podíamos pasar por ellos con facilidad; fuimos atados, fijados al suelo, y luego quemamos mucha energía para esclavizar el espacio, antes de que las heridas infligidas por este fuego al Mundo nos llevaran finalmente a negociar con la naturaleza, estos actos: hoy necesitamos dominar el dominio.

Ni La Fontaine ni sus predecesores italianos del siglo XVI pudieron prever estos tres momentos, ahora tan claramente definidos, de nuestra historia, pero adivinaron una parte de ella. Ni el frío ni el calor, ni la sequía ni la humedad, ni el buen tiempo ni la brisa dependen de los campesinos. Afortunadamente: supongamos, en efecto, que un campesino pudiera negociar con el rey de los dioses el control del clima sobre su granja, y que decidiera un invierno lo bastante frío para destruir las alimañas, una primavera lluviosa para la germinación, un verano luminoso para que los frutos se volvieran dorados... Como dijo André Siegfried en 1955 a propósito de esta fábula: "El fabulista, por su parte, sólo muestra la ruina del campesino: tanto si quiere esto, este año, como lo contrario, el año que viene, nada en su granja da fruto ni madura, mientras que sus vecinos cosechan y venden en abundancia. Así que es mejor adaptarse a las temperaturas dadas que controlarlas en beneficio propio. Sin duda, lo dado fluctúa de maneras demasiado complejas para que podamos controlarlo fructíferamente. Con razón, la gente -que, por cierto, sabe más de preposiciones que los doctos- dice que es mejor "apañárselas".

Pero, ¿cómo? La notable puesta en escena de la fábula implica a Hermes, mensajero, corredor, subastador , luego una negociación que implica múltiples ofertas y regateos, pagos contra condiciones, y finalmente un primer contrato, de aparcería o arrendamiento, firmado entre Júpiter y el agricultor ante el mismo Mercurio, notario. La historia sigue la práctica jurídica, sobre todo porque al primer contrato, en el que sólo el agricultor decide el tiempo, sigue un segundo en el que prefiere adaptarse a lo dado. Creía haber inventado la idea de que la historia del clima debía formar parte de la historia del derecho, que las condiciones físicas debían desempeñar un papel

en el comportamiento institucional...

Porque la humanidad en su conjunto acaba de experimentar este fabuloso aparcero, porque ahora sabe, incluso sobre el clima, el precio del conocimiento y el coste del control que le sigue. Lo que la fábula llama Júpiter, ella lo llama naturaleza física o viviente. Del mismo modo que el campesino acaba firmando un nuevo contrato de arrendamiento con la Providencia, abandonado a su suerte por el clima, la humanidad firma hoy un contrato natural con el nuevo mundo globalizado, que habría complacido a La Fontaine.

En la primera fábula del mismo libro, un pastor, solo, negocia con el Rey León para proteger su propia vida y la de los animales de su rebaño; después, un viajero, también solo, lucha contra el Viento y se adapta al calor: Después, en la fábula que acabo de analizar, el campesino firma un acuerdo con el rey de los dioses sobre la estación y el año agrícola. Reconozco aquí el movimiento de globalización descrito, tres siglos más tarde, en *El contrato natural.*

El hombre y la serpiente, Libro X, Fábula 1 : doble parasitismo

El debate aquí entre el Hombre y la Serpiente se parece al que tuvo lugar entre el Lobo y el Cordero en el primer libro: la misma sentencia de muerte, planeada y ejecutada *sin más.*

Ahora llegamos a un tribunal completamente distinto, en el que las partes llaman a la Vaca, al Buey y al Árbol, plantas y bestias que acusan de perversidad al género humano, parásito universal: chupa la leche del primero, come la carne del segundo, se beneficia de su trabajo en el yugo, saborea los frutos del último, se refresca a su sombra, finalmente se calienta con leña picada... sin ninguna gratitud. Acertadamente llamado, este pervertido -es el Hombre- nunca invierte el flujo de beneficios que recibe, nunca devuelve lo que los vivos le dan. Piensa que no debe nada a nadie y que todo ha nacido para él, cuadrúpedos, personas y serpientes. Aquí no aprendemos nada, porque ya conocemos perfectamente los abusos del parásito. En comparación, el Lobo desempeña el papel de depredador en el juicio del Cordero.

Pero aprendamos una cosa más. La fábula dice la verdad sobre esta perversión, por supuesto, pero además extrae de ella una moraleja más que perversa, ya que utiliza animales, de los que dice que sólo desempeñan el papel de imágenes de la condición social comparada de los débiles y los grandes. Grita expresamente: así como el Hombre parasita a todos los seres vivos, los nobles explotan a los plebeyos. Como de costumbre, nuestro interés exclusivo es la política: todo es política, todo es política. Las bestias y las plantas, que estaban ahí sólo para la política, desaparecen como tales.

Aunque bestial, pero sólo recitada con fines sociales, la fábula parasita la imagen del universo donde el Hombre explota la totalidad de la flora y la fauna. La cultura, donde el hombre parasita al hombre, parasita a la naturaleza, que es parasitada por el hombre. En cuanto se trata de dirimir una disputa política o de alegar ante un tribunal, la cultura, una vez más, elimina a la naturaleza, sin más. Lejos de ser actores, los animales quedan reducidos al papel de símbolos, actuando como extras. ¿Es la fábula un género parasitario?

Sospecho de Esopo, de La Fontaine, de Pilpay y de los fabulistas de todo tipo, antiguos y modernos, sospecho de sus lectores y comentaristas, de los críticos de todo tipo... por no ver, por no observar, por no amar a los animales, las plantas o los paisajes; por haber culpado a la naturaleza de las perversiones de los seres humanos y de sus relaciones, los convierten en los chivos expiatorios generales del problema del Mal. En una época en la que Leibniz se preguntaba si Dios mismo es responsable, toda una tradición desde la noche de los tiempos sigue culpando a los animales y a las plantas, al menos tanto como a Dios o a nosotros.

De ahí mi vuelta a la fábula, *L'Homme et la Couleuvre*, X, 1. Su moraleja, que vuelve a citar a los "grandes", da armas a los críticos imbéciles que siempre reducen cualquier intención de un autor a la reivindicación social o a la guerra de clases. Sí, el fabulista debió de despotricar toda su vida contra la iniquidad que llevó a su amigo Fouquet a la cárcel de por vida. Sufrió por ello, entiendo; así que entiendo su razonable ataque a los nobles de este mundo. De acuerdo.

Pero para una vez que un autor expresa la nueva, sublime, extralucida

intuición del parasitismo humano sobre el conjunto de la naturaleza, la tierra, las bestias y las plantas -no amo, sino descornador; no poseedor, sino aprovechado-, mejor aún, para una vez que permite a los huéspedes de este perverso parásito defender su propia causa, esta derivación restrictiva hacia las relaciones sociales solamente suena tonta. Suena a sordera. Atrae a los ciegos. Diagnostiquemos el narcisismo colectivo en los humanos.

No, estamos hablando de un juicio completamente distinto, más amplio, más serio, grandioso, decisivo y contemporáneo: el de la relación del hombre con el mundo. ¿Qué mundo? No el mundano, el de los hombres y sus relaciones, sino el global, el de los seres, de los que, siendo sólo una pequeña parte, los humanos se creen los señores. De hecho, y desde este punto de vista, todos vivimos, manantes y nacidos, *Homines sapientes*, como los grandes de este Mundo.

De ahí el verdadero juicio ante el verdadero tribunal. Unas décadas antes de la teodicea, llega la antropodicea, o mejor aún, la biodicea o la fisiodicea. El hombre, que se cree dios, comparece ante un jurado improvisado por la Serpiente. La Vaca, el Buey y el Árbol testifican por la acusación. Las acusaciones son aplastantes: le damos todo al Hombre, dicen: carne, leche, trabajo, sombra y flores, fruta y madera; él nos lo quita todo, más nuestras vidas, sin darnos nada a cambio.

En toda justicia, y de hecho en todos los juicios, la decisión debe recaer en las bestias que suplican o en las plantas que se quejan. Así que el Hombre, que tenía a la serpiente en una bolsa, la estrelló contra la pared, matándola sin más. El hombre es un lobo para los lobos.

Legal, tal vez, ya que se debatió en los tribunales, pero inicua, esta decisión. Demuestra que aquí, la justicia realmente no pertenece al mundo de los hombres. Y, sin embargo, vemos esta decisión todos los días, en el matadero, en el ordeño, en la cosecha y ahora en la progresiva erradicación de especies. Alabamos con razón el trabajo realizado por quienes, la mayoría de las veces, explotan y matan.

¿Hemos oído alguna vez los alegatos que las propias bestias presentan aquí, ante un tribunal formidablemente arcaico, este agudo alegato procedente de las profundidades del espacio y del tiempo, de Europa y

de Asia, del *Panchatantra* indio y, sin duda, incluso antes de la escritura?
¿No se trata, de hecho, de un nuevo tribunal? ¿No estamos asistiendo al comienzo de una ley de la que pronto no podremos prescindir? ¿Una ley que establecerá las reglas de la guerra que libramos contra el mundo, que, a falta de tal ley y de tal tribunal, se reduce al terror? Una vez establecido tal derecho, ¿cómo pasar rápidamente al armisticio? ¿No sería mejor llamar terrorista a este pervertido que aplasta contra un muro a la bestia que acaba de decir la verdad?
A veces, negociaba con el trascendente Júpiter.

LA VERDAD ÚLTIMA DE LOS MITOS MENTIROSOS

Una vez superado el argumento jurídico, vuelvo al argumento religioso de los mitos, y por tanto a las imprecaciones de Camila y a la cólera del cielo que acaba con ellas en un diluvio de fuego. La mujer que va a morir a manos de la espada de su hermano comienza, precisamente, con el desencadenamiento de la violencia humana; el torrente de sus insultos brota finalmente hacia los dioses. ¿Por qué un llamamiento tan trascendente?

Metanómica y divinidades

Arrogantes de su novedad, las ciencias humanas no han pensado, que yo sepa, en dotarse de un nivel de reflexión externo y superior, del mismo modo que la física se dotó de una metafísica hace más de dos milenios. Habría sido mejor para las ciencias llamadas duras que hubiera aparecido esta nueva disciplina, dotada de conceptos abstractos no falsificables, y cuya fecundidad estéril borrara las figuras ridículas, mendaces y fabricadas de Zeus, Neptuno y Afrodita, falsos dioses de los que se reía el conocimiento objetivo, desde los presocráticos hasta Lucrecio.
Las ciencias sociales no imitaron a las ciencias físicas, por lo que nunca desarrollaron una *metanómica*. ¿Por qué? Porque no se pueden falsificar. Las ciencias duras, en cambio, necesitan una metafísica que no pueda falsarse. En ella buscan ir más allá de sus límites, encontrar

una libertad de pensamiento, un banco de datos, un complemento... una salvaguarda, tal vez, pero, ¿por qué no? el derecho a estar locas. Existe una fina equivalencia entre la falsabilidad del conocimiento y la existencia de una metaciencia no falsable que la primera promueve y necesita. En consecuencia, nadie pasa por alto esta disimetría entre las ciencias duras y las blandas.

Cristianismo

Según René Girard, el cristianismo desempeña precisamente el papel de esta metanómica ausente para las ciencias llamadas blandas. Al inventar lo falso en las culturas humanas, puesto que dice que los mitos mienten o hablan de dioses falsos, esta religión reintroduce la falsabilidad precisamente allí donde falta. Y estos mitos mienten, revela, para proteger al grupo que los inventa de una crisis en la que la violencia libre puede extenderse como la peste y crecer hasta el Diluvio, organizando ciegamente el asesinato de un presunto culpable, en realidad inocente. Una vez que esta revelación, primero judía y luego cristiana, ha desvelado esta mentira, ya no disponemos de las antiguas protecciones contra la violencia desenfrenada. De ahí la probabilidad redescubierta de un apocalipsis, anunciado, gritado, legible, de hecho, en los textos sagrados, y realizable, dicen algunos, hoy en día.

Falsable a su vez, este razonamiento se aplica a las relaciones humanas, y sólo a ellas, puesto que sólo concierne a las ciencias sociales. ¿Se aplica a nuestra relación con el Mundo, con lo que quiero decir no del lado de la metanómica, que está ausente, sino del lado de la física y la metafísica, que están presentes? Válido para la guerra entre los hombres, ¿podemos generalizarlo a la guerra con el Mundo? Cierto para nuestra violencia subjetiva y colectiva, relacional en cualquier caso, el cristianismo parece, de hecho, guardar silencio sobre la amenaza global, objetiva, de la que habla Camila, la antigua heroína, invocando la cólera del cielo y el desencadenamiento de los dioses al estilo romano; en resumen, sobre la violencia del Mundo... sobre Júpiter tronando y Neptuno, dios de las olas y los tsunamis...

que hoy nos preocupa, sobre la cólera del clima que creemos haber desencadenado. No de nuestros deseos, por supuesto, sino de nuestras empresas.

Ya en la Semana de la Creación, el dios de los judíos y los cristianos otorgó al Hombre un poder soberano sobre el mundo, su tierra, sus mares, sus aves, sus peces y sus seres vivos. No necesitábamos que Descartes nos enseñara cómo convertirnos en amos y poseedores de la naturaleza: ya reinábamos, ¡y por derecho divino! Un ateo diría que nos habíamos otorgado a nosotros mismos este derecho y este don divinos. El proyecto tuvo éxito. Poseíamos, dominábamos, gobernábamos, de modo que, como los tiranos, no teníamos conciencia del poder, oculto a nuestros ojos, de aquello sobre lo que gobernábamos. ¿Una nueva dialéctica del amo y el esclavo? Ahora el esclavo se rebela. Nunca lo habíamos visto, nunca habíamos oído hablar de él, y aquí está frente a nosotros, el Mundo como tal, formidable y enfurecido, hinchado de ira, y más poderoso, de hecho, que todos los enemigos de la Historia. ¿Se convertirá a su vez el antiguo esclavo en el amo del amo?

Mi paganismo

Tímidamente, seguro de la furia de mis contemporáneos -ya la he provocado contra *El Contrato* Natural-, me pregunto: ¿y si las religiones antiguas, y si los ritos primitivos, arcaicos, precristianos por decir lo menos... mentirosos, por cierto, cuando se trata de las relaciones entre los hombres... contuvieran retazos de verdad, no ya cuando se trata de las relaciones colectivas, sino cuando se trata del mundo tal como es y de las amenazas globales que plantea? A través de nuestros deseos, nuestros proyectos, incluso nuestros éxitos, nuestro control y nuestras posesiones... ¿qué ira celestial hemos desatado?

¿Y si el panteísmo y el paganismo... y el animismo, y el fetichismo... todas las religiones despreciadas por Occidente, muertas para siempre, desaparecidas de nuestros templos y de nuestras casas... ridículas, además, en cuanto la Ilustración nos ilumine... por ejemplo, los viejos

dioses del Olimpo, Júpiter y su rayo, Hefesto y su fragua volcánica, Neptuno y sus maremotos... todas las figuras falsas, desde que se quiera, para nuestra física, verdadera, engañosa, desde que se quiera, para las ciencias humanas, leales y críticas... pudieran aún ayudarnos en estos tiempos? todas las figuras falsas, durante el tiempo que queramos, para nuestra física, verdadera, engañosa, durante el tiempo que queramos, para las ciencias humanas, leales y críticas... ¿podrían aún ayudarnos en estos tiempos en que el Apocalipsis y el Naufragio se juntan, pudiendo el peligro de este último salvarnos, espero, de los riesgos del primero? ¿Y si estas religiones, perdidas para siempre, hubieran salvado de hecho dos veces a la humanidad contemporánea: por una primera mentira metanómica, la del linchamiento y el sacrificio; y por una verdad metafísica, la de los paradójicos falsos dioses, vanos fetiches de la cólera celeste?

Turnaround

¿Acaso una hamadríade, presente aunque transparente, no muestra alguna defensa eficaz en el momento en que algún bárbaro blande un hacha contra su árbol? ¿No respetamos más a una fuente cuando tememos a un tritón? ¿Acaso los dioses de Sagarmatha, más tarde rebautizado Everest, no salvaron esta montaña sagrada del diluvio de nuestras basuras y del saqueo de nuestros cables? Por falsas que las juzguemos, las deidades del Olimpo tuvieron al menos la virtud de preservar su cima de nuestras irrisorias victorias y nuestras sucias apropiaciones. Hemos perdido y olvidado estas figuras para siempre; obstaculizaban el progreso de nuestro esencial trabajo de limpieza del terreno. ¿Debo volver a llamarlas para que limiten nuestros inútiles y necios esfuerzos?

Por supuesto, los dioses momificados no resucitan tan fácilmente. A la ya utópica apuesta, en la que, más arriba, contrapongo el Naufragio al Apocalipsis, añado ahora una segunda utopía. Pero, insisto, si la historia ha progresado alguna vez, ¿no ha sido siempre a través de sueños de este tipo?

Una nueva religión fetiche

De hecho, ¿tememos la ira del Cielo? Sí, todos empezamos a temerla. Cambio repentino: no la temo tanto como la espero. ¡Sí, como Camille! Vuelvo a mi primera apuesta y grito: ¡que la cólera del Cielo, encendida por mis deseos, nos proteja al fin de nuestros vergonzosos conflictos!

Imprudentes, arrogantes de nuestros nuevos poderes, hemos despertado esta ira celestial, la hemos suscitado, sí, la hemos producido, modelado, fabricado con nuestras manos, con nuestro trabajo e intenciones, la hemos esculpido como un ídolo. La contaminación, el efecto invernadero, el cambio climático... ciertamente nos afectan como efectos externos, pero también los hemos provocado; sí, hablamos del Mundo, pero ciertamente los hemos producido. Ruego al lector que preste aquí mucha atención, porque estoy pasando de la primera utopía a la segunda.

Al tratarse de fuerzas promovidas, en parte, por nuestras propias manos, nos encontramos de nuevo, en efecto, en la misma situación que los paganos, como politeístas... celebrando ritos ante divinidades de madera, hierro o mármol. ¿Son estas antiguas religiones parcialmente verdaderas hoy en día? Nuestros antepasados eran muy conscientes de que ellos mismos esculpían esos ídolos, pero también eran muy conscientes de que representaban fuerzas sobre las que no tenían ningún control, relámpagos en manos de Júpiter, mares embravecidos o tsunamis bajo el tridente de Neptuno; veían esas imágenes con una doble existencia, humana y divina, como fetiches.

Un fetiche peligroso pero protector

¿No sabemos, de un modo extrañamente parecido, no sabemos también, digo, que aunque nuestras acciones desencadenan esas fuerzas naturales, su existencia y su poder no dependen enteramente de nosotros, aunque dependan en gran medida de nosotros? Así que aquí estamos, ante la misma doble existencia, ante una especie de *Gran Fetiche*, extrañamente parecido a los que adoraban nuestros antepasados: hechos por nosotros y reaccionando fuera de nosotros, igual que los suyos eran hechos por ellos y representaban fuerzas

exteriores a ellos. Aunque nunca podré demostrar la existencia de un Dios único, hoy estoy experimentando una prueba irrefutable, un hecho técnico, unas fuerzas racionales y calculables, unas decisiones prácticas incluso ante un riesgo peligroso... ¡Veo, digo, la formidable existencia de tal ídolo ante nosotros una vez más!

Este trueno de Zeus, este Hefesto ardiente, este Neptuno de altas olas que, fuera de la barra de los marineros, tuvo que reconocer a los suyos... estos fetiches aterradores, pero en parte creados por nuestras manos, dependen de nosotros, como inmanentes, y permanecen independientes de nosotros, como trascendentes. Es como si el Mundo, tal como lo descubrimos hoy, existiera al modo de los fetiches arcaicos.

Partiendo en dos el sistema de Auguste Comte, los positivistas de los dos últimos siglos conservaron su parte sobre la historia y la clasificación, pero excluyeron la religión de su fundador. Se burlan y se ríen de esta decadencia del sistema. Recuerdo de repente que Auguste Comte, al final de su vida, pedía que veneráramos la Tierra, bajo el nombre de *Gran Fetiche*. ¿Preveía él una época, aún no llegada cuando hablaba así, en que este apelativo estaría justificado por una razón positiva y práctica?

¿Sabes que rezo a este Gran Fetiche? Poderoso y temible, ¿puede él, desde la altura de sus rayos, de sus fuegos, de sus transgresiones marinas... desviarnos de nuestras locuras humanas, que se han vuelto ya, en sí mismas, apocalípticas? ¿Estas figuras medio verdaderas, medio falsas de la cólera del Mundo nos salvarán de la violencia perfectamente real de la humanidad?

Por supuesto, las religiones muertas no van a volver. No las resucitaremos, ni siquiera sobre las bases más concretas. Pero podría surgir una nueva cosmocracia. ¿Nos salvará de los conflictos bárbaros de la historia? ¿Nos salvará, por fin, de la erradicación apocalíptica? Ruego contra quien quiera impedirme creerlo.

La metafísica de las raíces

Así es como funciona. Una célula madre tiene la capacidad de

convertirse en una larga neurona, en una parte elástica de un músculo o en un glóbulo blanco o rojo. Se dice que es totipotente, es decir: potencialmente todas las demás. Esta característica se encuentra en otras partes: como equivalente general, también puedo decir dinero totipotente; puede convertirse, a voluntad, en un dios, una mesa o un cuenco. *Las x del* álgebra, las notas de la música, las letras de nuestros alfabetos, cuyas combinaciones dan acceso a tantos significados como se quiera, poseen todas la misma virtud: puedo decir cualquier cosa, cantar cualquier cosa, deducir cualquier cosa, intercambiar cualquier cosa, comprar o vender cualquier cosa. La vida es dura, y por eso mezcla con la materia las suaves capacidades de los signos pronunciados, cantados o contados de este modo. Al final, existe un mundo en el que barajar ciertas cartas permite que surja un número infinito de singularidades. Hablo extensamente de estas diversas mezclas de lo duro y lo blando en mi libro *Conversiones*.

¿Por qué la metafísica y la metanómica no deberían, a su vez, unirse a estos poderes, a estas capacidades codificables, a este mundo totipotente? ¿Por qué deberían permanecer rígidas y monovalentes en sus opciones fundamentales? El paso a la multivalencia garantizaría al menos la flexibilidad, la inteligencia, la comprensión y la tolerancia. *El Contrato Natural ha* sido calificado de animista. Eso es bueno. Este libro será despreciado como fetichista. Me alegro. Cuando hablo de ciencia, a veces sigo siendo, como todo el mundo, naturalista. ¡Ese es el espíritu! Y, con Leibniz, me decido por un pluralismo que en otros lugares se llama analogismo. Acepto la multivalencia de estas cuatro opciones. Sí, las apoyo todas.

La tradición odia lo que llama relativismo, desprecia lo que llama sincretismo. Yo no desprecio ni detesto nada que me permita pensar libremente. He descubierto y habito ahora un lugar, una especie de pivote convertible cuyos grados de libertad pueden girar a voluntad -convertirse- hacia opciones lo bastante diversas como para comprender varios universos.

Ésa es mi metafísica básica. *Conversiones*, el libro citado anteriormente, intenta explorar esa posibilidad.

Pero, ¿no se están convirtiendo en cierto modo las células madre en

metacélulas? Pero esta *x* de álgebra, estas letras o notas, este dinero mismo, ¿no deberían alojarse en el último piso, donde la metafísica ocupa su lugar sin pagar alquiler? Pues de dichos elementos, desde su altura, fluyen, como de un manantial o de un tocón, significados y lenguajes, canciones y músicas, deducciones y cuentas, intercambios comerciales... La metafísica no cumple en absoluto su función y no debería rondar este suntuoso lugar, siempre y cuando nos prohíba pensar en una equivalencia general de las opciones fundamentales. Ya que jugamos a lo no falsable, ¡manos a la obra!

Mi metafísica se volvería entonces totipotente, permitiéndome tomar decisiones desde lo alto a mi antojo.

Globalidad, propósito

Repitiendo a Hannah Arendt, a muchos les gusta decir que no hay más meta que el trabajo local, que cualquier proyecto, activo o serio, implica precisión y rigor, división, límites y, por tanto, restricción de horizontes y ceguera... finalmente, que una vez que las acciones humanas han alcanzado el nivel global, pierden su finalidad.

Acabamos de descubrir que debemos invertir este hecho evidente. En el mismo momento en que estamos construyendo lo que una vez llamé objetos-mundo, estamos poniendo en peligro nuestro planeta, al cambiar sus datos, su evolución, su clima, sus reservas, la diversidad de sus especies... Cuanto más generalizadas se vuelven nuestras acciones, cuanto más tienen por objeto el Mundo, más se aclara, por el contrario, su finalidad: tenemos el Mundo a la vista; lo tenemos como nuestro proyecto; aparece finalmente como nuestra condición inicial y nuestro fin asignado; nos hacemos responsables de él. Ayudamos a crearlo, a recrearlo. En la teoría, en la práctica, en la técnica y en la política, estamos descubriendo el creacionismo humano.

Pregunta: ¿qué queremos hacer con el mundo? ¿Qué tipo de mundo queremos? ¿Qué tipo de mundo debemos recrear? ¿Qué tipo de ser humano debemos formar para este mundo? Alcanzada en condiciones y acción, la globalidad busca su fin. Y lo encuentra en el Mundo.

Trabajo y vatrail

Estábamos trabajando. Mineros, leñadores, desbrozadores, perforadores de pozos petrolíferos, fundidores, albañiles... estaban trabajando. Alabábamos las transformaciones que se habían producido, su mérito y la virtud de los implicados. No se nos habría ocurrido dar a esta actividad humana la dimensión de piratería. El trabajo era lo único bueno y todo era bueno. Trascendía al hombre. Como castigo o como liberación.

Recuerdo los días en que, después de Hiroshima, tuve que pensar que la ciencia no era, como había aprendido en la escuela, todo bueno y sólo bueno; que debía estar respaldada por un código ético, por una reflexión ética, que no debíamos emprender cualquier cosa. Para ello, llegué a redactar un juramento de los científicos, inspirado en el de los médicos de Hipócrates.

Nos enfrentamos al mismo plazo en lo que respecta al trabajo. Gran parte de esta actividad debe cesar, salvo graves daños al medio ambiente. Propongo incluso, invirtiendo jocosamente la propia palabra, inventar un *vatrail* cuyas transformaciones reparen los estragos causados por el trabajo presente y pasado. ¡Pongamos en marcha cuanto antes empresas públicas de vatrail!

Interludio: un breve capítulo sobre ética

Violencia: si no doy este golpe, inevitablemente otro lo dará. Ciencia: si no emprendo esta investigación, otro lo hará inevitablemente. Mundo: si no exploto este recurso, otro lo hará inevitablemente. De este modo, una ley de crecimiento mimético violento se propaga por mimetismo.

Moral paralela: ¿robo, violo o mato porque tal o cual inevitablemente roba, viola o mata? No dejo basura en la calle con el vano pretexto de que mi vecino la tira por la ventana. Pero, se dirá, corro el riesgo de morir si no mato; corro el riesgo de perder si no emprendo.

La moralidad consiste en asumir ese riesgo. Resistirse al mimetismo, a la pulsión social, colectiva, narcótica, vertiginosa de la pérdida y de la muerte. Evaluar la pérdida de los que ganan matando, de los que ganan violando, de los que ganan robando, destruyendo, afeando...

¿Qué gana, por ejemplo, el director de una cadena de televisión que prohíbe a sus hijas e hijos ver los programas que produce y organiza, sabiendo perfectamente que devastan a los niños? ¿No pierde su autoestima? ¿Quiere ganar el universo y perder su alma?

Esta moral, en cambio, se dirige a la persona, al individuo, a cada *ego*. Ganaremos el universo uno a uno. A mi pequeña manera, localmente, *estoy* contribuyendo a reducir el diluvio universal. Este *ego* no se refiere al autor de este libro, que a menudo ha proclamado su aversión a los consejos, por lo que no se los da a nadie, y no tiene tendencia a ponerse a sí mismo como modelo. No, se trata del individualismo tal como está surgiendo y tal como lo vivimos hoy. Estos *yoes* marginales, monádicos, dispersos, distribuidos, se conectan ahora y forman poco a poco un nuevo *nosotros*: lo conectivo sustituye a lo colectivo. Este *nosotros* acabará por desinflar los viejos globos gigantes y crueles.

Volver al Derecho: piratería y guerra legal

En el inicio de un posible Derecho del Mundo, el Contrato Natural pretendía transformar la piratería común de la explotación en una guerra consciente, para que pudiera concebirse la paz. No era un tratado definitivo, sino una condición inicial.

Hoy me llama la atención el paralelismo con la guerra, tal como acabo de describirla. Comenzó sólo con la ley, para evitar un crecimiento diluviano de la violencia. Vivimos exactamente este momento en nuestras relaciones con el Mundo. El crecimiento empresarial, financiero, económico, laboral o basado en la explotación, que a veces pensamos que puede remediar nuestros males pero que, como sabemos, está ligado a gigantescos desaguisados, guarda un parecido asombroso con los diluvios de los que nos libera este libro.

En nuestra relación con el Mundo, este Contrato Natural puede, por tanto, desempeñar el mismo papel que el descubrimiento, hace mil años, de un derecho capaz de frenar el crecimiento de la violencia y transformar el terrorismo de la guerra de todos contra todos en conflictos declarados, finitos y limitados.

Ahora soy consciente de un efecto adicional, decisivo y positivo.

Crímenes contra la humanidad, crímenes contra el mundo

En una página anterior, distinguí entre los hombres y las mujeres que viven en la proximidad de la Muerte y los que son lo bastante felices como para no sentirla. A diferencia de nuestros antepasados e incluso de nuestros padres, que no la sentían, ahora vivimos en la proximidad del Mundo. Incluso sobrevivimos a la proximidad de la muerte del Mundo. Se nos revela como la muerte.

Nuestra legislación reconoce el concepto de crímenes contra la humanidad. Espero incluso que toda guerra y todo terrorismo se nos aparezcan algún día de este modo, como acciones inhumanas. También me gustaría que hoy consagrásemos en la ley la noción de crimen contra el mundo.

Existen tribunales de derecho internacional que pueden conocer de casos de violencia ilegal o incluso injustificada. Pero siguen limitándose a las relaciones entre seres humanos. También me gustaría que se crearan tribunales que se ocuparan de los crímenes contra el mundo. Nuestras filosofías, nuestra literatura y nuestra cultura en general siempre dan prioridad a las personas. No las repudio por lo que dicen, sino por lo que no mencionan. Acosmistas, olvidan este mismo mundo que ahora se revela en su frágil totalidad. He pasado parte de mi vida intentando reintroducirlo en nuestros pensamientos, nuestros proyectos, nuestro comportamiento, nuestra prudencia... sí, en nuestra visión del Mundo.

Hemos perdido la Muerte, hemos ganado el Mundo. Antes me preocupaba no poder definir al Hombre sin la Muerte. Definámoslo ahora con el Mundo. Aún no existía el ser-en-el-mundo, porque no existía el mundo.

Al mismo tiempo que el Mundo, el hombre emerge como simbionte, conviviendo con él. Pero, con razón, hoy corremos el riesgo de experimentar la muerte del Mundo. Este riesgo mayor de la muerte del Mundo nos librará, creo, de la muerte que los hombres se dan unos a otros. Repito mi apuesta, repito mi utopía.

Oh vosotros, jóvenes, que os quitáis la Muerte de encima y vivís de la Vida, ¿podéis aún dejar la nueva mochila de la muerte del Mundo?

Un efecto positivo adicional

Definiendo la guerra contra el mundo y, a cambio, dándonos cuenta de que antes de llegar a esta definición estábamos realizando actos de pura piratería contra él, estas dos conciencias arrojan una poderosa luz sobre nuestras propias relaciones.

Sí, vivimos una época de apocalipsis, ya que hemos perdido la ley que presidía nuestras guerras limitadas durante milenios. Sí, con el terrorismo, sobre todo el de los Estados y las naciones, corremos el riesgo de volver a la vieja guerra de todos contra todos, al crecimiento diluviano incontrolado. Sí, todo esto sigue siendo cierto si sólo hay seres humanos y si no hay mundo. Todo esto sigue siendo cierto para la filosofía, la política y las instituciones obsoletas. Todo esto sigue siendo cierto para el acosmismo de casi todo el mundo.

Y, sin embargo, en la realidad actual, se alza ante nosotros un socio gigantesco, más fuerte que cualquiera de los enemigos que hemos encontrado en la prehistoria y en la historia. El mundo está en peligro de muerte. Tenemos que elegir entre él y una cosmocracia. Tenemos que elegir entre el gobierno de los hombres por los hombres, en la antigua ausencia de mundo, y el gobierno de los hombres por el Mundo. Una revolución al estilo ptolemaico: los sujetos giran en torno al objeto; los hombres giran en torno al Mundo. Habitan en él, viven con él y son gobernados por él.

Hemos pasado por tres estados: éramos seres-en-la-Muerte; nos convertimos en seres-en-el-Mundo; aquí estamos, nuevos seres-en-la-Muerte-del-Mundo. Ella se levanta ante nosotros.

Frente a nosotros, ¿qué significa eso? ¿Nosotros, familia? ¿Nosotros, política? ¿Nosotros, sociedad? ¿Nosotros, asociaciones locales? No, nosotros, habitantes del planeta; nosotros, marineros de esta nave; nosotros, cosmonautas de esta estrella azul. Nosotros, la humanidad. Los nuevos seres-en-el-mundo sólo tenemos un Mundo. Tan único para nosotros como la vida lo es para cada uno de nosotros. Si lo perdemos,

nos perdemos juntos. Haciendo obsoletas las antiguas guerras, incluso el apocalipsis, el riesgo final del Mundo reúne a la humanidad, formada por seres-en-el-Mundo.
Llamada de alarma: ¡a los puestos de evacuación! No, no hay ballenera para escapar del naufragio. A aquellas llamadas de tiempos históricos pasados, cuando disfrutábamos matando a nuestros semejantes, ahora llega el grito: terrícolas de todos los países, uníos para salvar el Mundo.
Esta unión ya acecha a la gente.

Después del derecho viene la política. Nuestra siguiente pregunta es cómo organizar nuestra cosmocracia.

Antiguo juego de dos personas y nuevo juego de tres personas

La guerra, el terrorismo, pero también la estrategia, la competición, la negociación, la rivalidad, la administración, las ciencias sociales, la política... era, y sigue siendo para nosotros, un juego entre dos: humanos contra humanos desiguales, amos y esclavos, lucha de clases, izquierda contra derecha, Norte contra Sur, ricos y pobres, individualismo neoliberal o colectivismo socialista... ¿Existe alguna teoría, filosofía o práctica política de la que no pueda decirse que se reduce a este juego entre dos? Los seres humanos se mantienen a sí mismos, como en las ciudades que dan nombre a la política.
Crueles o pacíficos, asesinatos o diálogos, duros o blandos, estos juegos para dos parecen sobrevivir porque su inercia perdura o, mejor aún, porque organizan un espectáculo mundial permanente que mantiene en vilo a las masas alucinadas. Este libro y nuestra cobertura mediática diaria demuestran que cualquier juego para dos se convierte rápidamente en una representación, sobre todo si hay riesgo de muerte. Insignificante, ilusoria, morbosamente repetitiva, peligrosa por ciega, esta escena está, de hecho, llegando hoy a su fin; sigue brillando con todo su engañoso fulgor, pero, de hecho, agoniza.
¿Qué está en juego en su lugar? Pasivos, sufrimos; activos, jugamos -siempre hemos jugado sin razón ni conciencia- a un juego a tres

bandas: los humanos y el Mundo. ¿Sabíamos que vivíamos en el Mundo y del Mundo? Pues no. Ni la filosofía ni la ciencia política parecen tenerlo en cuenta.

Vivimos en él y no podemos sobrevivir sin él. En el pasado, y todavía en el futuro, los dos bandos jugaban a ver quién se beneficiaba de la explotación del Mundo, y aunque ciertamente se oponían el uno al otro, sus juegos de oposición les enfrentaban al Mundo. Estos juegos a dos, en los que la rivalidad, aunque violenta, a menudo sólo sueña con dulces ideales, estos juegos a dos, digo yo, se vuelven destructivos en cuanto olvidamos, ignoramos o descuidamos al tercer jugador, que nos revela la dura realidad de las cosas mismas. En realidad, jugamos con tres jugadores y siempre lo hemos hecho: por un lado, los humanos, a menudo divididos en dos bandos, pero todos unidos de hecho contra el planeta, también dividido en los elementos de Agua, Aire, Tierra, Fuego y Seres Vivos.

Tan antiguo como el hábitat humano, tan largo como el paciente trabajo de hominización, ahora exasperado pero aún nunca jugado de forma razonable y consciente, *este juego a tres pone fin a un fragmento obsoleto de nuestra historia y pone en marcha otro tiempo.* Moriríamos, hoy, por no cambiar ni el tiempo ni el juego.

¿Seguirá siendo cierto que no hay mercado, liberal, colectivo, socialista, humano, en definitiva, si no muere el Mundo? ¿Que sólo hay dos, juntos, si muere un tercero? Olvidada, esta tercera víctima objetiva se despierta y nos amenaza.

¿Quién, a partir de ahora, en el nuevo juego, ocupará este tercer lugar, quién lo salvará? ¿Quién protegerá e inventará este tercer objeto? ¿Cómo debemos legislar, cómo debemos actuar, a raíz de este nuevo juego y del estatus de sus jugadores? ¿Qué tipo de política hay que promover o, mejor dicho, qué tipo de cosmopolítica hay que establecer? Nuestra nueva era depende de las respuestas a estas preguntas. ¿Quién tendrá hoy el derecho de hablar en nombre del Mundo? ¿Quién enunciará un tercer verbo objetivo? ¿Quién se atreverá a convertirlo en sujeto hablante? Éstas son, una vez más, las próximas preguntas.

Historia

Intento enderezar el gran relato de este pasado olvidado. Y sueño con que el mecanismo del chivo expiatorio, tal como lo analizó René Girard, vaya más allá de los seres humanos y alcance al Mundo tal como es, que ocupa un tercer lugar en el nuevo juego. Para preparar el nuevo juego, cuento la vieja historia.

He aquí. Frío y hielo, tormentas, sequías, calor, truenos, terremotos... nunca hemos dejado de temer al Mundo y su invencible dureza; lleno de animales feroces, bestias dañinas, plantas venenosas, denso de miasmas.... le culpábamos de nuestros males, accidentes y enfermedades, y de nuestras hambrunas cuando nos quedábamos sin lluvia... Arrojados a él y enfrentados a él, mortal, fuerte e infinito, vivíamos, dependientes de él, mortales, débiles y finitos. Éste es el enemigo. Nuestras prácticas y nuestros conocimientos invierten en él y lo atacan.

Comienza la guerra mundial. Poco a poco, forjamos herramientas duras o trampas sutiles, técnicas y ciencias duras, para, juntos, esclavizar la dureza del Mundo. Armados cada vez con más y mejores armas, intentamos derrotar a este conquistador de nuestras fragilidades, hacernos sus amos y poseedores... Podemos contar las batallas libradas, perdidas o ganadas en esta guerra que duró un millón de años.

Al final, y sólo recientemente, al menos en esta escala temporal, casi conseguimos que todo lo que no dependía de nosotros acabe dependiendo de nosotros, incluso los elementos, el agua, el aire, la tierra y los fuegos de la energía, incluso el clima... incluso la vida, el nacimiento y el dolor... El mar se muere, el agua potable y las fuentes de energía escasean, el aire se hace irrespirable, las especies desaparecen... Acabamos dependiendo de lo que, hace poco, había acabado dependiendo de nosotros.

Esta larga narración no cuenta la matanza de una víctima humana, como hacían antiguamente los mitos, ritos y sacrificios, pero describe, de forma curiosamente paralela, nuestro trato con el Mundo o nuestro hábitat. Ahora bien, la otra historia, en la que me baso, cuenta cómo, en ciertas bifurcaciones de los sacrificios antiguos, la víctima humana se convertía en un animal: carnero, toro, cerdo, chivo expiatorio. En el

sacrificio que acabo de describir, la víctima se vuelve inerte, material, elemental, global. El sujeto se convierte en animal, y aquí se convierte en objeto. Esto es lo que quería demostrar.

Ahora que nos hemos hecho fuertes, y estamos en vísperas de una victoria pírrica, convertimos al Mundo, el vencedor-víctima transhistórico, en una deidad débil, inocente y temible: el dios de nuestras ecologías, al que yo llamo el Gran Fetiche. Todo el mecanismo del victimismo se despliega ante nuestros ojos a lo largo de la hominización, hasta el más mínimo detalle de su final. Hoy vivimos su fin, su inversión, su apoteosis en sentido literal: *natura homini lupa; natura homini dea*. Muerte a la peligrosa loba; protejamos a la diosa tutelar.

El mundo objetivo pasa por las mismas etapas que la víctima subjetiva: enemigo poderoso, acusado, blanco de una violencia indiscriminada, luego casi ajusticiado, finalmente divinizado. El objeto se convierte en sujeto.

Este tipo de metamorfosis se logra sin duda en esta historia, pero, mejor aún, aprendemos a abandonar tales representaciones para hacer aflorar, no a un enemigo, no a una víctima, no a una divinidad, sino consciente, positiva, razonablemente... a un compañero. El trío emerge por fin de la noche del limbo mítico. Mientras el juego de dos jugadores le daba la espalda, este compañero permanecía en la oscuridad de la inconsciencia y la angustia: el mundo asqueroso.

Del mismo modo que los mitos antiguos y su crítica judeocristiana cubren con su relato nuestra historia, y a menudo le dan una explicación, la Gran Narrativa que he seguido en mis libros anteriores, y en particular el fragmento que acabo de citar de ella, el fragmento práctico, técnico y científico de nuestra hominización en el hábitat del Mundo, prolonga lo antiguo, toma el relevo, da sentido a nuestro tiempo y permitirá sin duda a la humanidad inventar nuevas formas, políticas, de vivir juntos. A partir de hoy, nuestro proyecto es enderezar el camino que hasta ahora nos ha llevado en la dirección equivocada.

Mediante esta rectificación de la narrativa paralela y del juego de dos en un juego de tres, pasamos de las ciencias blandas, exclusivamente

humanas o sociales, y de lo que he llamado su metanómica, a las ciencias duras, físicas, técnicas y su metafísica. La nueva política deriva de la síntesis entre la formación de nuestros grupos, el establecimiento de nuestro hábitat, el estatuto de nuestros conocimientos y el destino de nuestra hominización.

Le Tiers-Instruit ya anunciaba esta síntesis: no practicaremos la nueva política sin esta tercera instrucción. Dando al objeto-Mundo el estatuto de sujeto de derecho, *El Contrato Natural* había mostrado anteriormente, desde el punto de vista jurídico, una metamorfosis y un proceso análogos.

Estamos cambiando el juego.

Unas palabras finales. Esta larga narración, aunque brevemente enunciada, enlaza y mezcla mil afluentes o componentes: prácticas, caza y pesca, labranza y pastoreo, mitos y religiones, industria, ciencia y tecnología, economía, derecho y política... Si esta confluencia, difícil de gestionar, nunca ha dejado de acompañarnos, hoy nos debatimos en ella y ante ella, con una aguda conciencia de su totalidad. Sabemos calcular algunas de sus integrales inmediatas o parciales, y podemos desplegar su flujo sobre la duración de la Gran Narrativa.

Seguimos vadeando esta mezcla global, ciegos y pasivos, aunque la estamos amasando activamente. La llamo *convertible*, porque no sé qué futuros imprevisibles surgirán de su maleabilidad.

Dije dos crecimientos, uno duro, el otro blando. Matar acumula cadáveres; eso es el Diluvio. ¿Duro?

Más duro que duro. Ya en 1962, un informe de la OMS contabilizaba el número de muertos por encima de la línea de bajamar: desde tres milenios antes de Cristo, la humanidad flota sobre tres mil ochocientos millones de muertos, amontonados en los campos de batalla de lo que orgullosamente llamamos nuestra historia. En la actualidad, hay seis mil quinientos millones de seres humanos vivos: más de la mitad de esta cifra ha tomado las armas en combate a lo largo de la historia. Nos va mejor que a las ratas.

Semejante avalancha de cadáveres es aterradora. Construyamos un arca sobre este espantoso crecimiento de cadáveres. ¿Qué ponemos dentro?

Segundo crecimiento, suave: universales concretos

Casi todas a corto plazo a causa de la bolsa, las elecciones y el espectáculo, diez decisiones económicas o políticas de hoy, a menudo irrisorias, a veces peligrosas, siempre parciales y unilaterales, resultan incoherentes.

A nosotros, los hijos de la Gran Narrativa, nos preocupan las urgencias globales, gigantescas y acuciantes, porque ahora sólo nos preocupa el largo plazo. Sabemos calcular balances, inventarios precisos y honestos, sumas o integraciones, cuentas sumarias que caracterizan nuestro tiempo. Ahora que podemos, probablemente por primera vez en la historia, permitirnos tales integraciones, no nos cabe duda de que estamos construyendo un arca. Desbordante de cifras, este nuevo conocimiento de los componentes del conjunto del mundo es casi paralelo al diluvio de cadáveres y muertos.

En pocas palabras cuántos seres humanos habrá mañana en el planeta, por nacimientos y muertes; cuántos miles de millones de años nos separan de la aparición de la Tierra y su desaparición bajo el fuego de

la nova solar; cuánta tierra es cultivable hoy; cuántas especies desaparecieron durante las cinco grandes erradicaciones del pasado geofísico y cuántas desaparecen cada día; cuántos peces quedan en los océanos; cuántos metros cúbicos de agua hay disponibles aquí y allá, y en total ; cuántos enfermos dependen de tal o cual enfermedad; cuánto se gasta per cápita en energía, alimentos o medicinas; cuántos kilómetros cuadrados de hielo marino se han derretido; desde hace cuántos milenios cambia el clima, y cómo; qué combustibles fósiles quedan aún en reserva; cuántos miles de millones de seres humanos padecen hambre y sed; cuál es la esperanza de vida de hombres y mujeres, aquí y en otros lugares, ayer, hoy y mañana; cuántas especies vivas, florales, animales, unicelulares, etc., son aún desconocidas; cuántas personas acaparan los recursos del planeta. ¿Cuántas personas acaparan la mayor parte de la riqueza disponible?

Existen ahora densos bancos de datos globales, dotados, además, de tal potencia informática que podemos, a nuestro antojo, procesar estos signos, números o códigos, recibirlos, transmitirlos, manipularlos, representarlos, crear a partir de ellos escenarios más o menos probables... Lector, tú, tú como individuo, aquí y ahora, tienes estos datos a tu disposición, como yo y como mil otros. Acertadamente llamado, el ordenador, a través de sus cuentas y su memoria, nos da acceso a lo que voy a llamar universales concretos. Lo real se encuentra en el horizonte de estas globalidades.

Cada vez son más los individuos, grupos, expertos, activistas... que pueden pensar en este gran tipo de operación o adición global que caracteriza nuestro tiempo y que ninguna época de la historia ha visto. En efecto, no recuerdo un sacerdote, un estadista, un científico, ni siquiera un filósofo, que haya intentado, y *menos aún* logrado, resumir concretamente todas las cosas. Antes de nuestra generación, la historia concebía el espacio como un conjunto de regiones, el todo como un conjunto de partes, el mundo como un juego entre naciones. En lugar de considerar el todo, clasificaba, distribuía y contrastaba... lo esencial seguía siendo la parte. La parte, lo parcial, lo unilateral, de ahí la guerra por oposición. Vivíamos en subconjuntos, pensábamos en fragmentos y relaciones, acaparábamos sólo nuestras posesiones,

contábamos sólo a nuestros compañeros y a nuestros hijos. Hasta hace poco, incluso para un geógrafo formado para describir el planeta, un balance global del agua o del aire, del fuego o de las especies... carecía de sentido urgente y permanecía inaccesible. En su búsqueda del sentido de la Historia, algunos sólo eran capaces de abarcar un breve periodo de tiempo, mientras que otros desesperaban de poder reunir alguna vez todos sus conocimientos. Enciclopedias y filosofías de la historia son todo lo que la tradición puede ofrecer en forma de sumas. Meditaban sobre totalidades abstractas; ésas, de hecho, no tienen cincuenta años. Cuando pensamos en lo universal, nos refugiamos en lo formal, dotado de altas mayúsculas: el Hombre, el Mundo...

Hoy tenemos acceso a universales concretos: menos $_{H2O}$ que toda el agua en reserva y en circulación, los témpanos de hielo, los océanos, las precipitaciones y la escorrentía; menos aire que la atmósfera en su función, composición y probable evolución; menos el suelo que la suma y el futuro de nuestro planeta Tierra; menos el fuego que nuestras reservas energéticas y los basureros de su degradación; menos la vida que la diversidad de las especies; menos el Hombre que su paleoantropología y la suma de sus culturas y actividades; menos nuestra pequeña historia que la Gran Narrativa... En otras palabras, la suma total de la realidad.

Me gusta emplear aquí la palabra "concreto", porque la raíz de esta palabra, admirablemente expresiva, dice precisamente lo que crece junto o en común, lo que crece por acreción. El tic cotidiano del periodista consiste en exigir que la persona a la que entrevista le dé algo concreto; mediante esta pregunta, repetida hasta el vómito, espera que le dé un ejemplo particular, parcial o sesgado; de este modo, cree hacer publicidad de su propio realismo; por el contrario, es un idealista, en el sentido que he definido más arriba. Lo parcial vuelve bruscamente al pasado, anticuado, obsoleto, a lo abstracto formal, desagradable y belicoso. Induce a la batalla y empuja a la confrontación, que es lo que pretenden las interrogaciones del espectáculo.

No y no: el hormigón (*cum-crescere*) designa el crecimiento de todas las partes hacia un todo sólido, como aglomerado. Lo concreto crece y

se aglutina en todos los cálculos que acabo de mencionar. A cada paso, nos muestran el todo, tienden y se mueven hacia el todo, que es más real que todas las parcialidades del pasado, que hoy parecen abstractas y queridas, desde ahora, por los idealistas del lamento, además de caras de pagar, en guerras y muertes. Sí, y sí, cuanto más cuentas más te acercas a lo concreto. ¿Y qué es lo concreto? Idénticamente, la totalidad: del Mundo, de la humanidad, del Universo y del Tiempo.

Mejor aún, ahora todo el mundo tiene acceso a estas cuentas totales y reales, a esta visión global. En referencia a la palabra griega *pan*, utilizada una y otra vez en términos de totalidad, llamo pántica a esta tecnología de sumas globales. No sólo que todo el mundo tiene acceso a toda la información posible, sino que todo el mundo tiene acceso, de hecho, a estas sumas relativas a la totalidad. Mi nombre es Noé, el tuyo es Noé, el nuestro es Noé: al tener libre acceso al informe antes citado, acabamos de conocer, gracias a la OMS, la magnitud del Diluvio: más de tres mil millones de muertos. Noé sólo había reclutado un remanente; nosotros lo estamos reclutando todo.

Ahora que todo el mundo puede conocer esta suma y las demás, asistimos a la emergencia de una nueva democracia, la democracia de los datos, la democracia de las totalidades. Poco a poco y uno a uno, la humanidad va accediendo al conocimiento de la humanidad, de su espacio habitable, de su vida posible y del marco temporal de su Gran Narrativa. Puesto que esta democracia se desprende de estos cálculos y puede controlarlos, nace como sujeto, como producción activa de estas síntesis, pero también como su resultado, nace como objeto. La humanidad se convierte en sujeto de su mundo y en objeto del mismo. Este nuevo orden cognitivo está destinado a dar lugar a una nueva cultura y a nuevas políticas. El individuo y la humanidad tienden a sustituir a la ciudadanía.

Como resultado, y a través de imágenes, Noé el Patriarca o Deucalión con Pirra la Pelirroja ya no embarcan solos en el Arca, sino que todos les acompañan. Todos: no sólo uno y una por especie, sino toda la especie y cada especie. Suave, el Arca crece y puede alcanzar el

volumen del Diluvio, duro. Frente al viejo crecimiento de los muertos, debido a las guerras engendradas por la vieja concreción parcial y sus viejas divisiones celosas, he aquí el nuevo crecimiento, la aglomeración de datos hacia la suma de sumas, hacia el universo. ¿Quién pretendería luchar contra el universo?

¿Qué arca sobre qué aguas?

Volvamos a dibujar las figuras. El Diluvio muestra la violencia cuya marea creciente afecta a la humanidad desde la fundación del mundo; amenaza a la humanidad, como siempre, y mejor que nunca, porque aparece en el horizonte. El Arca, en cambio, está cambiando. Subrayo y repito que, antes de nosotros, sólo contenía un resto: una familia para los humanos, un solo ejemplar para cada especie, como en el Museo y el Jardin des Plantes. Esta noción de remanente se cierne sobre la Biblia, por ejemplo, como fuente de angustia.

A partir de ahora, nos embarcamos en sumas: sumando la suma de universales concretos, nuestra arca se vuelve equipotente con el Mundo, al menos virtualmente. Ahora estamos a bordo del Mundo, con el Mundo, en el Mundo. Flotando en una inundación global que estamos ayudando a crear, la humanidad navega a bordo de un arca global que estamos construyendo en tiempo real, cognitivamente. Este poder cognitivo cambiará la conciencia. Por fin en casa a bordo del Mundo, la humanidad flota sobre relaciones humanas que a menudo carecen de sentido. ¿Hará la nueva arca que esta vieja inundación quede obsoleta?

En otras palabras, sólo puedo conocer la naturaleza del Diluvio a través de la información global que constituye el Arca. Al absorberla, ¿puede secar las aguas?

Pánico

La ruptura que en otro lugar he llamado hominescencia incluye también el acceso repentino a estas totalidades contadas o realizadas, o la urgencia de evaluarlas. Como no estábamos acostumbrados a pensar en el todo de este modo, nos asusta la brutalidad de esta

apertura al pánico. En la Antigüedad, el dios Pan llevaba el miedo y la totalidad a todas partes. ¿Tenemos pánico a dejar de luchar por razones parciales? ¿Tenemos miedo de dejar atrás todo el terror? ¿Las ansiedades engendradas por este nuevo estado de cosas provienen del renacimiento del gran Pan, que murió, como sabemos, al principio de nuestra era? ¿Un nuevo pánico ante la emergencia de las totalidades?

Este nuevo conocimiento del todo, esta pantología, esta práctica reciente de la omnitud, está surgiendo ahora por todas partes, en las cabezas de la gente y en sus sabias acciones, y pronto debería convertirse en el centro de una nueva política, todavía en manos de los locos de lo parcial, los idealistas de lo parcial, de lo parcial, de la salvaguarda de antiguas mazmorras almenadas, en definitiva de la guerra, dentro de la ley, y del terrorismo, para los sin ley. Los llamo idealistas por esta inversión: antes se utilizaba este apodo para burlarse de los que soñaban con totalidades con mayúsculas; ahora reservamos este nombre para los viejos que sólo sueñan con volver a parcialidades caducas. Nunca se ha hecho la guerra, y sólo se volverá a hacer... para aferrarse a parcialidades cerradas, selladas por fronteras o tabiques. En lugar de lo parcial, ahora tenemos lo individual, lo único y el Mundo.

La política ordinaria se cierra hoy a causa de este inventario. Parcial e irrisorio, el corto plazo nos expone al gran peligro de no ver el conjunto. A la inversa, pronto tendremos que organizarnos en torno a este cálculo integral que las ciencias físicas y humanas están haciendo aquí y allá, y que la intuición de todos capta. Sin embargo, nuestras tradiciones, uñas y picos, se oponen a este censo; seguimos pensando y actuando según las divisiones heredadas de la hominización y labradas por la Historia: las distintas barreras de tribus, lenguas, religiones, naciones y culturas, cuyas características e intereses siguen siendo, como mínimo, dispares y, como máximo, opuestos. Sólo actuamos y pensamos diferencialmente; justo en el momento en que necesitamos integrales, nuestras únicas filosofías son las de la diferencia. La diferencia hizo la guerra.

Como resultado, la única forma de globalización que estamos experimentando son los arcaísmos de la competencia, el poder y el

aplastamiento, al modo animal del darwinismo social, el mismo darwinismo que condujo a los desastres del siglo XX. Una vez más: ¿quién ganará? Respuesta: ninguno de nosotros, sino el Mundo.

Cultura individual y política

Por todas partes nacen hombres y mujeres, individuos que saben abstraerse de sus orígenes, de su cultura, de su lengua e incluso de su religión, para no distorsionar los cálculos integrales de esos intereses ideológicos o partidistas que acabo de calificar de idealistas. Estas son las cabezas de las sumas en cuestión.

Lo he dicho antes y lo repito en otra parte: lo conectivo está sustituyendo ahora a lo colectivo. Nunca hemos entendido ni dominado realmente lo primero; practicamos lo segundo todos los días, porque, como también he dicho, vivimos en un nuevo espacio de vecindades. Al conectarnos, estamos abriendo caminos originales por todas partes. Navegamos por el universo de persona a persona. Construimos este universo de persona a persona. Como en lógica, el nombre propio es un universal.

Estas sumas globales, estos balances integrales, se refieren pues tanto al individuo como al Mundo. La política, cerrada a beneficio de inventario, vuelve a empezar ahora con el *ego*. Cada uno de nosotros tiene las síntesis en la mano; no necesitamos que nadie las conozca, las procese, las manipule y pronto las domine. Al conectarnos, las difundimos y podemos cambiarlas. Estos universales concretos pasan a través de mí. La era de la globalización suena al mismo tiempo que la era de la individuación. Si me conecto, me convierto en universal. Y, por tanto, pacífico.

Harlequin revisited

Redefinamos la cultura: como algo particular y cerrado, luego integrado o mezclado; como una isla, luego un archipiélago, finalmente un baño caleidoscópico, una atmósfera mezclada de múltiples experiencias. Redefinamos el *uomo di cultura* como un individuo sin equivalente, pero también multicultural por extensión,

como un aislamiento poroso y una sinopsis por derecho propio. Por supuesto, buscamos proteger la debilidad de las culturas singulares, tan originales como aisladas, y queremos perpetuar el mensaje que tienen que transmitir al Mundo. Pero también cultivamos el musgo que recogen las piedras rodantes.
Estoy construyendo dos cuerpos cultos dentro de mí, unidos en uno: el que representa, como modelo único, mi isla, y el que, nutrido de todo lo que la primera ama en las diversas lenguas, costumbres y artes, intraducibles incluso, las hace cohabitar en mi cabeza y mi pecho. A pesar de las apariencias, no hay contradicción entre estos dos cuerpos cosidos o soldados, porque sólo puedo amar otras culturas y sumergirme en ellas si conozco y practico a fondo la mía.
Podrá convocar cosas, él que, en sí mismo, habrá convocado a los hombres. Pero, ¿cómo? No descubro en mí la condición humana, si por tal entiendo la naturaleza humana, que sólo es universal en su abstracción; sino que, a imagen de mi mundo, me visto con un traje de Arlequín de mil colores, mezclados, abigarrados, moteados, harapientos, sembrados de pedazos y sembrados de lágrimas.
Cosido, conectado.

Corro a *L'Ancre de Miséricorde* y pido a los marineros, que aún llevan uniforme, que se lo pongan.

Reembarque

Otra vez atrás. Incluso antes de que los policías portuarios con sus porras desembarcaran de sus furgonetas, diez cornetas sonaron de repente y los camorristas oyeron, en todos los idiomas, la llamada a los puestos de evacuación. Nada sacude tanto a un marinero como estas dos salidas, una con desesperación, pero la otra con esperanza. Los puños y los pies dejaron de golpear y la reyerta se detuvo. *El Ancla de la Misericordia* se llenó de estatuas. Más tarde, algunos dijeron que habían oído el ulular de una extraña sirena, otros que habían oído una especie de sirena de niebla, y los últimos creyeron que sonaban campanas; pero las cornetas sollozaban de alegría por todas partes.

Despojadas de sus bonetes, salieron al muelle donde, en el alba aún gris cuya luz se extendía por el horizonte, vieron alzarse ante ellas, amarrado a las cuatro, un extraño edificio tan alto que casi les tapaba el cielo, y donde, por diez anchas pasarelas, afluían multitudes inesperadas: cigarras y hormigas, cuervos y zorros, seguidos y precedidos por panaderos, financieros, leones y mosquitos, burros y perros, robles y juncos, montañas y ratones, precedidos o seguidos por dos ancianos, que parecían Filemón y Baucis; muy atrás, un árbitro, una enfermera de hospital y un monje solitario parecían cerrar la inmensa cola. Ya instalados en los pasillos de la primera clase, en compañía de mastodontes y tigres dientes de sable, aparentemente pacificados, Eva, en medio de helechos gigantes, le contaba a Lucy la explosión cámbrica, que le hablaba del big bang, mientras Gilgamesh, saciando su sed en el bar, discutía de ecología con el capitán Cousteau.

Luego, en el Arca, la bolsa del Mundo, entró el Mundo. Su gente y su evolución. Asombrados, los marineros se dieron cuenta al final de la procesión de que la ciudad y sus murallas, el propio bistró y las casas de alrededor, el puerto y el muelle, la Tierra y sus gentes, la noche oscura y sus constelaciones, más el propio mar, sus orillas y sus aguas... habían invadido el barco. El Universo giró sobre sí mismo.

Juntos, volvieron a embarcar en el mismo barco.

Del mismo autor

Le Système de Leibniz et ses modèles mathématiques, PUF, 1982 (1ª ed. 1968)
Hermès I, La Communication, Éditions de Minuit, 1969
Hermès II, L'Interférence, Éditions de Minuit, 1972
Hermès III, La Traduction, Éditions de Minuit, 1974
Jouvences, Sobre Julio Verne, Éditions de Minuit, 1974
Auguste Comte, Lecciones de filosofía positiva, Volumen I, Hermann, 1975
Estética de Carpaccio, Hermann, 1975
Feux et signaux de brume, Zola, Grasset, 1975
Hermès IV, La Distribution, Éditions de Minuit, 1977
La Naissance de la physique dans le texte de Lucrèce, Éditions de Minuit, 1977
Hermès V, Passage du Nord-Ouest, Éditions de Minuit, 1980
Le Parasite, Grasset, 1980
Génesis, Grasset, 1982
Détachement, Flammarion, 1983
Roma. Le Livre des fondations, Grasset, 1983
Les Cinq Sens, Grasset, 1985
L'Hermaphrodite, Flammarion, 1987
Estatuas, François Bourin, 1987
Éléments d'histoire des sciences (en colaboración), Bordas, 1989
El contrato natural, François Bourin, 1990
Le Tiers-Instruit, François Bourin, 1991
Discurso de recepción de Michel Serres en la Académie française y respuesta de Bertrand Poirot Delpech, François Bourin, 1991
Éclaircissements (entrevistas con Bruno Latour), François Bourin, 1992
La Légende des Anges, Flammarion, 1993
Los orígenes de la geometría, Flammarion, 1993
Atlas, Julliard, 1994
Éloge de la philosophie en langue française, Fayard, 1995
Noticias del mundo, Flammarion, 1997
Le Trésor, dictionnaire des sciences (en colaboración), Flammarion, 1997
À visage différent (en colaboración), Hermann, 1997
Paysages des sciences (en colaboración), Le Pommier, 1999
Variaciones sobre el cuerpo, Le Pommier, 1999
Hergé, mon ami, Éditions Moulinsart, 2000
Hominescencia, Le Pommier, 2001
L'Incandescent, Le Pommier, 2003
Jules Verne, la science et l'homme contemporain, Le Pommier, 2003
Rameaux, Le Pommier, 2004
Récits d'Humanisme, Le Pommier, 2006

El arte de los puentes, Le Pommier, 2006

Petites Chroniques du dimanche soir, Le Pommier, 2006

Le Tragique et la Pitié, discurso de aceptación de René Girard en la Academia Francesa y respuesta de Michel Serres, Le Pommier, 2007

Parque Nacional de los Pirineos. L'ordre de grandeur, en colaboración, Privat, 2007

Petites Chroniques du dimanche soir 2, Le Pommier, 2007

Carpaccio, los esclavos libres, Le Pommier, 2007

Le Mal propre, Le Pommier, 2008

Resumen de libros anteriores
donde se encuentran las personas y el Mundo

El conocimiento: *El Tercer Instruido* aboga por una alianza entre las ciencias duras del Mundo y las ciencias blandas del hombre.

El Derecho : *El Contrato Natural* predice un pacto entre los hombres y el Mundo, que también son sujetos de derecho.

Cultura y duración: a lo largo de varios volúmenes, la Gran Narrativa cuenta cómo surge la humanidad en el Mundo, con la historia de una persona que sigue a la de otra.

Prácticas: *El Mal Limpio* dice que el Mundo no es propio del Hombre y le pide que no se lo apropie ensuciando este Bien Común.

Paz y cosmopolítica: *la Guerra Mundial* define por fin un nuevo juego a tres bandas entre los hombres, todavía desiguales, y el Mundo.

Tiempo presente: de *la Hominescencia* a la *Segunda Guerra Mundial,* la fecha sincrónica de estos nuevos encuentros entre la Humanidad y el Mundo va tomando forma. Hoy, en este preciso momento, vivimos conscientemente por primera vez en una confluencia que combina el tiempo de la historia humana, que tiene mil años, el tiempo de la humanidad, que tiene un millón de años, la evolución de los seres vivos, que tiene mil millones de años, y la cronología de la Tierra, que tiene más de diez veces mil millones de años. Un nuevo reloj para un nuevo tiempo.